

Un olivo entre trigales

Ángeles Castillo Caballero



Novela premiada
XV Certamen Navarrativa Femenina
"Princesa Galiana"



Un olivo entre trigales

Ángeles Castillo Caballero

Novela premiada
XV Certamen Narrativa Femenina
"Princesa Galiana"

Un olivo entre trigales



Ángeles Castillo Caballero

Un olivo entre trigales

Novela premiada en el XV Certamen de Narrativa Femenina “Princesa Galiana”. Ayuntamiento

de Toledo

Segunda edición, 2018

El editor no se hace responsable de las opiniones recogidas, comentarios y manifestaciones vertidas por

los autores. La presente obra recoge exclusivamente la opinión de sus autores como manifestación de

su derecho de libertad de expresión.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de

ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Ángeles Castillo Caballero

Foto cubierta: A. Castillo Fotografía & Diseño

info@acastillofotografia.com

ISBN 9781973449881

A mi padre,

que nos ha dejado,

sin darnos la oportunidad de compartir con él tantas cosas...

AGRADECIMIENTOS

A mis tres hermanos, por su empuje y apoyo constantes, y en especial a Antonio por el diseño de la portada de este libro y a Pedro por la corrección del texto.

A mi madre y sus hermanas, fuente de inspiración para mis escritos y para mi vida cotidiana, por ser las primeras en disfrutar de esta novela, por su entusiasmo, y por un delicioso y divertidísimo día por los campos perdidos de Cagitán.

A mi marido y mis hijos, centro de mi universo, por soportar mis silencios y ausencias cuando me da la vena creativa.

A Fulgencio Caballero, mi *epifanía* particular (*El Elemento, Ken Robinson*), por su amistad, por prestarse a leer los manuscritos, y por sus aportaciones y sugerencias.

Al Club de Lectura Caballero, por haberse convertido en mi *tribu* (*El Elemento, Ken Robinson*), y especialmente a Jesús Boluda por sus agudas

correcciones

A todas y cada una de las personas a las que pedí opinión sobre los manuscritos, por haber permitido que las pusiera en tal aprieto. Todas me han aportado valiosas reflexiones.

A María Navarro, por prestarnos su bella imagen para la portada de este libro.

A la Concejalía de Igualdad del Excmo. Ayuntamiento de Toledo, por la concesión del Premio de Narrativa Femenina “Princesa Galiana” (Accésit Mujer Novel) en su XVª edición y por brindarme la oportunidad de compartir mi primera novela.

1

–Una carrera hasta la poza –propone Isabel quitándose el sombrero y remangando su larga falda para que no le estorbe.

Manuel tarda en reaccionar. Hasta que no ha escuchado su voz, no ha reconocido a Isabel en aquella delicada señorita que bajaba abanicándose del carruaje, y corre tras ella como alma que lleva el diablo.

- ¡He ganado, he ganado! –grita la muchacha riendo, despojándose de su corpiño y su doble enagua y entrando al remanso del arroyo.

Él la sigue sin pensarlo, sintiendo el brusco contraste de temperatura que le obliga a contener el aliento.

- ¿Qué creías, que había perdido facultades?

- Me has pillado desprevenido. A ver quién llega antes hasta el árbol caído—. Y los dos nadan chapoteando hasta alcanzar el tronco vencido hacia el cristalino caudal del río.

Sudando bajo el justiciero sol de verano y masticando aún el polvo de los caminos, D. Fernando y Dña. Beatriz presencian, tiesos como cañas, la imprevista reacción de su hija.

- ¿Tú la has visto? ¡Está asalvajada! –comenta la madre, indignada.

- No es más que una chiquilla.

- Pero debería comportarse con más recato. No es propio de una señorita de su clase correr como una loca y codearse con los jornaleros.

- El viaje ha sido largo y caluroso—dice él intentando apaciguar los ánimos—. Entremos y más tarde hablaré con ella.

- Temo que venir aquí no haya sido buena idea. Es importante que siga con su educación y aquí no podrá mantener las relaciones necesarias que la preparen para un buen matrimonio. Pronto habrá que pensar en eso.

- Beatriz, no empieces a dramatizar, te vuelvo a repetir que es solo una niña. Hemos venido para que puedas descansar y porque el médico dijo que era lo mejor para tu enfermedad. Ya te he dicho que luego hablaré con ella.

Bajo la refrescante brisa de los sauces y con el agua helada

acariciándola, Isabel se siente despejada del calor acumulado e invadida por una sensación de libertad, imposible de imaginar entre las oprimentes paredes de su casa en la ciudad. Manuel la observa salir del agua con paso titubeante para no resbalar sobre las suaves piedras cubiertas de musgo, escurriendo su larga melena castaña, y queda de nuevo maravillado, pues no reconoce en ese cuerpo insinuante bajo la húmeda tela blanca de la camisa, a la compañera de juegos infantiles que recordaba. Ella, sintiéndose observada, se vuelve hacia el chico y pregunta:

- ¿Por qué me miras con esa cara de bobo? Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Manuel, azorado, baja la vista hacia el agua sumergiendo su cabeza en ella, antes de decidirse a abandonar también el río.

--∞--

D. Fernando Pérez de Vargas, fumando en silencio, observa parte de sus dominios a través de la ventana por la que se cuela el aroma a tierra de los campos. Todo lo que se divisa desde allí es de su propiedad, los inmensos cultivos de olivos alineados en infinitas hileras, la dehesa donde pasta un gran rebaño de reses, las faldas de la imponente sierra que oculta el horizonte, colmada de riqueza maderera...

Hubiera querido tener un hijo varón a quien transmitir el saber necesario

para gestionar todo ese patrimonio, tal como a él se lo había enseñado su padre, pero tras el difícil parto de Isabel y los continuos abortos de Dña. Beatriz, que pusieron en riesgo su vida, y cuyas secuelas aún arrastraba, hubo de renunciar a esa posibilidad.

Acaricia su bigote frunciendo un poco el ceño como acostumbra a hacer siempre que algo le preocupa. Quiere ser capaz de controlar su enfado para hacerle comprender a su pequeña lo que desea, pero teme la reacción de la muchacha, acostumbrada a hacer siempre su santa voluntad. Ser hija única tal vez no haya sido beneficioso para ella, no ha tenido que compartir nada con nadie ni hacerse un hueco entre ocho hermanos como le ocurrió a él. Además, la delicada salud de Dña. Beatriz ha supuesto una carencia en su infancia, debiendo ejercer él como padre y madre en muchos casos, consintiéndola demasiado, quizá, para intentar compensar esa falta. Por otro lado, se ha mostrado siempre con mucho carácter, poco influenciable y empeñada en conseguir sus propósitos pese a los consejos de los demás. D. Fernando piensa que tal vez su esposa tenga razón, aunque le cueste reconocerlo, que ya no es tan niña y que justamente ahora es el momento de ponerse un poco duro con ella. Es necesario encauzarla correctamente para hacer de ella una mujer hecha y derecha, porque si ahora se nos tuerce y decide seguir caminos equivocados será imposible hacerla entrar en razón.

Escucha los pasos apresurados de su hija dirigiéndose hacia su cuarto y le pide que pase.

- ¿Tú crees que esa es forma de comportarse? ¿Qué habrán pensado Carmen y José de ti? –le recrimina.

Ella, mostrándose cabizbaja y afligida, sabiendo que así suele conseguir lo que quiere, responde:

- Perdón padre, siento no haberles saludado como es debido, lo he hecho ahora mismo, antes de entrar.

- Ya... pero esa forma de correr gritando a voz en cuello no es propia de una dama.

- Lo siento... pero venía tan acalorada del viaje... ¡Tenía polvo hasta en las pestañas!

- Una señorita de tu clase debe saber comportarse en todo momento a pesar de las circunstancias. No me gustaría que todo el personal de la finca te llevara de boca en boca. Además, no es apropiado que vayas al río tú sola con Manuel.

- Pero padre, ya sabe que siempre me ha encantado ir a nadar con él. ¡Es tan divertido!

- Manuel tiene ahora obligaciones en el campo y no quiero que andes entreteniéndolo, ¿me entiendes? Además, acabo de decirte que no es

apropiado y no me gusta que me contradigas.

Un nudo ahoga la garganta de Isabel que reprime las lágrimas. Ahora baja aún más la mirada porque no quiere enfrentarse a la de su padre, y se marcha apresuradamente mientras él meneaba su cabeza pesaroso.

--∞--

- Mañana vendrá D. Narciso para seguir con tus lecciones.

- Pero, padre, estamos de vacaciones.

- De eso nada, hija. Estaremos aquí el tiempo necesario para que tu madre se restablezca, y mientras tanto debes continuar con tu instrucción.

- Como usted diga, padre –contesta el ojito derecho de Pérez de Vargas con cara de fastidio, aunque en realidad no le importa demasiado reanudar las clases con su preceptor.

Aprender a leer ha sido para ella todo un descubrimiento que le permite disfrutar de los poemas de Bécquer y Espronceda, entre otros. ¡Esos románticos dispuestos a llegar hasta la muerte por defender sus ideales, que veneran a sus amadas! Sabe que es una privilegiada por tener la posibilidad de estudiar con D. Narciso, ya que la educación de las pocas chicas que pueden permitírselo se reduce a leer y escribir someramente, y hacer cálculos sencillos. Únicamente los varones tienen acceso a una formación más amplia. Por supuesto, tiene que compaginar las enseñanzas del maestro con la

preparación propia de una señorita de su posición: coser, bordar, gobernar una casa..., pero este doble esfuerzo no supone para ella ningún problema habitualmente. Sin embargo, la idea de vivir en el campo y mantener sus obligaciones no era lo que esperaba, ya que estaba acostumbrada a disfrutar de sus estancias allí con total libertad.

Isabel solía venir al cortijo con sus padres un par de meses al año.

Aunque la finca la llevaban los labradores, que tenían cedidas la mayor parte de las tierras en régimen de aparcería, al Señorito le gustaba supervisar personalmente la cosecha y se trasladaba allí con la familia durante ese tiempo. Mientras tanto, la niña era libre de hacer lo que quisiera y pasaba la mayor parte del tiempo con Manuel, solo dos años mayor que ella, hijo primogénito de Carmen y José, los labriegos que se ocupaban del mantenimiento de la casa principal desde hacía tres generaciones, y que habitaban en una pequeña vivienda adosada a esta. Juntos compartían esos días de asueto inventando mil y una aventuras.

Madre e hija habían estado ausentes durante las dos últimas cosechas debido a la delicada salud de la esposa de D. Fernando, y cuando este anunció a su retoño que pasarían allí el verano, y que tal vez incluso se quedaran hasta la recogida de la oliva, la joven daba saltos de alegría. Los días siguientes transcurren entre lecciones y labores, pero siempre

queda tiempo para pasear por los alrededores. A la muchacha le gusta especialmente visitar las cercanías del río disfrutando del frescor que proporciona la vegetación que crece en sus riberas, escuchando el discurrir del agua y el trino de los pájaros, y extasiándose con el pulular de las libélulas y las mariposas. Pero lo que más le gusta es encontrarse con Manuel y compartir con él conversaciones de todo tipo.

Él la mira de forma diferente desde que llegó. Al principio incluso se mostraba un poco tímido, como sobrecogido por su presencia. Aunque la conocía desde siempre, la Señorita le atraía poderosamente y le costó aceptar ese sentimiento. Ella seguía tratándolo con total naturalidad pero no era ajena al efecto que producía en él, que por otro lado la halagaba.

- ¿Dónde tienes la cabeza, niña? Vas a poner perdido el bordado –le recrimina su tía Remedios al ver que se ha pinchado de nuevo con la aguja. Isabel se chupa el índice de la mano izquierda para contener la gotita de sangre que está brotando y para disimular la risa, mientras desvía la mirada de la ventana por la que se asomaba hace unos minutos su amigo haciéndole muecas descabelladas.

Tía Remedios es una hermana soltera de su padre que ha venido a hacerles compañía y ayudar en el cuidado de Dña. Beatriz. A pesar de que la familia puede permitirse comprar preciosas sábanas, mantelerías y todo tipo

de ropa blanca para el ajuar de su sobrina, ella se ha propuesto colaborar en su confección obligándola a pasar horas enteras aplicada en minuciosos bordados.

En la luminosa habitación de grandes ventanales donde la luz del sol de verano entra a raudales, la joven intenta concentrarse en seleccionar los colores más apropiados para la labor. Con el bastidor de madera apoyado sobre sus rodillas, va raspando con la punta de la aguja bajo la tela para encontrar el lugar justo donde clavarla, extrayéndola hacia el exterior con la otra mano y volviendo a hacerla desaparecer repetitivamente bajo el tejido de batista, hasta conseguir dar volumen a cada uno de los pétalos de una margarita.

Mientras lo hace, su mente divaga hacia el recuerdo de las conversaciones con el joven labrador y no puede reprimir sonreír al evocar los ratos que pasan riendo juntos. Manuel aprovecha cualquier excusa entre tarea y tarea para deambular cerca de la chica, momentos que ella adivina, procurando ausentarse para estar con él.

2

Sentado frente a su ordenador, situado sobre una antigua mesa de madera oscura con múltiples ralladuras, en aquella estancia no muy bien iluminada, y generalmente silenciosa, Antonio intenta concentrarse en el manejo de la

nueva aplicación que le han instalado. No comprende cómo es posible que existiendo herramientas informáticas tan avanzadas, hayan vuelto a instalar un sistema tan complejo y tan poco intuitivo para el control de los fondos y el préstamo de libros.

- La corrupción alarga sus manos ennegreciéndolo todo. Seguro que alguien estará embolsándose una buena pasta por instalar esta antigualla – piensa.

Pero debe familiarizarse con el programa cuanto antes para hacer más ágil su tarea. En realidad, quien esté detrás poco le importa siempre que pueda desempeñar correctamente el cometido para el que lo han contratado: clasificar y conservar el material bibliográfico, además de llevar el control de préstamos y devoluciones de libros en la Biblioteca Municipal.

Centrarse en una labor concreta le ayuda, tener definidas sus funciones, olvidarse de políticas internas, trepas y malas intenciones. Recuerda algunas situaciones vividas en su anterior empleo y vuelven a él negras sensaciones que le hacen estremecerse.

- “Mientras visitamos la fábrica, te cueles en la sala de reuniones, donde Mr. Smith se ha dejado la carpeta, y buscas las ofertas que le han hecho los demás. Quiero saberlo todo” –fueron las instrucciones del “Gran Jefe” aquella mañana.

La misión consistía en saber los precios que la competencia estaba dando para así poder posicionarse correctamente en el mercado. Mr. Smith llevaba toda la semana en España visitando a sus proveedores y debía llevar en su cartera todas las propuestas que le había hecho cada uno de ellos. Con aquellos datos su empresa podía conseguir, no solamente cerrar un contrato millonario con este cliente, sino también con muchos otros con los cuales se estaba negociando en aquel momento. La información es poder.

Durante su visita de cortesía a las instalaciones donde se mostraba generalmente a los clientes todo el potencial productivo, la modernización de los sistemas y los nuevos proyectos de inversión, estos dejaban sus pertenencias en la sala de visitas, sin vigilancia alguna, y toda la documentación que necesitaban para negociar las condiciones de sus contratos solían llevarla a mano, para tener argumentos con los que discutir con cada proveedor. Debía ser coser y cantar entrar en la sala, fotografiar cada uno de los papeles que había en la carpeta que Mr. Smith había dejado sobre la mesa y después disponer de unos datos valiosísimos para su organización.

Sin embargo, Antonio no pudo llevar a cabo la tarea, le parecía una acción tan vil y rastrera, que nada más asir la manivela de la puerta, las piernas comenzaron a temblarle. Accedió a hurtadillas a la sala como si fuese

un ladrón, a pesar de que nadie que lo viera se extrañaría de ello, su cara, que había adquirido el mismo color encarnado de su corbata desde que abandonó su silla, pasó repentinamente a conjuntar con su camisa blanca al poner las manos sobre el portafolios de piel de Mr. Smith, y tuvo que salir apresuradamente hacia el baño donde su estómago revuelto pareció darle una tregua.

Ante tal tesitura, y temiendo sufrir la ira desenfrenada de “La Bestia”, como apodaban algunos de sus empleados entre cuchicheos por los rincones a aquel tirano implacable, que en ocasiones irrumpía incluso en sus sueños, tuvo que pedir ayuda a su director comercial que, muy a su pesar, hizo el trabajo sucio para evitar males mayores.

Este era tan solo un pequeño ejemplo del porqué aquel no era su lugar, recibía instrucciones contrarias a su carácter cada día, y además estas iban cambiando según soplaran los vientos sobre la cabeza del chacal que tenía por jefe, siendo en muchos casos contradictorias. Nunca estaba seguro de lo que se esperaba de él. Todo esto acabó por minar su ánimo siendo un problema enfrentarse cada mañana a la obligación de asistir al trabajo.

Decidió cambiar de empresa porque el ambiente en aquella era insoportable, pero su experiencia laboral le llevaba a enviar su currículum a compañías con el mismo perfil que la suya, donde temía encontrarse con los

mismos inconvenientes que en esta.

Incluso la relación con su mujer comenzó a resentirse con aquella continua situación de estrés, pues ella parecía no comprenderle en su afán por dar un cambio de rumbo a su vida. Era cierto que el riesgo que corrían era mucho, dado que su sueldo era el único ingreso que entraba en la casa para cubrir sus gastos mensuales: hipoteca, luz, agua, préstamo del coche..., pero la presión iba a acabar con él... Y así fue.

Aún recordaba como en un sueño surrealista el día en que el “Gran Jefe” le llamó a su despacho, el “santuario”, el único lugar de la empresa donde no se respetaba la prohibición de fumar y cuyo olor a puro se extendía por todos los rincones al abrir la puerta, para decirle que se dejara de jueguecitos con Elena. ¡Él, que solo pensaba en cumplir con su cometido, que amaba a su mujer como a nada en el mundo y que nunca había mirado a Elena más que como a una colega, muy eficiente por cierto, acusado de mantener una relación con ella! ¡Él, que con su tesón había conseguido aquella cita con un cliente perdido por negligencia hacía años, juzgado por sugerir que ella le acompañara en su viaje dado que la labor de recuperación había sido de ambos!

La jugada estaba estudiada, descolocándolo con aquella acusación desviaba la atención de su verdadera intención. El viejo ogro, con su inmenso

poder en la empresa, (era el dueño), había decidido ir él personalmente a la reunión prescindiendo de Antonio y Elena. No los necesitaba para cerrar la negociación y no quería que se llevaran el reconocimiento a su trabajo. Los laureles serían de nuevo para aquel déspota sin escrúpulos que no podía permitir, por otro lado, que Antonio afianzara su confianza con el cliente, pudiendo perderlo de nuevo si algún día dejaba la compañía, marchándose a la competencia y llevándose con él.

Aquello no fue lo peor. Para justificar su actuación ante el resto de los compañeros, cosa que no necesitaba, por cierto, hizo correr el rumor de que Elena y él eran amantes. El bulo se extendió como fuego de verano en un bosque mediterráneo, llegó a oídos de su mujer, cayendo sobre terreno abonado, y la tensión había llegado a tal punto que lo había dejado.

No comprendía en qué se había equivocado. Toda su vida estaba centrada alrededor de su trabajo y su familia, y ahora todo se había derrumbado, había fracasado tanto en su faceta laboral como de pareja.

—Toda pérdida conlleva un periodo de duelo más o menos largo, este no termina hasta que somos capaces de soltar amarras, de renunciar definitivamente a lo que hemos perdido, lo cual no es fácil puesto que genera en nosotros un tremendo vacío. Pero este vacío es necesario, sin él no estaremos en disposición de llenar nuestra vida con las nuevas oportunidades

que se nos van presentando, y hay que hacer un esfuerzo para cambiar nuestra actitud ante ellas y saber aprovecharlas –fueron las palabras de su psicóloga–. Hay que vaciar las manos y tenderlas para poder volver a llenarlas.

La teoría está muy clara, lo difícil es llevarla a la práctica, y para Antonio no está siendo fácil encontrar esas nuevas posibilidades, aferrado como sigue aún a tantas cosas de su pasado.

3

Con su traje de seda azul cielo que resalta sus ojos verdes y deja al descubierto sus hombros, el corpiño en popelín más oscuro realzando su figura, y la abultada falda de discreto polisón, con diferentes capas de distinta longitud dando volumen a sus caderas, Isabel es el centro de todas las miradas durante la misa que se celebra en la capilla de la hacienda, en honor a la Asunción de la Virgen. Durante el sermón juguetea distraída con el lazo que lleva anudado a su cintura, recordando la cara de admiración que ha puesto Manuel al verla y cómo ha conseguido acercarse a ella sin que nadie se diera cuenta para susurrarle: –“¡Qué guapa vas!”.

Él también estaba muy atractivo aquella mañana, con su sencilla camisa blanca de los domingos recién planchada y su pelo repeinado. Aunque no puede verlo porque ella está sentada justo frente al altar como le corresponde,

y él en los bancos traseros de la izquierda junto a los demás hombres, sabe que el muchacho no está atento a la ceremonia.

Tía Remedios se ha empeñado en ponerle una toquilla sobre los hombros considerando su vestido, regalo de su padre según la última moda de París, demasiado atrevido para ir a la iglesia. Isabel está deseando salir de la capilla para poder deshacerse del añadido y lucirlo completamente. Cosa que puede hacer por fin, durante el formal almuerzo en el que participan también el sacerdote que ha oficiado la misa y D. Narciso, su preceptor. A su término pasan a la salita donde este último se enfrasca con D. Fernando en una intensa discusión sobre política, mientras Dña. Beatriz, que afortunadamente hoy ha podido abandonar el lecho, y tía Remedios, dormitan disimuladamente en un rincón de la sala tras despedir con innumerables halagos al señor cura. Isabel se aburre soberanamente y centra su atención en la discusión de los caballeros.

- Yo sé que usted no vio con malos ojos la reforma de la Constitución – dice el maestro a Pérez de Vargas.

- En aquel momento consideré que era necesario permitir que La Corona pudiera mediar entre los partidos políticos con el fin de aportar cierta estabilidad – responde él.

- Sin embargo, esto ha supuesto un retroceso en todos los ámbitos.

- Convengo con usted en que la Reina ha utilizado este poder para acabar con la alternancia política y colocar en el gobierno y en las cortes a los moderados, que están más en consonancia con sus propios intereses, y que, por lo que se ve, no tienen intención de marcharse.

- Cuanto más tiempo estén los mismos en el poder, más fácil será que se corrompan, que se olviden del interés de la nación y se centren tan solo en enriquecerse a costa de los demás, favoreciendo únicamente a quienes les interesen.

- Deberían haber dejado que el cura Merino acabara con la Reina – interviene Isabel.

- Eso que dices, hija, es una barbaridad –la reprende su padre.

- Yo no le deseo mal a nadie, pero muerto el perro, se acabó la rabia. Y si hubiera conseguido matarla, ahora tal vez estaríamos hablando de una república, como en Francia, donde el poder estuviera en manos de la nación – continúa ella con pasión.

- Niña, no importunes, deja de hablar de cosas que no entiendes y que no son propias de una señorita –le aconseja D. Fernando– ¿Por qué no buscas algo más agradable y apropiado de lo que conversar con tu madre y tu tía?

- Le ruego que disculpe usted a mi hija –añade dirigiéndose a D.

Narciso, al verla marcharse precipitadamente, demostrando sin tapujos lo

ofendida que se siente por el trato que le ha dispensado su padre—. Esta chiquilla me tiene muy preocupado, se interesa por temas esencialmente masculinos descuidando los intereses propios de una muchacha de su edad.

- Con todos mis respetos, D. Fernando, tiene usted que comprender que las féminas que acceden a una formación como la que está recibiendo su hija, se plantean la posibilidad de pensar por sí mismas e intervenir en asuntos que antes no podían ni imaginar.

- ¿Cree usted que me equivoco con la educación de Isabel?

- Todo lo contrario, considero que es indispensable que cambie la educación que se da a las mujeres, que puedan ser capaces de gobernar una familia sin necesidad de la protección de un varón.

- Eso que usted insinúa, D. Narciso, es una utopía propia de los radicales ¿Cómo va a ser capaz una mujer de hacer valer sus intereses sin un marido, un padre o un pariente que se ocupe de ello?

- Los cambios cuestan y todo vendrá progresivamente, pero debo decirle que una mejora en la educación de las mujeres, estoy convencido de que repercutirá en una mejora de la sociedad.

- Coincido con usted en ese punto. Claro está que una mujer debidamente formada en sus obligaciones cristianas, con una correcta educación e instrucción, estará mejor preparada para cuidar de sus hijos y su

esposo, cumpliendo así con la tarea de formar nuevos ciudadanos y siendo el apoyo necesario para los maridos de hoy en día; pero de ahí a valerse por sí mismas... está clara su desventaja para ello.

- Una mujer íntegra, con una instrucción adecuada, puede incluso desempeñar determinadas profesiones. Vea usted cómo ha crecido el número de maestras tras la instauración de escuelas de niñas en las principales ciudades. Esto ha dado lugar, incluso, a la creación de Escuelas Normales de Magisterio femenino, que se están extendiendo por todo el país.

- Bueno, pero se trata de una variación de su papel educativo en la sociedad. Nadie pone en duda su capacidad innata para ello.

- Usted no quiere verlo, D. Fernando, y tal vez en España este cambio sea difícil, más teniendo en cuenta el papel de la Iglesia en la educación, reforzado ahora con la firma del último Concordato, pero en Europa ya hay muchas cursando Bachiller, incluso algunas han accedido a la Universidad, y hay quienes afirman que están especialmente dotadas para profesiones relacionadas con la medicina y el comercio.

- Me considero una persona con ideas avanzadas, pero eso me parecen excentricidades de los franceses y los ingleses.

- No será este un tema que usted y yo podamos solucionar aquí y ahora, pero mi recomendación es que no censure a Isabel por opinar sobre algunos

temas de política y economía. Algún día, quiera Dios que falte mucho para eso, ella será la heredera de todo su patrimonio y no estará de más que sea capaz de apoyar a su esposo en algunas cuestiones relativas a su administración.

- Ha mencionado usted un tema que precisamente me preocupa mucho últimamente, encontrar un buen marido para ella, que no se lucre con sus riquezas, sino que venga a incrementarlas con las suyas propias. Pero también que sea un hombre cabal, de inquebrantable honradez y capaz de mantener nuestro buen nombre, y no crea usted que lo tengo fácil.

Isabel siente que las paredes de su cuarto la oprimen, tanto como su apretado corsé, despojándose de sus lujosas ropas con enojo, toma su camisa y su falda más sencillas y sale de la casa en dirección al río. No comprende por qué no puede opinar sobre ciertas cosas, por qué tiene que comportarse de una manera determinada si ella siente que debe hacerlo de otra, por qué todo tiene que ser apariencia si por otro lado le enseñan que la sinceridad y los buenos sentimientos son los que deben mover a un buen cristiano. Se encuentra muy sola, se sabe querida pero no se siente querida.

Siguiendo el estrecho sendero que lleva hasta la ribera, escucha a lo lejos la música que viene de la Casa del Molino, su curiosidad la hace dirigir hacia allí sus deambulantes pasos. Se oyen risas y conversaciones animadas, el fin

de fiesta de los labradores debe estar teniendo lugar allí. Tras una buena comida donde no se ha escatimado el vino, la sobremesa es mucho más divertida, sin duda, que en su casa.

Al acercarse le llega más claramente el son de las guitarras y las castañuelas, acompañando a varias voces que cantan coplillas y que producen un efecto contradictorio en su ánimo sombrío. Desde donde se encuentra ahora puede ver a un grupo de jóvenes formando un corro, ellas van ataviadas con la falda de canícula reservada para las grandes ocasiones, que deja ver el refajo rayado de verano y las enaguas almidonadas, en cada giro de la danza. Ellos con pantalón oscuro y camisa blanca, faja de vivos colores ciñéndoles la cintura, y las cabezas cubiertas, bien con sombrero de terciopelo y paño negro, bien con pañuelo anudado, siguen el ritmo de unas seguidillas toreras. Isabel no conoce a la mayoría de los presentes, pues a las celebraciones han acudido todos los habitantes de los alrededores, pero distingue claramente entre ellos la figura gallarda de Manuel afanado en no perder el ritmo de la música. Los hombres van rotando de pareja con cada copla, cuya letra picante, con alusiones a noviazgos y amoríos, puede escuchar Isabel ahora perfectamente. Las mujeres dirigen el baile inventando pasos que ellos deben ser capaces de seguir. Al final de cada estribillo, el cambio lo marca el desplante que inmoviliza a los danzantes en una pose enfrentada.

Manuel está emparejado durante la última parte con una muchacha vivaracha que tendrá más o menos su misma edad, la chica ríe intentando liar al mozo para que no pueda seguirla, y él la acompaña en sus risas demostrando que es capaz de repetir su paso. La joven ha perdido su mantón en una de sus vueltas y no se ha preocupado por recogerlo, el nacimiento de sus senos asoma por su camisa subiendo y bajando con cada salto. Llegado el momento del desplante ambos se agarran con familiaridad por la cintura y ella, jadeante aún por el esfuerzo realizado, le planta dos sonoros besos en las mejillas al tiempo que todos los presentes estallan en vítores y risas.

Al levantar la vista, Manuel choca con los cristalinos ojos de Isabel que no puede reprimir el impulso de echar a correr. Cuando él se dispone a seguirla, su compañera de baile y una de sus amigas lo retienen, cogiéndolo de las manos, para iniciar una nueva danza al compás del melenchón que ha comenzado a sonar.

4

El locutor recita, como cada día, espeluznantes noticias traídas de uno y otro lado del mundo, y Antonio lo escucha de fondo mientras se prepara un sándwich. Es un poco triste cenar a solas, y oír la voz de alguien, aunque sea a través de una pantalla, le hace sentirse más acompañado. Pero no está prestando atención a lo que cuenta, tras la segunda noticia sobre corrupción y

conflictos armados su mente se evade camuflándose en sus propios pensamientos.

A partir de su separación, sus relaciones sociales se han vuelto muy complicadas. Durante sus años de noviazgo y matrimonio con Maite solían salir a divertirse con amigos, pero ahora es difícil quedar con ellos. Se trataba de amigos comunes que actualmente se sienten incómodos si aceptan salir con uno estando ausente el otro. Además, ahora él no encaja en planes organizados para parejas, algunas de ellas con niños. Debía buscarse un nuevo hueco, pero no estaba siendo fácil. Hoy es viernes y los fines de semana se hacen muy largos ahora que no tiene con quién compartirlos. Tan pronto como termina su liviana cena, apaga el aparato y se refugia en la última novela que está leyendo. La lectura le permite descabalar de su mente y concentrarse en las peripecias que viven los personajes del libro. A pesar de que se siente cansado, leerá varios capítulos para caer rendido en la cama y que los pensamientos recurrentes no le impidan conciliar el sueño. El rítmico ronroneo del móvil le hace volver a la realidad y al cogerlo escucha la voz aguda de su tía Pepita. Bueno, no es realmente su tía, es la mujer de un primo de su madre, pero en casa siempre la han llamado la tía Pepita. A diferencia de lo que ocurre en las grandes ciudades, en los pueblos todavía se sigue teniendo una relación habitual con la parentela, aunque esta

sea lejana, y eso tiene sus ventajas.

- Tengo una buena noticia. Por fin hemos vendido la casa del campo.
- Me alegro mucho... –miente él.
- Tenemos que desalojarla cuanto antes. Si quieres llevarte algún mueble viejo, como me dijiste, tienes que venir ya.
- Vale. ¿Cuándo te viene a ti bien?
- Mañana vamos a estar allí quitando trastos.
- Bueno, entonces me pasaré por allí a media mañana.

Al colgar el teléfono no puede evitar sentirse un poco triste por la venta de la casa. Maite y él soñaban con comprarla hacía años. Habían hecho planes sobre como rehabilitarla pero no coincidían en el uso que querían darle. Mientras Antonio quería dedicarla al turismo rural y veía en ella una posibilidad de negocio, Maite la consideraba un lugar de vacaciones. Sus ingresos nunca se lo permitieron, apenas podían pagar los gastos de su propio piso, ¿cómo iban a poder adquirir una segunda vivienda? Durante algún tiempo estuvo haciendo gestiones para conseguir alguna subvención, dado que desde la Administración se estaba dando impulso al turismo de interior, pero sobrevenida la crisis, todo se había parado y tuvo que olvidarlo.

Era un caserío centenario, sin luz ni agua corriente. Para la electricidad se había instalado hacía años un generador alimentado con gasoil, y para el

agua se seguían abasteciendo de su aljibe y un pozo situado dentro de la finca.

Dos grandes tinajas, ahora pintadas de bermellón, colocadas a ambos lados de la puerta recogían antiguamente el agua de la lluvia que se dirigía por canalones hasta sus bocas y se filtraba con paños de gasa; actualmente estaban llenas de tierra en la que su tía había plantado unos geranios. Cubría la placeta de entrada, un enrejado de hierros y alambres oxidados, a los cuales se aferraban las ramas desnudas de una parra, como un esqueleto de huesos abultados por la artritis, que se disfrazaba de verde en verano para proporcionar una sombra refrescante a quienes decidieran hacerle compañía. Se trataba de una edificación de dos alturas, que había sufrido muchas remodelaciones, la planta alta estaba destinada inicialmente a graneros y desvanes convirtiéndose más tarde en dormitorios; los cuartos colindantes al edificio principal original, habían sido reconvertidos también, olvidando su uso primitivo como cuadras, gallineros y graneros.

Estaba rodeada de amplias llanuras cultivadas de cereal. En primavera, magníficos mares verdes cuyas olas provocadas por el viento, hacían asomar y desaparecer tímidas amapolas. En verano, mantos de oro tostados por el sol. A lo lejos, rompían la monotonía algunos recuadros rayados, trazados con tiralíneas bajo el eterno cielo azul de levante, cuyos almendros eran los

primeros en anunciar el fin del invierno con su floración efímera pero espectacular.

En la parte de atrás, una amplia zona aplanada correspondía a la antigua era, donde antaño se separara la mies del trigo, adornada en una esquina por tres coquetos pinos piñoneros.

- ¡Vaya paliza que os estáis dando! –dice Antonio al ver a tía Pepita rodeada de cajas y enseres de todo tipo esparcidos por la placeta.

- Es increíble la de trastos que se pueden acumular en una casa. Va a ir todo directamente a la basura. Me da pena tirar algunas cosas pero es que no tengo dónde meterlas.

El bibliotecario se horroriza pensando en la cantidad de cosas

interesantes que irán a parar al vertedero sin ningún tipo de selección.

Apasionado de la historia, los libros y todo lo antiguo, se llevaría todo aquello si tuviera un lugar en el que almacenarlo. Pero solamente podrá rescatar algunos muebles que encajen en su pequeño apartamento alquilado.

La vivienda se encuentra completamente amueblada con piezas de

bastante calidad porque muchas de ellas provienen de la residencia familiar en el pueblo, y fueron trasladadas al campo cuando esta pasó a otras manos.

Los antepasados de su madre, a pesar de su humilde procedencia, tenían un poder adquisitivo muy grande y habían ido acumulando numerosas

posesiones. Todas ellas se habían ido perdiendo poco a poco, a partir de la fragmentación del patrimonio y la desafortunada gestión por parte de su abuelo y sus hermanos, cumpliéndose así la norma de que la primera generación crea la riqueza, la segunda la aumenta y la tercera la gasta.

Las camas de madera oscura torneada son un ejemplo de la moda de finales del siglo XIX y Antonio recomienda a su tía que intente venderlas a algún anticuario, comprometiéndose a buscarle el contacto.

En la entrada de la casa, a la izquierda, se encuentra un aparador de roble que ocupa toda la pared. Un capricho de puertas talladas y columnitas torneadas cubierto con una piedra de mármol blanco. Sobre él hay un juego de tinteros con dos tarritos, rojo y azul, y el soporte para una pluma, ya desaparecida, con los que acostumbraba a jugar de niño siempre que venía de visita a la finca. Antonio se pregunta dónde andará un pequeño llamador, como el que aparece en las películas antiguas en la recepción de los hoteles, que también solía estar sobre el aparador y que sus primos y él no se cansaban de hacer sonar.

Una cómoda alta color miel, con cinco cajones adornados geométricamente en castaño, y una piedra en mármol rosado en la parte superior, cubre parte de la pared de la derecha. Por sus dimensiones considera que podría ubicarla en su dormitorio.

Junto a la cómoda hay un escritorio de madera oscura, es como una pequeña mesa rectangular, de elegantes patas delgadas, con dos diminutos cajones a los lados, que siempre le ha llamado la atención por su evidente inutilidad, y porque sus tíos lo llamaban “bufete”, que deambulaba de un lado para otro sin saber nunca cuál era exactamente su lugar. Sin embargo, su utilidad se le hace patente tan pronto como lo imagina en el recibidor de su piso con un bonito espejo encima, o tal vez con un par de cuadros alargados colocados a diferente nivel.

Los operarios que su tía ha contratado para ayudarla en las tareas de desalojo se han comprometido a llevarle hasta su apartamento los dos muebles, y también un bonito arcón con forma de cofre y adornos dorados en las esquinas, pero cuando se disponen a cargarlos en el camión y abren los cajones para vaciar su contenido en la gran caja de desechos, ve asomar entre los papeles que allí se guardan, varios almanaques zaragozanos con sus llamativas portadas en rojo, naranja, verde..., panfletos con coplillas en tonos azulados, verdosos y sepia, fotografías en blanco y negro con márgenes ondulados... Siente una sensación de vértigo en el estómago, como si, asomado a un acantilado, el viento amenazara con llevarse su sombrero favorito para ser engullido por las olas, o como cuando uno se despide de alguien sabiendo que nunca más se encontrarán, y ordena que vuelvan a dejar

todo en su sitio. Los mozos, asombrados, ponen cara de pocos amigos al pensar que el peso se multiplica para el traslado, pero hacen lo que les ha dicho.

5

La estación decadente se resiste a marcharse, y el fin del verano se anuncia con la sucesión de calurosas jornadas de sol, días en los que la ausencia de viento consigue mantener la humedad en el cielo en forma de sombrías y oprimentes nubes y, por último, repentinas tormentas que refrescan el ambiente.

Isabel ve transcurrir el tiempo entre sus clases, sus labores y los interminables rosarios a los pies de la cama de su madre. Desde el incidente en la Casa del Molino ha estado evitando a Manuel. No comprende la razón pero se siente herida y defraudada, desencantada. Tía Remedios está muy satisfecha con este cambio y ha afirmado varias veces en los últimos días que su sobrina se está haciendo mayor.

–¿Mayor? ¿Mayor para qué? Si esto es hacerse mayor yo preferiría morir... –piensa al oírla.

Contrariamente a las suposiciones de su médico, la estancia en el campo no ha supuesto una mejoría en la salud de Dña. Beatriz que lleva días sin abandonar el lecho, por lo que su esposo tiene serias dudas sobre la

conveniencia de pasar allí el invierno.

- Isabel.

- Dígame, padre.

- Tu madre está muy débil para viajar y no podremos volver a casa por el momento. Tía Remedios y tú os marcharéis, y nosotros os acompañaremos tan pronto como ella se encuentre mejor.

- Pero, padre, yo no quiero irme, preferiría quedarme para cuidar de madre –alega Isabel, asustada ante la idea de verse recluida con tía Remedios y sus anticuadas costumbres.

- Ella va a estar bien, no te preocupes, yo la cuidaré y pronto estaremos todos en casa.

- Pero os voy a echar mucho de menos, ¿qué voy a hacer yo allí, todo el día sola con tía Remedios?

- Precisamente de eso quería hablarte. He recibido carta de D. Juan de Valdepuentes, su hijo está muy interesado en conocerte y le he dado mi beneplácito para que pueda visitarte.

- Pero, padre, ¿de qué voy a hablar yo con alguien a quien no conozco de nada?

- Pues de lo que habla una muchacha cuando un novio la corteja...

- ¿Os ha pedido cortejarme?

- No hija, esas cosas no se pueden decir así. Pero después de cruzar varias cartas con D. Juan, en las que ambos considerábamos que una unión de nuestras casas sería un acierto, si ha pedido visitarte es porque no le desagrada la idea.

- Yo no quiero casarme con un desconocido.

- Precisamente por eso debes volver, para que podáis ir conociéndoos...

- Pues yo no tengo ningún interés en conocerlo.

- Isabel, estoy buscando tu bienestar y tú no haces más que poner objeciones.

- No son objeciones, quiero casarme con quien yo quiera.

- En eso sí que te equivocas... te casarás con quien te convenga y no voy a discutir más sobre el tema –contesta D. Fernando exasperado–. El amor vendrá después, no te preocupes. El roce hace el cariño –añade, intentando suavizar la tensión.

--∞--

Acariciando el lomo de Torbellino, Isabel no puede reprimir las lágrimas. Cabalgar al galope sobre su lomo, con el viento golpeando su rostro, le ha hecho tener temporalmente una sensación de libertad que llevaba días sin experimentar. Inmensas encinas aparecen dispersas por las pardas colinas abrasadas por el sol, como si fueran sombras de las nubes que aquí y

allá cubren el cielo. La belleza del paisaje que la rodea es sobrecogedora, lo que hace que la tristeza que siente se torne aún más profunda y evidente.

Manuel ve pastando a lo lejos un precioso caballo negro azabache que reconoce al vuelo, pero no percibe señales de Isabel ni de nadie más por los alrededores. Están bastante alejados del cortijo por lo que la escena es inusual y se dirige hacia Torbellino llamándola a voces. El corcel, enderezando las orejas, yergue la cabeza, y continua pastando despreocupadamente al ver acercarse a Manuel que comienza a ponerse nervioso al no encontrar ni rastro de su jinete.

Bajo la gran sombra de un tejo milenario vislumbra, al fin, la figura de la chica que con la cabeza en las rodillas se abraza las piernas. Corre hacia ella, advirtiéndole al acercarse que su cuerpo se estremece temblando por el llanto.

- ¡Isabel!, ¡Isabel! ¿Por qué no contestabas? ¿Qué ha pasado?

- Nada. Vete –contesta ella sin levantar la cabeza.

- Pero, ¿estás bien? ¿Alguien te ha hecho daño?

- No –es su lacónica respuesta.

- Por favor, Isabel, mírame. ¿Por qué estás así? Me estás asustando –dice Manuel arrodillándose frente a ella.

Isabel tarda en decidirse a hablar, pero finalmente necesita desahogar su congoja.

- No le importo a nadie.

- ¿Cómo que no le importas a nadie? ¿Tú sabes el susto que me has dado? ¡Creía que algo malo te había ocurrido!

- Y así es. No dejan de pasarme cosas malas.

Y por fin encuentra alguien que escuche sus cuitas y con quién

sincerarse de todos sus temores. Tras relatarle los planes de su padre, Manuel la envuelve en un cariñoso abrazo, absorbiendo su aroma a jabón perfumado.

Ha comenzado a levantarse viento y la atmósfera se ha cargado de electricidad y energía, la misma que ellos desprenden estando juntos.

Comienzan a caer gruesas gotas de lluvia diseminadas aquí y allá. Para

cuando la pareja llega a la altura de Torbellino, la lluvia ha comenzado a

arreciar y ambos suben a lomos del caballo dirigiéndose hacia un pequeño

refugio de pastores que no queda muy alejado. La tormenta descarga toda su

furia contenida convirtiéndose en diluvio que les golpea la cara sin piedad, e

Isabel se abraza con fuerza a Manuel protegiéndose contra su espalda. La

cercanía de la muchacha hace despertar en Manuel el deseo muy a su pesar.

La imposibilidad de protegerse de lo que cae del cielo y la evidencia de

que cuanto más corren, más se mojan, les hace reír tontamente, y tras entrar

al refugio tardan algún tiempo en reponerse mientras se van despojando de

sus prendas caladas.

Isabel ha quedado únicamente con la camisa que, húmeda, se adhiere a su cuerpo, Manuel, con el torso desnudo, sigue con el incómodo pantalón mojado y piensa en protegerse con la manta de Torbellino para poder retirarlo, pero se da cuenta de que Isabel tiritaba de frío y decide arroparla con ella.

Al acercarse para hacerlo, Isabel lo atrae animándole a compartir el abrigo con ella. El olor a tierra mojada lo impregna todo. Así como la electricidad de la atmósfera había producido una gota aislada, que fue seguida por otra, y otra, y otra,... convirtiéndose en un tremendo aguacero, desatando la fuerza irrefrenable y regeneradora de la creación frente a la que el hombre no puede más que limitarse a ser simple observador; el contacto de ambas pieles sugiere una caricia, y otra, y otra,... y la sublime magia de la naturaleza se abre paso de nuevo.

Isabel entra corriendo al cortijo, donde tía Remedios está esperándole con cara de pocos amigos. Le recrimina haber salido con aquel tiempo y sin avisar, preguntándole dónde le ha pillado la tormenta. Ella responde vagamente casi sin mirarla mientras se dirige a cambiarse a su cuarto, pero el nuevo resplandor que ilumina su cara no pasa desapercibido ante su escrutadora mirada.

Isabel penetra en la sala y encuentra a su padre acompañado por un hombre de rostro simpático y atractivo, cuya tez morena, curtida por el sol, contrasta con su abundante cabello canoso. “Debió ser un chico muy guapo de joven”, piensa ella, que lo ve desde su perspectiva como alguien muy mayor, a pesar de que su porte ágil y arrogante muestra una vitalidad que no hace sospechar que ronda los cincuenta.

Ella se dirige a él con la confianza que da el trato durante años y lo saluda amablemente.

- Buenas tardes, Antón.

- ¡Señorita Isabel! –exclama él sustituyendo la “L” final por una larga “E” muy abierta–. ¡Cómo ha crecido! –dice con una sonrisa franca que no deja dudas del aprecio que le tiene–. Está *usté* hecha una mujercica.

- Me alegro mucho de verte.

- Y yo también de verla a *usté* tan guapa. Con permiso de su padre –añade mirando al aludido.

- ¿Cuándo has llegado?

- Esta misma tarde.

- ¿Y te quedarás mucho tiempo?

- El necesario para ajustar cuentas y dejar a la cuadrilla *colocá*.

- Hija, –interviene D. Fernando–, Antón acaba de llegar y tiene que

acomodar aún a los jornaleros.

- Discúlpenme –musita ella, tragándose la retahíla de preguntas que bullen aún en su cabeza.

- No te preocupes, mañana almorzará con nosotros y tendremos tiempo para que nos ponga al corriente de todo –tercia su padre, sabiendo que le encanta escuchar al recién llegado, pues siempre trae anécdotas y sucesos que relata con maestría.

Antonio, más conocido como Antón, el de La Casa Liendre, es hijo del labrador que se ocupa de una de las fincas que la familia de Dña. Beatriz Blaya poseía en Murcia y que fue aportada en concepto de dote a su matrimonio. El convenio de aparcería preexistente con él, quiso convertirlo D. Fernando en un contrato de arrendamiento, dada la dificultad de transportar en especie la parte que correspondía al propietario, una cuarta de la cosecha; pero aquel no estaba en condiciones de aceptar ese trato que significaba un pago fijo en dinero haciéndole asumir todos los riesgos del cultivo, ya que su economía no le permitía estar seguro de poder cumplir cada año, dependiendo únicamente de los frutos de la tierra. La aparcería era para el labrador mucho más ventajosa ya que parte de los gastos se compartían, calculándose el pago en proporción a la productividad de la explotación, que tenía enormes fluctuaciones dependiendo fundamentalmente

del clima. Un año de sequía podía ser tan nefasto como otro de lluvias o heladas en una época inapropiada, contando con la posibilidad de alguna plaga o enfermedad que acabara con la cosecha, y la necesidad de dejar parte de las tierras en barbecho para su regeneración. Pérez de Vargas buscó otros posibles arrendatarios, sin éxito, y finalmente decidió prorrogar el acuerdo con el padre de Antón, que desde entonces se desplazaba varias veces al año hasta Jaén para ajustar cuentas con su señorito. Gracias a los contactos establecidos durante estos viajes periódicos y a su espíritu negociador, comenzó a aprovecharlos para comerciar con algunas mercancías que transportaba de una zona a otra, (pronto traía primorosas esteras de esparto trenzadas en Cieza, así como múltiples enseres de dicho material, como se llevaba bronces de Riopar que intercambiaba por sedas de Archena). Una vez aumentó la confianza de su señor en él, la venta de la cosecha correspondiente se realizaba en su zona de origen, entregándole estas ganancias en dinero. Eventualmente, enviaba D. Fernando a alguien de su círculo cercano para que supervisara estos tratos, y nunca halló engaño alguno.

También aprovechaba el labrador estos viajes para ejercer de capataz de una partida de jornaleros, a los que traía hasta la finca jienense para la faena de la oliva, llevando así mismo otros, durante la campaña de la siega, en

verano, hasta los grandes campos de cereales del Cagitán de Mula, en el centro mismo de la Región de Murcia. Esto le permitía realizar sus traslados con mayor seguridad, puesto que al ser un grupo numeroso de hombres, era menos probable sufrir el ataque de los bandoleros que frecuentaban los caminos, camuflando a su vez con sus pequeños trapicheos comerciales la verdadera razón de su viaje, el pago en metálico de las rentas. Para ello solía acompañarle su hijo que ha heredado este menester dada la avanzada edad del aparcerero, así como su honradez para los negocios y su don de gentes.

Ambos son muy apreciados por los señores, que tienen plena confianza en ellos pues no han tenido una sola desavenencia en tantos años. Para Dña. Beatriz es siempre agradable escuchar las noticias que traen de su pueblo, y volver a oír el acento de sus paisanos le provoca añoranzas de tiempos muy felices. El de La Casa Liendre relata durante el almuerzo varias anécdotas sucedidas durante su viaje, e incluso consigue hacer amenas, noticias tan terribles como la tremenda epidemia de cólera que ha sufrido la región durante el verano o las graves inundaciones producidas en toda la Vega Murciana por las pasadas lluvias torrenciales. La visita de Antón influye tan beneficiosamente en el ánimo de la Señora que incluso parece tener una ligera mejoría en su eterna enfermedad.

Esta maldita dolencia ha sido la que ha movido a tía Remedios a

convencer a su hermano de que no era momento de cortejos ni noviazgos, permitiendo así a Isabel permanecer más tiempo en la finca; que no estaría nada bien que su hija estuviera pendiente de estos menesteres estando su madre en ese estado. ¡Qué pensarían los vecinos! Tiempo habría de que los novios se conociesen cuando ella estuviera mejor. Ante los determinantes argumentos de su hermana mayor, D. Fernando había tenido que claudicar. No sabía la recatada mujer cuánto habría de pesarle esta insistencia.

7

Pantalón amplio, camiseta “customizada” por ella misma y melena rizada recogida con una cinta de algodón de vivos colores, Paqui irrumpe como un torbellino en la sala con su jovial sonrisa. Está trabajando como becario en la biblioteca mientras prepara su tesis y su presencia nunca pasa desapercibida.

- ¿Qué tal el finde?

- Bien... nada de especial –responde Antonio.

- Hijo, qué soso eres... tienes que animarte, el próximo domingo te vas a venir de ruta con el club de montañismo y ya verás como el aire fresco de la sierra te cambia la cara.

- No sé, ya veremos... –contesta el bibliotecario, que no está muy por la labor de quedar en ridículo cuando le falte el aire tras dar cuatro pasos por las empinadas pendientes de la montaña—. Pensaba dedicarlo a restaurar unos

muebles antiguos que he conseguido para mi casa.

- ¡Guay! No sabía que fueras restaurador.

- Yo tampoco... Es solo que no voy a encargarme a nadie que lo haga por mí, estoy sin blanca, y quiero repararlos cuanto antes para poder darles uso.

No sé por dónde empezar porque no quiero estropearlos pero ese es mi plan más inmediato.

- Seguro que en internet encuentras alguna idea. Buscando bien se puede encontrar todo... Pero me estás desviando la conversación y no te vas a librar tan fácilmente del aire fresco del monte, que hay tiempo para todo... Es cuestión de organizarse –contesta ella con una risa cantarina dirigiéndose hacia su escritorio, donde se sumerge de lleno en la catalogación de un montón de legajos polvorientos apilados alrededor de su mesa.

--∞--

Antonio recuerda su minuciosa forma de trabajar con los papeles antiguos cuando decide ponerse manos a la obra en el desalojo de los cajones de la cómoda, traída de casa de tía Pepita. Ha preparado unas cajas de cartón para guardarlo todo, en espera de tener tiempo para clasificarlo, puesto que en este momento lo que más le urge es acondicionar el mueble para poder guardar allí parte de su ropa, que aún sigue amontonada de cualquier manera en un rincón.

A esa misma hora ella está sentada en una terraza disfrutando de una espléndida mañana de marzo junto con su amiga Almudena. El aumento de las horas de luz indicando el final del invierno y anunciando la renovación de la vida es una delicia en estas fechas. Los habitantes del sureste peninsular, habituados al calor del sol, buscan su resplandor en estas fechas como adictos privados de su droga durante unos meses. Todo invita a salir a la calle, que “huele a Semana Santa”, y hacen suyo el lema de una conocida marca de cerveza de la zona: “Sale la primavera, salimos todos”.

Tras un rato de silencio, se decide a exponer lo que lleva toda la semana rondándole la cabeza:

- ¡Qué pocho veo a Antonio!
- Es que nunca va a superar lo de su mujer –contesta Almudena.
- Pero si hace ya mucho que no están juntos... ¿Qué hace todavía pensando en ella?
- Pues el caso es que Maite tampoco ayuda mucho, porque no deja de llamarlo para tonterías, y él siempre está dispuesto. ¡A sus órdenes mi sargento! –añade llevándose la mano a la cabeza con gesto marcial—. Cada vez que lo llama creo que piensa que la cosa todavía tiene arreglo.
- Pues a lo mejor lo tiene...
- Qué va. Lo que pasa es que es muy lista y quiere estar de buenas con él

para sacarle todo lo que pueda.

- ¡Qué bruta eres! ¿En qué te basas para pensar eso? –pregunta

Paqui divertida por la espontaneidad de su amiga.

- Mira, hace unos días coincidimos en una boda. La novia era amiga de ambos y por lo tanto tuvo que invitarlos a los dos. Los pusieron en mesas separadas para evitar tensiones y él estaba en la mía (supongo que pensaron que teníamos afinidad por ser compañeros de trabajo), cuando llegamos a los postres, Maite, que iba pululando de mesa en mesa como una libélula, vino hasta la nuestra y me dejó helada al verla cómo se acercaba a él con una sonrisa de oreja a oreja, apoyando una mano en su hombro y otra en su muslo como si aún fueran pareja y dirigiéndose a nosotros con no sé qué tontería. Mientras nos hablaba, incluso la vi acariciarle el pelo. Se me revolvió la bola, te lo juro. A él se le veía supertenso. Y no dejó de pavonearse a su alrededor durante toda la noche. La verdad es que iba espectacular y a él se le caía la baba, chica.

- Bueno, tal vez es su forma de acercarse de nuevo a él.

- Que no, que no... –argumenta Almudena bajando mucho la voz–.

Mientras me pedía una copa escuché cómo dos amigos de su círculo estaban comentando esto mismo y uno le contaba al otro que ella había declarado públicamente hacía unos días que su divorcio estaba en manos de un abogado

y que se iba a quedar con todo: con el piso, el coche y hasta la moto... que estaba en su derecho y que no pensaba transigir ni una décima.

- ¡Pues vaya un bicho!

- Y lo peor es que él dice que no quiere conflictos y la va a dejar manejar a su antojo. Ya lo verás.

- Pues lo va a dejar con una mano delante y otra detrás. Mientras no le pida que le pase una pensión...

- Si hay algún resquicio en la ley que le permita esa posibilidad, ten por seguro que lo hará.

- Con estos culebrones a nuestro alrededor, ¿quién necesita ver *Sálvame de Luxe*? –ríe Paqui intentando quitarle hierro al asunto y desviar la conversación.

- Desde luego –afirma Almudena también riendo–. La verdad es que no sé quién puede ver esa clase de programas... a mí me dan ganas de vomitar... Cuando los veo discutir y sacar sus trapos sucios en público se me hace un nudo en el estómago. Me ponen hasta violenta, hija.

- Pues creo que su éxito se basa en que el cotilleo, el querer aparentar y todas esas cosas son inherentes a la condición humana. Si vieras lo que me divierte leyendo los juicios que estoy utilizando para mi tesis... El otro día me encontré con uno a causa de una pelea entre dos vecinos en la que había

habido incluso disparos. Según las declaraciones de los testigos, el inicio de la disputa venía porque la mujer de uno de ellos había acusado a la del otro durante una fiesta de ir muy bien apañada de ropa, demasiado elegante para sus posibilidades, insinuando que el origen de su boyante economía era que se entendía con un señorito. Enterado el marido de la aludida de la ofensa fue en busca del de la difamante para pegarle dos tiros. Lo mejor es que cuando terminé de leer todos los testimonios resultó que ambas mujeres eran cuñadas.

- Seguro que en el pueblo se habló del suceso por las esquinas durante meses.

- Seguro. Sálvame de Luxe. Ja, ja, ja...

--∞--

Antonio se siente muy cómodo conversando con Paqui. Por alguna razón hay una sintonía especial entre ellos. Sus conversaciones suelen devenir en temas poco habituales y bastante profundos, sin darse cuenta. Ella tiene el don de saber escuchar, aportando interesantes ideas a la conversación y, a pesar de su juventud, sabe un poco de todo. Como ella misma declara, le encanta la época renacentista en la que el saber no se ceñía a un coto cerrado, al contrario de lo que ocurre ahora, que cada uno sabe únicamente de “su especialidad”, entonces todo era visto como una unidad, una serie de

conocimientos que se interrelacionaban; podían darse así grandes genios como Miguel Ángel, Rafael o Donatello, expertos a la vez en pintura, escultura, arquitectura... que se atrevían incluso a ser inventores.

Un día, mientras desayunaban, y no sabiendo muy bien cómo, se había visto impulsado a contarle un sueño recurrente que había vuelto a tener la noche anterior: estaba en su casa y descubría habitaciones nuevas que habían estado siempre ahí pero que, por alguna razón desconocida, no utilizaba o incluso habían sido olvidadas, preguntándose en su sueño por qué no las usaba. Ella, cual si de una psicóloga experimentada se tratara le había dicho:

- Seguro que tú conoces la interpretación de tu sueño. Es tu inconsciente que te está enviando un mensaje.

- ¿Tú crees?

- A ver, piensa. Yo he leído en algún sitio que la casa en los sueños significa uno mismo.

- En ese caso... cada una de las estancias podrían ser partes de mí.

- Sí. Pero ten en cuenta que probablemente no sean partes físicas sino psicológicas.

- Puede que haya partes de mi interior que no esté utilizando, que incluso haya olvidado.

- Puede. ¿Y en tu sueño era agradable entrar en esas habitaciones?

- Sí. Estaban perfectamente amuebladas y lo que sentía era sorpresa ante el hecho de haberlas olvidado.

- Pues yo creo que ya tienes la interpretación de tu sueño. A ver qué haces ahora al respecto para aprovechar todo el potencial que estás desperdiciando.

- Esta última vez ha sido un poco diferente porque lo que descubría era una casa entera que había que reconstruir. Incluso no tenía las llaves de algunas puertas.

- Las puertas creo que representan retos y oportunidades. Para mí los mensajes están claros como el agua.

En otra ocasión la conversación giró en torno a su apellido, Bayona. La verdad es que Antonio se había preguntado a veces si tendría algún parentesco con los Bayona propietarios del Convento de San Francisco, familia con muchos recursos y muy influyente durante años pasados en Mula, su ciudad natal. El Convento, fundado en el siglo XVI por los franciscanos, llegó a ser un importante referente cultural en el XVIII, acogiendo a alumnos de muchas provincias españolas que venían a cursar en él sus estudios, como demuestra la necesidad de construir un doble techo en la zona de las celdas para poder habilitar suficientes habitaciones en las que alojarlos. Con las políticas liberales de Mendizábal que pretendían redistribuir la riqueza, el

Convento junto con su iglesia fue desamortizado en 1835 y vendido en 1849 a José Bayona Lentisco, Damián Rebel Sánchez, y Ginés Fernández de Capel y Quijano, cediendo estos últimos su parte a Bayona que pasó a ser propietario absoluto de todo. Esta era una muestra a nivel local de la razón del fracaso de las desamortizaciones liberales que, si bien lograron despojar al clero de los inmensos bienes que acumulaba, no consiguieron que llegaran a los pobres como se pretendía, sino que pasaron a manos de la oligarquía que no dudaba en hacer pequeñas trampas como esta para evitar las segregaciones.

- ¿Y nunca se te ha ocurrido investigar un poco al respecto? ¿Reconstruir tu árbol genealógico? –sugiere Paqui.

- La verdad es que no. Además eso requeriría mucho tiempo y no sabría cómo empezar.

- Te equivocas. Yo elaboré el mío hace unos meses, y con las nuevas tecnologías es muy fácil remontarse varios siglos atrás. Mira, hay una página en internet que se llama FamilySearch que tiene escaneadas las partidas de bautismo, defunción e incluso matrimonio de muchísimas parroquias españolas. Desde tu casa, con un poco de paciencia, consigues lo que antes hubiera sido imposible sin desplazarse y sin luchar para conseguir los permisos necesarios.

- ¿Y cómo te dio por ahí? Aunque sea fácil debe ser un trabajo minucioso que llevará su tiempo...

- La verdad es que lo hice por mi madre –contesta ella con mirada pensativa, dudosa sobre cómo explicar la verdadera razón de sus pesquisas—. ¿Has oído hablar alguna vez de la Biodescodificación?

- No –responde Antonio intrigado.

- Pues se trata de una teoría que dice que en la vida de una persona influyen tres cosas: la Edad cronológica que son los acontecimientos que se producen durante tu vida, el Proyecto Sentido que son hechos ocurridos desde el momento de la concepción hasta aproximadamente los tres años de edad, y el Transgeneracional que son sucesos importantes de tus antepasados que influyen en tu propia vida y suelen remontarse incluso a la tercera o cuarta generación. Esto explicaría algunas enfermedades que son procesos psicósomáticos, y algunos problemas que parecen perseguir a ciertas personas y que son en realidad mensajes del subconsciente.

- ¿Y tú crees eso?

- Yo lo respeto y no digo que no pueda haber algo de cierto en ello, hay muchas cosas en la naturaleza que se escapan a nuestro entendimiento, pero temo que algunos buenos comunicadores estén haciendo negocio con esto, dándole sentido a cosas que se pueden relacionar con facilidad y

aprovechando las necesidades especiales de ciertas personas en momentos difíciles.

- Da qué pensar...

- Lo importante es que ella lo cree y si eso le ayuda a superar su enfermedad, ¿por qué no hacerla feliz y permitirle llegar a lo que está buscando? Por eso lo hice. Además, descubrí cosas muy interesantes sobre cómo era la vida en aquellos tiempos, pues aparte de los nombres aparecen datos curiosos como las profesiones de las personas, las causas de las muertes, los domicilios... Había años en los que los segundos matrimonios eran muchísimos y descubrí que estaban directamente relacionados con los de grandes epidemias. La gente tenía que rehacer sus vidas, los hombres necesitaban que alguien cuidara de sus hijos y las mujeres que les proporcionaran sustento y seguridad, por eso se volvían a casar apenas un par de años después de enviudar. También había muchos niños abandonados en los portales por falta de medios para alimentarlos. Debieron de ser tiempos difíciles... y ahora nos quejamos por todo.

8

Isabel llega apresuradamente a casa de José y Carmen. Se la ve muy alterada y las lágrimas resbalan por su pálido rostro. Desde que atraviesa el umbral solo sale de su boca una palabra repetitiva: Manuel... Manuel.... Al verla,

Carmen recibe una fuerte punzada en el pecho deduciendo que algo terrible le ha ocurrido a su hijo. Contagiada por la consternación de la joven, pregunta varias veces, subiendo el tono cada vez más:

– ¿Qué le ha pasado?, ¿qué le ha pasado?

Pero no obtiene respuesta y en su desesperación la agarra por los brazos zarandeándola. La muchacha parece salir del shock y amplía algo más sus balbuceos:

- Lo quiere matar... lo quiere matar. ¿Dónde está?

- ¿Quién lo quiere matar? –pregunta la madre algo aliviada.

- Mi padre.

- ¿Su padre?, pero... ¿Por qué?

No necesita respuesta, observando la mirada avergonzada y el rubor que ha coloreado las mejillas de su interlocutora, comprende de repente lo ciega que ha estado. Aparecen en su mente varias escenas que había ocultado inconscientemente. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo que estaba ocurriendo entre su hijo y la señorita Isabel? Con voz acusadora y agria, soltando a la chica a la que aún mantenía sujeta, exclama:

– ¡Nos habéis buscado la ruina!

En ese momento escucha el galope del caballo de D. Fernando

que, con el semblante desencajado y escopeta en mano, llega preguntando por

Manuel. Hace todo lo posible por recobrar la compostura mientras sale a la calle a recibirle, e intenta entretenerle cuidando de no aumentar su enojo.

Ante las insistentes preguntas de su señor a las que no puede negarse a responder, lo envía en dirección opuesta al lugar en el que se encuentra trabajando esa mañana su primogénito.

Inmediatamente vuelve a entrar en la vivienda y comienza a dar instrucciones a su hijo menor, Juan, mientras se mueve aceleradamente de un lado a otro de la casa. Del interior de una olla de barro, colocada en lo más alto de la alacena, saca un puñado de monedas, de la artesa una hogaza de pan, y de la fresquera algo de comida que envuelve rápidamente con unos trapos. Envía a Juan en busca de Manuel diciéndole angustiada:

– ¡Corre, corre! Dile que no se le ocurra venir por aquí, que se vaya lejos, donde no pueda encontrarlo.

De repente repara en Isabel que sigue paralizada tras la puerta y, sin mirarla siquiera, pregunta:

- ¿Qué hace aquí todavía? Si su padre la encuentra en nuestra casa será peor para todos.

La Señorita tarda en reaccionar, no sabe qué hacer ni a dónde ir. Antón, que ha presenciado sorprendido la escena, se apiada de ella y le pide que lo acompañe.

Se dirigen en silencio hasta el barracón donde se alojan los jornaleros que están recolectando la aceituna, el de La Casa Liendre dispone de un pequeño cuarto para dormir, separado de los demás, y lleva allí a Isabel. Ella se deja caer sobre el jergón que sirve de cama sollozando desconsoladamente. El labrador permanece sentado sobre una caja de madera, fumando con la vista perdida y permitiendo que desahogue su congoja. Como buen negociante sabe que ser un buen orador y dominar el don de la palabra es importante, pero no lo es menos saber utilizar los silencios. Pasadas varias horas divisa a través de la ventana la figura desgarrada de Pérez de Vargas que, derrumbado sobre su caballo, vuelve lentamente con el sol poniéndose a sus espaldas.

Ya es noche cerrada cuando, viendo a la chica más calmada, se decide a hablarle recomendándole que vuelva a su casa. Lo que le ha ocurrido a Isabel es tan natural y antiguo como el mundo, sucediendo en todas las civilizaciones, culturas y épocas, pero la que a ella le ha tocado vivir se ha ocupado bien en transmitirle que se trata de un hecho reprobable, un pecado mortal que su padre y Carmen no han dudado en recriminarle. Ella irrumpe de nuevo en llanto declarando que no puede volver. La culpabilidad ha calado hondo en su alma. El aparcerero insiste pero la hija de D. Fernando continúa con su negativa:

- ¡Me ha dicho cosas terribles, Antón! No puedo... Soy una vergüenza para él. No quiere volver a verme... ¡Y yo tampoco a él! –apuntilla dejando aflorar su pundonor.

Tras un largo silencio le ruega con voz suplicante que la deje pasar la noche allí. El murciano piensa que al día siguiente todo será diferente, que la luz del día les clarificará las ideas a todos y le recomienda que duerma. Ella no para de darle vueltas a lo ocurrido, no sabe qué habrá pasado con Manuel, no puede regresar con sus padres. Enlaza momentos en los que su mente trabaja aceleradamente, con otros en los que queda aletargada y, finalmente, ya casi clareando el alba, cae en un agitado sueño durante el cual todavía sufre pequeñas convulsiones, lanzando irregulares suspiros como hacen los bebés tras una profunda rabieta.

Cuando despierta, el labrador no se encuentra en la estancia, hace un breve resumen mental de los sucesos del día anterior, luchando contra un dolor intenso que le oprime el pecho impidiéndole casi respirar, y toma una decisión. Al abrir la puerta para salir se da de bruces con él y, evitando mirarle a la cara, sale del barracón sin dirigirle la palabra. Él la ve alejarse con paso firme por el camino, percatándose de que al llegar al cruce toma la dirección opuesta a la de la casa principal.

- Te vamos a echar mucho de menos –comenta Almudena.
- Yo también a vosotros. Pero solo van a ser unos meses fuera en los que tendré que trabajar muy duro, eso sí –responde Paqui.
- A ver si hay suerte y te vuelven a contratar cuando aprueben las nuevas partidas de gasto... –apuntilla Antonio.
- Yo no me hago ilusiones. Ya ha sido una gran suerte encontrar esta oportunidad para poder seguir con mi tesis, recibiendo a la vez algún dinerillo para cubrir gastos.
- Pero con todo lo que has investigado aquí tenías material suficiente, seguro.
- Sí, tengo mucha documentación, pero el director de mi proyecto insiste en que sería mucho mejor conseguir información de diferentes provincias, para que el trabajo sea más global.
- Vaya unos muermos..., toda la noche de cháchara –interrumpe Eugenio, que ha dado buena cuenta del vino en la cena, tirando de la mano de Paqui hacia la zona de baile-. ¿Esto es una fiesta de despedida o un duelo? Mientras Antonio y Almudena observan cómo se dirigen al ritmo de la música hacia donde se encuentra el resto del grupo, ambos se miran y deciden seguirles para sacudirse la melancolía que les ha invadido hace unos minutos. En ese momento, un muchacho que intenta abrirse paso entre la

gente, pasa por su lado y Eugenio pierde el equilibrio derramando parte del contenido de su cubata. Violentamente se encara con el chico que lo mira sorprendido, y comienza a insultarle y a darle pequeños empujones en el pecho, lo que hace que acudan también los amigos del chaval que forman un corro a su alrededor.

Bayona, cuyo lema es: “si hay pelea cuanto más lejos mejor”, se ve obligado a intervenir para calmar los ánimos. José Luis, un auxiliar administrativo de la sección de deportes que también estaba en la fiesta, acude en su ayuda consiguiendo convencer a Eugenio para salir fuera del local.

- No te preocupes, ya le acompaño yo a su casa. Debería haberme marchado hace rato –se ofrece, diligente como siempre. Y el bibliotecario vuelve dentro.

Con el incidente, el ambiente se ha enrarecido y poco a poco todos comienzan a marcharse transmitiendo a la becaria sus mejores deseos y consejos al despedirse.

- ¿Has venido en coche? –pregunta Antonio camino de la puerta cuando Paqui anuncia que ella también se retira.

- No, no me gusta cogerlo cuando sé que voy a beber, además en el pueblo no hay distancias. No comprendo a los que lo utilizan para todo. A

veces, si no encuentras aparcamiento en la zona, te tienes que ir aún más lejos que si hubieras venido a pie.

- Pues sí, me ha ocurrido alguna vez –confirma él riendo–. Pero hoy yo tampoco lo he traído.

- Entonces vamos en la misma dirección.

- Sí. Te acompaño.

Ambos caminan despacio disfrutando de la magnífica noche estrellada de principios de verano, dejando atrás el estruendo de los bares de copas.

Antonio lleva varios días recapacitando sobre su relación con su compañera de trabajo, incentivado sin duda por su marcha. Está claro que entre ellos existe una química especial, que se encuentra muy bien cuando está a su lado, pero ¿significa eso que podrían dejar de ser simplemente colegas?

Cuando se mira al espejo percibe que no pegan ni con cola, ni por su aspecto, ni por sus gustos, ni por su edad...

Le invaden multitud de dudas sobre lo que ella siente, sobre si estaría dispuesta a compartir con él algo más y, ante todo, sobre si él mismo está preparado para iniciar una nueva relación. Al llegar a este punto el fantasma de Maite sobrevuela sobre su cabeza impidiéndole continuar adelante.

Envuelto en algunas de esas cavilaciones, animado por el ambiente

festivo de la noche y acuciado por la inminente partida de Paqui, se está cuestionando si sería conveniente invitarla a subir a su apartamento, o si eso mandaría al traste una amistad que no quiere arriesgarse a perder..., cuando ella, percibiendo el cambio de vibraciones entre ellos, aunque desconoce la causa, comenta:

- Qué callado te has quedado...

No le da tiempo a responder. Al doblar la esquina, José Luis les asalta exclamando:

- ¡Tenéis que ayudarme, por favor!

Eugenio está sentado en un portal y les sonríe con cara de idiota.

- ¿Qué ha pasado?

- Nada, que no hay forma de hacerle dar un paso. Se ha emperrado en que no quiere volver a casa y no sé qué hacer... Tengo que irme. Le he dicho a mi mujer que volvería pronto y mirad la hora que es. Pero no puedo dejármelo aquí tirado con la melopea que lleva encima –dice el de Deportes muy agobiado–. Es que el bebé da unas noches malísimas y le he prometido que no la iba a dejar sola –aclara justificándose.

Entre los tres consiguen convencer a Eugenio para que se levante pero tardan en llevarlo a su casa más de una hora, cuando ese mismo recorrido podrían haberlo hecho en diez minutos, ya que cada pocos pasos se vuelve a

sentar en el suelo negándose de nuevo a continuar.

Cuando por fin llegan a su destino, José Luis, como buen samaritano, lo acompaña en el ascensor hasta la puerta de su piso para asegurarse de que entra en la vivienda, pues sigue amenazando con irse de nuevo a continuar la fiesta, mientras la pareja le espera en el portal.

En el momento en que el diligente auxiliar administrativo está saliendo de nuevo del edificio, Eugenio asoma medio cuerpo por la ventana del segundo piso gritando a voz en cuello:

- ¡Cabrones!, ¡cabrones! ¡Me habéis engañado! ¡Me habéis traído a acostarme! ¡Esta me la pagáis!

Antonio y Paqui se miran riendo pues no deja de ser cómico el escándalo que está dando en todo el vecindario, pero se reprimen al ver la cara de apuro de José Luis que, marchándose apresuradamente, comenta:

- Mi mujer me mata, me mata.

Mientras reanudan el camino hacia sus respectivas moradas, ella comenta:

- Hay gente que tiene muy mal beber. A algunos les da llorona, otros se ponen violentos, otros pesados...

- Otros las dos cosas –añade él, y ambos vuelven a reír.

- A mí por ejemplo me da por hablar, así que intento reprimirme.

- Eugenio sabe que se pone así, por eso evita salir. Hasta el último momento no se ha decidido a acudir a la cena. “Si es que yo me conozco..., salgo y me pierdo” Me comentó el otro día.

- Pues entre unas cosas y otras nos ha dado la noche. Se ha hecho tardísimo y mañana aún tengo que preparar un montón de cosas antes de irme.

Este último comentario sirve de excusa definitiva a Antonio para desistir de cualquier intento de aproximación esa noche. Se despiden en la puerta de ella con la promesa de no perder el contacto, un abrazo y un par de besos en las mejillas.

10

Antón aprecia lo suficiente a Isabel como para no poder permitir que deambule por ahí sola y desamparada, expuesta a inimaginables peligros y no pudiendo frenar el impulso de seguirla, consigue convencerla de que vuelva con él al barracón donde estarán más seguros para poder contarle lo que acaba de averiguar sobre Manuel. Una vez dentro, a pesar de que ninguno de los dos tiene apetito, comparten un poco de pan y leche que el labrador ha traído para ella, consiguiendo entretenerla con la noticia de que su padre no pudo localizar al muchacho que huyó al ser avisado por su hermano.

No le cuenta que D. Fernando ha pasado encerrado en su gabinete toda

la noche, que ha pedido que no se le moleste y ha dado instrucciones de que nadie, salvo Dña. Remedios, entre al cuarto de su esposa, que lleva varios días sedada por culpa de una fuerte recaída. Todo el servicio anda revolucionado por no saber lo que ocurre ni dónde se encuentra la señorita Isabel, que falta en la casa desde el día anterior. Están haciendo todo tipo de conjeturas que Carmen se ha apresurado a atajar ejerciendo su autoridad de responsable de la casa y haciéndoles volver al trabajo.

El de La Casa Liendre le promete que encontrará un modo de ayudarla rogándole que permanezca en su pequeña habitación donde nadie pueda verla. Tras varios días oculta entre aquellas viejas y deprimentes paredes la muchacha cree que va a perder el juicio, su cabeza no cesa de imaginar diferentes situaciones en las que se enfrenta a su padre, en las que se reencuentra con Manuel, en las que vaga sola por los campos, en las que perece de hambre y frío por los caminos...; hasta que una tarde el aparcerero le anuncia que se marcharán al día siguiente en cuanto amanezca, entregándole un hatillo con varias de sus ropas más humildes y un grueso manto para combatir el frío.

--∞--

El viaje se está haciendo largo y agotador. A través de escarpados caminos han debido cruzar el vasto sistema montañoso que separa la

provincia de Jaén de la de Murcia y en este momento se encuentran salvando el último obstáculo, la Sierra de Moratalla, para desembocar en la planicie formada por los prósperos campos de Cagitán y de El Ardal que, aunque situados en término municipal de Mula, son fuente de riqueza para todos los pueblos circundantes del interior de la región levantina. Isabel sufre fuertes pinchazos en la parte baja del vientre que le hacen temer lo peor pero procura ocultarlos y no le ha hecho ningún comentario al respecto a su acompañante. Estos intermitentes dolores, unidos a la continua presión que siente en su vejiga y al vaivén de su montura, le provocan la necesidad de vaciarla mucho más a menudo de lo que le gustaría.

- Lo siento Antón, pero debemos parar de nuevo.

- Ánimo niña, que ya nos queda poco. Mañana estaremos en casa, Dios mediante, pero hoy todavía nos queda un buen trecho hasta llegar a Los Baños de Gilico para pasar la noche.

El labrador no comparte con ella su temor a que la oscuridad les coja todavía en medio de la sierra donde se esconden a veces grupos de bandoleros y maleantes. Ve aliviado lo poco que les queda para llegar a su destino, pues a lo largo de las largas jornadas de camino las dudas le han estado asaltando a diario, preguntándose si no había sido una temeridad emprender la marcha en solitario, sin el amparo de la cuadrilla de

trabajadores. Tal vez debería haber esperado unos días más para partir, pero había que tomar una decisión inmediata, aprovechar la ocasión, y es lo que hizo.

Desmontan cerca de una fuente y, mientras el Murciano se dirige hacia ella para abreviar los caballos, la joven busca un poco de intimidad entre los árboles. Su tardanza pronto empieza a preocupar a Antón temiendo que haya vuelto a tener náuseas y su nerviosismo aumenta al no recibir respuesta a sus llamadas. Busca y busca, aquí y allá por los alrededores, pero no consigue dar con ella. Tras varios minutos de ajetreo se detiene para pensar con lucidez, recordando hacia dónde la vio marchar e intentando adivinar cuál podría haber sido su camino. En ese momento le parece oír un ruido proveniente de un bosque de pinos situado a su derecha. Algo en su interior le incita a acercarse hacia allí con cautela y da un pequeño rodeo posicionándose en una situación elevada que le permite divisar la zona con mayor amplitud.

Un hombre de fuerte complexión tiene sujeta por la espalda a Isabel impidiéndole gritar al tapar su boca con una mano mugrienta. Al principio ella lucha por desasirse de él, pero viendo que es inútil acaba rindiéndose y ambos permanecen inmóviles. A su alrededor todo ha quedado sumido en un extraño silencio, la brisa que mecía las hojas de los árboles ha cesado y hasta los pájaros parecen haber abandonado sus trinos.

- Suelta a la muchacha –resuena autoritaria la voz de Antón mientras amenaza la garganta del agresor con una gran navaja afilada.

Este estaba tan pendiente de vigilar el camino y de evitar que la joven gritara que no se ha percatado de que sigilosamente se acercaban por su espalda.

- Tranquilo, tranquilo... solo pretendía divertirme un poco con ella.

Hace meses que no estoy con una mujer... –dice intentando endulzar su voz–.

Te puedo pagar bien.

- ¡Que la sueltes te digo! –insiste el de La Casa Liendre apretando los dientes.

Por fin, el desconocido afloja sus manos permitiendo que Isabel se aleje de él horrorizada, pero continúa hablando lentamente.

- Piénsalo bien... Tienes una hija muy guapa. Porque es tu hija ¿no?

Déjame ver tu cara para comprobar si os parecéis. Tengo una buena bolsa para pagarte –repite al tiempo que se lleva las manos a la faja.

- Ni se te ocurra moverte. Trae las manos aquí.

Isabel, que caminaba de espaldas alejándose de ellos, se enreda con las faldas de su desordenado vestido, da un traspie que la hace caer al suelo y el bandolero aprovecha esos segundos de descuido para desarmar a su atacante.

Ahora es él quien amenaza con el cuchillo.

- Podríamos haberlo hecho por las buenas pero tú lo has querido –grita empujándolo hacia un árbol cercano.

- Déjala tranquila, yo también tengo dinero, cógelo todo y márchate –
ruega Antón.

- Ja, ja, ja... Dinero no es lo que quiero, compadre.

El aparcerero decide seguir con la farsa de la paternidad puesto que, si la situación de la chica es complicada tal como están las cosas, aún lo será más si descubren quién es en realidad.

- ¿No pensarás abusar de una niña delante de su padre?

- Puedes cerrar los ojos o mirar –responde el desconocido mientras lo amordaza al tronco.

En ese momento un segundo hombre aparece junto a ellos, por su aspecto está claro que se trata también de un bandolero, viene armado y con la canana que le cruza el pecho repleta de munición. Al Murciano se le hiela la sangre cuando le escucha decir: ¿Desde cuándo tiene hijos Antón, el de La Casa Liendre? Muy crecidica está la chiquilla para ser tuya...

11

El corazón de Antonio comienza a palpar desbocado como si fuera un adolescente al ver en su bandeja de entrada un correo de Paqui. Antes de abrirlo comprueba el resto de los mensajes pendientes de lectura por si hay

algo urgente ya que desea disfrutar tranquilamente de la carta de su amiga. Tres informes de Facebook con la publicación de una nueva foto, un cambio de estado y un recordatorio de que lleva días sin acceder a la aplicación. Un mail publicitario de El Corte Inglés que no sabe por qué no pasa directamente a la bandeja de correo no deseado y otro de su entidad bancaria comunicando que no tiene suficiente saldo para el cargo de su recibo de luz. Elimina los primeros, deja pendiente el último y abre ilusionado el que le interesa evocando la voz cantarina de Paqui con su eterna sonrisa:

“Hola Antonio:

Ya estoy definitivamente instalada y cumplo mi promesa de escribirte. Siento no haberlo hecho antes pero no te puedes imaginar lo difícil que ha sido encontrar un alojamiento económico y con las mínimas condiciones de habitabilidad en esta pequeña ciudad. Comparto piso con una auxiliar de enfermería a la que casi no veo y un estudiante italiano algo excéntrico que ha venido para unos meses con una beca de intercambio. Parecen buena gente.

El archivo es muy diferente al de Mula, está completamente modernizado con un sistema informático fantástico y en estos momentos se encuentran escaneando todos los documentos para poder ponerlos a disposición del público en formato digital. Mi trabajo aquí consiste en eso.

No es exactamente lo que más me gusta pero creo que el resultado final merecerá la pena, y alguien tiene que hacerlo. Pues aquí está “Súper–Paqui–escaneadora”, ja, ja.

Solamente he podido dedicar unos días a mi proyecto pero creo que he encontrado una verdadera mina. Como sabes, el tema del estudio es la vida de la mujer del siglo XIX a través de sus demandas judiciales y, dado que su papel en la vida laboral y económica estaba tan limitado en aquella época, casi todo el material que tenía se ceñía al terreno social y a pequeños conflictos familiares. Aquí he encontrado una mujer que, por lo que parece, se pasó la vida querellándose y que actuaba siempre en su propio nombre, sin un hombre que protegiera sus intereses, lo cual, además de inusual, hace que la documentación de cada uno de los juicios sea mucho más extensa y rica.

Bueno, ya me estoy enrollando con el tema de mi trabajo y al final te voy a aburrir.

Espero tener noticias tuyas pronto y que me cuentes cómo va todo por ahí.

Besos,

Paqui”

Antonio se dispone a responderle inmediatamente pero no le viene a la imaginación nada extraordinario que contarle por lo que tras dos intentos

fallidos del estilo de “por aquí todo más o menos igual”, “nada que resaltar”, o “sigo bien” decide posponer su respuesta.

--∞--

Paqui se siente feliz al ver el correo de Antonio, aunque, por alguna razón, esperaba que él respondiera antes. Le gusta comunicarse por escrito con los demás pero no poder verles la cara mientras hablan, ni escuchar el tono de su voz, supone para ella una pérdida de información primordial.

Cierto es que los emoticonos han querido suplir esa falta de emocionalidad en los mensajes escritos, pero no dejan de ser meros símbolos de lo que el emisor quiere decir explícitamente, y la verdadera información en la comunicación presencial está en los mensajes que el hablante transmite inconscientemente con su postura, sus gestos, su mirada... Aun así intenta leer entre líneas cómo se siente su amigo.

“Hola Paqui:

Me alegró mucho recibir noticias tuyas y saber que ya estás instalada y metida de lleno en tus dos trabajos.

No me aburre en absoluto que me cuentes cosas sobre tu tesis, ya sabes que todos los asuntos de Historia me gustan y siempre aprendo algo de lo que me cuentas.

En la biblioteca todo sigue igual, las mismas personas y los mismos

problemas.

Estoy dedicando algún tiempo a mi árbol genealógico pero es un trabajo minucioso que a veces me cansa, especialmente cuando pasan días sin encontrar lo que busco. Hay años en los que no aparece un índice y hay que ir partida por partida buscando. Incluso cuando sí que lo hay no sabes el nombre que han utilizado para inscribir, sobre todo a las mujeres que unas veces les ponen delante María y otras no. Bueno, pero no desespero, y como actualmente me sobra mucho tiempo libre estoy avanzando bastante.

Un abrazo,

Antonio”

12

El sol está muy alto ya sobre el horizonte, iluminándolo todo con su radiante luz. Avanzan lentamente por un enrejado de caminos polvorientos que atraviesan una enorme planicie sembrada en su mayor parte de cereales, aunque también pueden verse algunos campos de almendros, vides y olivos. Las montañas más cercanas se divisan muy a lo lejos en el horizonte, confundiéndose con el color del cielo. Destaca al norte de la llanura una gran mole piramidal, el Almorchón, que, como nacida de la nada, sirve de faro para orientarse en el dorado mar. En su dirección se labran cada año las primeras zanjas de los bancales que luego serán acompañadas por infinitas

hileras paralelas dispuestas para acoger las semillas. El humo de las casas diseminadas, dispersándose hacia el cielo, delata su presencia entre los inmensos cultivos.

Se acercan por la parte de atrás hacia un caserío cuyas paredes amarillentas reclaman ser encaladas de nuevo. Varios perros vienen ladrando a su encuentro y, rodeándoles, les acompañan moviendo sus colas hasta que llegan a las cuadras, donde Isabel desmonta.

Junto al gluglú de un pavo, se escucha un revuelo de alas y cacareos, a la vez que una mujer menguada por los años, de plateados cabellos recogidos en un moño de rodete y cubiertos con un pañuelo negro como el resto de sus vestiduras, asoma su cabeza. Sujeta un lebrillo con restos de alimentos desmenuzados y mezclados con grano, en un amasijo multicolor e informe, que aún mancha sus manos. Sus vivarachos y menudos ojillos oscuros saltan inquietos desde la figura de Antón a la de Isabel en un detallado chequeo que contrasta con la sonrisa que exhibe al dirigirse a ellos:

- ¿Ya de vuelta? –es su saludo.

- Pues ya ve usted suegra...

- Y bien acompañado que vienes...

- Sí. ¿Dónde anda Manuela? –pregunta Antón queriendo dar un giro a la conversación y evitando las explicaciones.

- Se fue hace un rato a la casa de tu padre.
- ¿Han puesto esta mañana las gallinas?
- Seis huevos como seis soles.
- Pues acompañe a la zagala dentro que viene muy cansada, y échele usted una yema en un vasico de vino dulce de Ricote que se nos recobre.

Mientras, yo voy a por su hija.

Antón nació en el corazón del Campo de Cagitán, en un cortijo centenario, La Casa Liendre, de ahí su sobrenombre. La razón de un topónimo tan poco favorecedor puede deberse a una deformación del nombre original en latín o árabe de la villa, como ocurre por ejemplo con un paraje cercano, que recibe el nombre de Caputa, y que es una clara castellanización del término en latín para designar un lugar donde brota el agua: “Caput aquae”.

Al casarse decidió trasladarse a una pequeña vivienda situada en la misma finca, no muy lejos de la de sus padres, conocida como La Casa de los Pastores. Era una edificación mucho más modesta, en la que hubo que invertir varios meses para hacerla habitable, pero les concedía la independencia que ellos deseaban para fundar su propia familia, a la vez que por su cercanía permitía seguir compartiendo todos los quehaceres propios de la labranza que le correspondían como primogénito. La madre de su futura

esposa, que había enviudado hacía años, se mudaba también con ellos, y la del novio, consciente del problema que podía suponer la convivencia de las dos consuegras bajo el mismo techo sentenció: “El casado casa quiere”, siendo primordial su intercesión para convencer al patriarca, que no estaba conforme con el abandono del hogar de su mano derecha.

Isabel está agotada por el largo y complicado viaje pero dentro de la pequeña estancia, bajo la escrutadora mirada de la anciana, comienza a sentirse asfixiada y decide esperar la vuelta de su anfitrión en el exterior, bajo la gratificante luz del sol. Desde allí se puede divisar el cortijo y, sentada en el poyete que hay junto a la puerta, observa cómo se acerca el matrimonio por la senda que une ambas casas.

El labrador viene explicando a su mujer algo que no parece gustarle demasiado, las respuestas de ella son bastantes escuetas, y él intenta ralentizar su marcha haciendo pequeñas paradas que aprovecha para enfatizar sobre lo que le está contando, intentando que ella le mire a los ojos y comprenda bien lo que dice. Conforme se acercaban a su destino la conversación ha ido languideciendo y al llegar a la altura de la muchacha ambos vienen callados, cabizbajos y pensativos. Su saludo se reduce a un “buenos días señorita” y entra rápidamente en la vivienda, dándole aire a su falda floreada de indiana, con doble volante.

Antón, leyendo el desconcierto en la cara de su huésped, intenta disculparla:

- Cuando algo no le cuadra, Manuela es un poco cabezota, pero os llevaréis bien.

- Voy a ser una molestia, tal vez debería marcharme –insinúa Isabel angustiada.

- No te preocupes, está enfadada conmigo y cuando se pone así, parece que hubiera declarado la guerra al mundo entero, pero pronto se le pasará. Si te he traído conmigo es porque sé que eres bien recibida.

Entran en la casa, Antón se lava las manos y la cara en una palangana suspendida sobre un soporte de hierro incrustado en el muro, tras la puerta, y anima a la muchacha a imitarle. Manuela está sentada en una silla baja frente a la chimenea. Con la mirada fija en la sartén donde se cuecen unas migas, desahoga su desconcierto en el constante meneo de la rasera sobre la mezcla de agua y harina.

- Pruebe usted las migas, madre –dice sin detenerse, dirigiéndose a la anciana.

La aludida coge un puñado y se lo lleva a la boca.

- Les falta la gracia –sentencia, espolvoreando un poco de sal sobre la comida–. Y un par de vueltas.

Una vez que su madre da el visto bueno, Manuela las retira del fuego repartiendo cucharas para los cuatro, que se disponen también en sillas bajas alrededor de la tiznada sartén sin mediar palabra. Antón rompe el silencio:

- Josefa, saque un poco de tocino de la fresquera, de ese que guardamos al fondo, el que lleva pimentón.

Ella le observa extrañada, cruza una rápida mirada con su hija, pues sabe que ocurre algo entre ellos, y mientras se levanta comenta con cierto retintín:

- ¿*Pos* qué celebramos hoy?

- Que estoy aquí después de haber estado a puntico de no contarla. ¿Le parece poco? Además hay que alimentar bien a esta zagalica... –contesta él sonriendo y mirando a su invitada.

Gracias a la buena temperatura y al aumento de las horas de sol, parte de la vida de la familia se desarrolla en el exterior. Antón repara el asiento de una silla trenzando con maestría el esparto, mientras las mujeres repasan zurciendo y remendando algunas prendas de ropa, a la sombra de la parra que se encuentra junto a la puerta. Las noticias vuelan en los campos llevadas por el viento y las aves, por ello no les extraña ver aparecer a los hermanos de Antón, junto con la familia, al caer la tarde.

- Por ahí vienen los de La Casa Liendre, atraídos por el olor de la señorita Isabel –anuncia Josefa.

- No la llame usted así. Mientras esté con nosotros será solamente Isabel y no conviene que nadie sepa quien es. Así que a lo que yo diga esta tarde..., chitón –le advierte su yerno.

Se ha levantado una ligera brisa que trae de cuando en cuando los aromas del jazminero y del galán de noche, los cuales parecen competir para ver quién es capaz de embriagarles antes con su fragancia. Todos se sientan en el exterior de la vivienda formando una especie de corro y, tras los saludos de bienvenida, Antón monopoliza la conversación contando con su habilidad natural las peripecias de su último viaje. Evitando incidir en los detalles más escabrosos que pueden herir la sensibilidad de Isabel, pasa rápidamente al incidente con los bandidos, acaparando la atención de todos:

- ...Yo creía que nos dejaban en calzones. El individuo logró quitarme la navaja y me tenía amarrado a un árbol, cuando apareció otro más apuntándonos con su pistola. Medía más de cinco pies, moreno de piel y de pelo, con una gran barba y mucha patilla. Llevaba una chaqueta de pana verde con muchos botones dorados en las bocamangas, chaleco de seda color mostaza con bordados, pantalones azules ajustados, al estilo francés, pero con alpargates, y faja de estambre morada, con su canana repleta de munición en el cinto.

Su voz retumbó atronadora en toda la sierra cuando me llamó por mi

nombre:

“Antón, el de La Casa Liendre” –narra teatralmente–.

Yo no sabía si aquello era bueno o malo. Me quedé mudo, (y mira que eso es raro en mí), –prosigue riendo–. Me sorprendí bastante cuando dijo a su compinche que me soltara y se ocupó de dar un poco de agua a la chiquilla de mi compadre, aquí presente, que se había quedado un poco ida del susto –dice, como de pasada, mirando a Isabel, cuya mortal lividez delata la impresión que le está causando recordar el desagradable episodio–.

¿A que no podéis adivinar quién era? –continúa el labrador dando suspense a su relato–. ¿Os acordáis de Matías Pérez? Aquel que estuvo aquí durante la siega hace lo menos 15 años, con su padre, que estaba ya muy cascado el pobre.

- ¿Aquel zagaliquio enclenque, que entre los dos no sacaban el trabajo de un hombre? –interviene Roque, uno de los hermanos de Antón.

- Ese mismico. Entre todos les echábamos una mano para que pudieran cobrar el jornal... No lo reconocí hasta que me dijo quién era.

Me contó que se había metido en un negocio poco claro para sacar unos cuantos reales porque no tenían qué comer, y había que mantener a la familia.

Con su padre cada vez más enfermo solo estaba él para tirar *p' adelante*.

En plena faena, tuvieron la mala suerte de toparse con una pareja de

carabineros que se cebaron con ellos quemándoles el carro y matando a las mulas, acusándoles de tráfico de sal. Iba, ni más ni menos que con el Peliciego. Indignados y corroídos por la rabia, se quedaron por los alrededores, y en cuanto pillaron desprevenidos a los que tan injustamente les habían tratado, les metieron cuatro tiros y se tiraron al monte.

A partir de ahí, una cosa les llevó a otra, juntaron una gavilla de lo menos treinta hombres y se dedicaron a hacerle la guerra a los milicianos en nombre de D. Carlos. Para todo esto encontraron el respaldo de D. Pedro Palencia y otros señores partidarios de los carlistas, incluso de algunos militares retirados, y acabaron metidos en la guerrilla.

Estuvo con el Peliciego un par de años hasta que, como sabéis, lo pillaron descansando en el Serretón de Moreno, ahí cerca de Molina, y los que se hacían pasar por amigos, lo asesinaron cobardemente para cobrar la recompensa de cuatro mil reales que había ofrecido el Ayuntamiento de Jumilla. Matías se libró porque ese día estaba resolviendo otros negocios y no iba con él.

Con la muerte del Peliciego se deshizo la cuadrilla y después se unió a la banda del Juan Manuel Noguera.

- ¿El pleguero ese que venía mucho por la casa del cojo Toro? ¿Que dicen que tenía ahí una novia?

- Sí, ese que andaba desvalijando a la gente con lo mejorcico de Mula y de Pliego. Pues otra vez el Matías tuvo la suerte de su lado el día que salieron huyendo de la Venta de Los Royos, acorralados por la Guardia Civil. Cayeron tres de la gavilla, entre ellos el Juan Manuel. Muerto el cabecilla, cada uno tiró para un lado, pero el Matías sigue huido porque sabe que lo buscan, y han sido ya tantos los desmanes en los que ha participado que acabará su vida como bandolero; aunque no es mala persona y está muy agradecido con nosotros por ayudarle a él y a su padre en aquel momento en que todos les daban la espalda.

Ya lo dice el refrán: siembra y recogerás...

A su compañero se le veía bastante enfadado, no dejaban de discutir, yo me recelaba que no estaba nada conforme con dejar que nos fuéramos.

Prácticamente no salen de su escondite en la sierra, porque desde que se creó la guardia esta nueva, lo tiene todo muy vigilado. Unos días antes, se habían topado con una pareja que revisaba la zona y habían tenido que salir por pies dejando los caballos, por eso iban andando.

Les ofrecí uno de los nuestros, así los dos estuvieron conformes y yo me aseguré de que se alejaran rápidamente de nosotros porque no me fiaba ni un pelo.

La hija de Pérez de Vargas pasa en vela la mayor parte de su primera noche en Cagitán. Añora la seguridad de su casa, la calidez de su familia, la risa de Manuel... ¡su vida! Los seres humanos, como animales sociales que somos, tenemos un mecanismo de defensa que nos hace leer en las actitudes de los demás si somos bien recibidos en un grupo. Cuando detectamos signos de rechazo, nuestro instinto nos empuja a huir para sobrevivir. Y ese es precisamente el impulso que embarga a la joven. Huir, huir de aquel lugar ajeno y desconocido donde ha venido a parar precisamente porque los suyos le han dado la espalda. Pero, ¿cómo huir de tu propia huida?

El matrimonio de labradores le ha cedido su dormitorio, el único de la vivienda, y estos pasan la noche en la estancia principal que hace las veces de cocina, comedor y salón. En ella han colocado un catre cuyo cabezal y pies consisten en dos gruesos maderos en forma de tijera, unidos por un tornillo central que les permite plegarse. Las dos aspas van unidas entre sí por dos largueros fijados en su parte superior, en los que se han taladrado a lo largo, círculos regulares con una separación aproximada de un palmo. A través de los orificios se pasa una gruesa cuerda de cáñamo que hace las veces de somier y sobre la que se apoya el colchón. Josefa duerme en el piso superior en un jergón relleno de perfolla colocado directamente sobre el suelo. Nunca han conseguido convencerla de ocupar una cama.

Isabel ha oído cuchichear a Antón hasta bien entrada la noche sin escuchar respuesta alguna por parte de su mujer, lo que le hace suponer que sigue enfadada con él, y cuando se levanta por la mañana comprueba que la situación ha ido a peor.

Manuela ama a su esposo, pero a veces la saca de quicio con su forma de ver las cosas y de hacer y deshacer sin consultar. Cuando esto ocurre se repite siempre el mismo patrón: ella se bloquea y no consigue dirigirle la palabra, él intenta limar asperezas y continuar como si nada hubiera ocurrido, lo que la irrita aún más haciendo que se sumerja profundamente en su caparazón consiguiendo con su actitud minar el ánimo de Antón, que sintiéndose herido y maltratado, deja también de hablar. Esta tensa situación se suele prorrogar por unos días durante los cuales pasan por la cabeza de ambos todas las pequeñas cosas que les separan, volviendo a florecer pequeños rencores olvidados, hasta que el labrador consigue dejar de nuevo atrás su amor propio, y vuelve a ella intentando resolver el problema. Para entonces su mujer incluso ha olvidado el origen exacto de la disputa y la reconciliación es un dulce consuelo para ambos.

El aparcerero debe volver sin más dilación en busca de la cuadrilla de jornaleros que había reunido para viajar hasta los campos de Cagitán con ocasión de la siega. Dejó como responsable a un capataz que iniciaría la

marcha unos días después de su apresurada partida, cuando todo estuviera preparado, y ahora él iba a su encuentro para completar los negocios de comercio que tenía previsto realizar a su vuelta, y para dirigir al grupo como le correspondía. Ha pedido a su hermano Roque que le acompañe temiendo volver a encontrar maleantes en la sierra.

El día no ha sido para Isabel mucho mejor que la noche. Sentada junto a Antón presencian el ocaso, que las llanuras circundantes permiten disfrutar en todo su esplendor. El viento vespertino ha deshilachado las nubes que van filtrando los rayos del sol en diferentes capas produciendo un crisol cromático que va evolucionando desde los tonos anaranjados a los morados, pasando antes por los rosados y violetas, en un espectáculo sobrecogedor que la incita a desahogar su alma angustiada.

- Creo que Dios me está castigando por mis pecados.

- No creo que Dios tenga tiempo de ocuparse de las faltas de cada uno de nosotros –responde el labrador.

- Eso no es lo que a mí me han enseñado. Dicen que está en todas las cosas.

- Observa este cielo inmenso, la tierra fértil que tenemos alrededor, el sol poniéndose en el horizonte... ¿Tú crees que con el trabajo que deben dar todas estas maravillas Dios estará pendiente de castigarte por alguna pequeña

tontería?

- Pero no son pequeñas tonterías, Antón. He deshonrado a mi familia, les he defraudado y ahora no sé qué hacer.

- Yo creo que hay que agradecer a Dios todo lo que pone a nuestra disposición, todo lo que nos rodea, pero lo que nos ocurre a cada uno suele ser consecuencia de nuestros propios actos y a nosotros mismos corresponde resolverlo. Cada cual debe buscar y luchar por lo que quiere. Si te quedas esperando a Dios... apañada vas.

- Efectivamente lo que me ocurre es culpa mía.

- No es cuestión de buscar culpables, niña. La culpa será solo una carga sobre tus hombros. Lo pasado, pasado está. Tienes que tirar *p'alante* y todo irá volviendo de nuevo a su cauce.

Una vez sola en su habitación, que ha quedado en penumbra tras apagar el candil que la iluminaba temblorosamente, Isabel rememora todo lo sucedido desde su llegada al cortijo jienense el verano anterior. Los muros infantiles que sostenían su adolescencia se han roto violentamente, colándose a borbotones por sus grietas, las responsabilidades de la madurez que acabarán por derrumbarlos por completo. Recuerda los inolvidables momentos vividos con Manuel, la certeza de su embarazo, la reacción de su padre y de Carmen, el peligroso viaje de huida, la original filosofía de Antón

ante la vida, y acariciándose el vientre, se autoconvence de que será capaz de superar todo eso.

El hábito de no madrugar demasiado, unido al cansancio acumulado en los últimos días y al sueño inusual que la invade últimamente hacen que Isabel se levante muy tarde esa mañana. Antón ya no está, se marchó al rayar el alba. La actividad en la casa de campo comienza muy temprano, pues son muchas las faenas que el cuidado de los animales y de la tierra conlleva, por lo que la vivienda se encuentra desierta a esa hora. La muchacha no sabe muy bien en qué emplear su tiempo y reposa en una silla junto a la chimenea, hipnotizada por el crepitar del fuego y el vapor que desprende la olla con agua caliente que se encuentra siempre junto a él, dispuesta para cualquier menester que lo requiera.

Pasado un buen rato que a la joven le parece interminable, aparece Josefa ofreciéndose a prepararle algo para desayunar. Isabel lo rechaza con cortesía. Pensar siquiera en acercarse algo a la boca reaviva sus náuseas. Para la hora del almuerzo estas han pasado y comparte con Manuela y su madre unas patatas cocidas que condimentan con una salsa a base de ajo y aceite, “ajo”, como ellas lo llaman.

El trato que le dispensan es bastante cordial y la mujer de Antón parece haber perdido su carácter retraído tras la marcha de su marido. A pesar de

todo, sigue existiendo cierta tirantez entre ellas. En ningún momento se ha hecho referencia explícita a su estado, pero la futura madre es consciente de que ambas lo saben.

En las jornadas siguientes la soledad y la inactividad van haciendo mella en la muchacha que no sabe en qué emplear su tiempo. Acostumbrada a tener su mente ocupada con sus estudios, sus libros y sus labores, ahora los días se hacen eternos.

Una tarde las oye comentar que dedicarán la mañana siguiente a hacer la colada y, tímidamente, les solicita poder acompañarlas, a lo que no ponen ningún reparo.

Se levantan muy temprano y emprenden la marcha justo tras el amanecer. Las acompaña Abelina, la mujer de Roque, una ciezana jaquetona y dicharachera que simpatiza inmediatamente con Isabel, y también su hija Anita, una niña encantadora, tan solo unos años menor que ella, y que se interesa por todo lo que ve.

La mañana está fresca y el rocío cubre la hierba. La calma de la noche aún lo inunda todo y únicamente se escucha el graznido aislado de alguna cucala, cuya reverberación se ve aumentada por el silencio reinante. La vista se pierde en los bancales vestidos de moaré ocre. Sus aguas muestran, con la ayuda de la brisa y el reflejo de la luz naciente, un completo tornasol de tintes

desde el verde hasta el dorado, anunciando la proximidad de la madurez del grano. Cada recuadro de labor va festoneado por multitud de florecillas blancas, amarillas y malvas que compiten por destacar a su paso, pero que no consiguen sobresalir lo suficiente frente al rojo de las amapolas.

El aire limpio de los campos sembrados les inunda con su olor que va adquiriendo distintos matices al aproximarse a la zona del monte donde es absorbido por los aromas del romero, el tomillo y la lavanda. La naturaleza va despertando y los trinos de las perdices y las calandrias comienzan a amenizar el camino.

Las próximas lluvias no se esperan hasta finales de septiembre, con suerte puede haber algún chaparrón durante las cabañuelas en agosto, pero el largo estiaje del verano les obliga a economizar el agua del aljibe reservándola únicamente para el consumo humano. Las de los pozos y la Fuencubierta son para los animales y el riego de los pequeños huertos en los que hay plantadas diversas hortalizas dirigidas al autoconsumo de las familias. No muy lejos pasan el Ramel de las Contiendas por el Norte y el del Chico por el Sur, ramblas que vierten sus aguas al Quípar, pero que en esta época son escasas y turbias. Por esa razón se ven obligadas a caminar varios kilómetros para lavar la ropa. Podrían haberse dirigido hacia Veto, donde una presa cuya construcción se remonta a la dominación Romana, permite el

almacenamiento del agua en un pequeño embalse que semeja un oasis en el corazón de El Ardal; pero han oído que ese día para por allí un grupo de trashumantes y deciden desplazarse hasta Fuente Caputa.

El largo paseo supone una delicia para Isabel que disfruta del ejercicio físico y de la cercanía de sus acompañantes, las cuales mantienen una animada conversación durante todo el trayecto, azuzada por las incesantes preguntas de Anita.

Al llegar a la fuente escogen una zona de pequeñas pozas separadas por suelos de roca viva, pulida por el continuo paso del agua, y colocan las tablas de lavar, sobre las que frotarán y golpearán las prendas; el jabón, elaborado por ellas mismas con sosa y aceite; y los capazos con la ropa. Arrodilladas, se disponen a iniciar el tedioso trabajo, algo totalmente nuevo para Isabel que las observa intentando imitar sus movimientos.

- Madre, deje usted, que ya sabe lo mal que le sienta trajinar con el agua

—dice Manuela al ver a Josefa agacharse junto a ellas.

- Pues no voy a estar aquí mirando...

- No quiero tener que estar esta noche escuchando sus quejas, somos suficientes para despachar esto en un santiamén.

- Ale, pues que os siente bien —responde la anciana alejándose a merodear por los alrededores.

Poco después, vuelve con una gavilla de plantas bajo el brazo coronadas por pequeñas florecillas de pétalos blancos y grueso centro amarillo, portando otras tantas de diferentes variedades recogidas en su delantal a modo de bolsa. Ha hecho acopio de manzanilla que pondrá a secar y luego utilizará para infusiones, ideales para los problemas de estómago; hierbabuena para condimentar las comidas y aderezo indispensable para la olla gitana y el arroz con mondongo, pero que también tiene diversos usos curativos; y romero, el cual, tras guardar unas ramitas para la cocina, piensa introducir en un frasco con alcohol, dejándolo macerar en un lugar oscuro durante un ciclo lunar, y cuyo líquido resultante es el mejor remedio que conoce para sus problemas de reuma.

Dejando en una capaza de esparto toda su recolecta, se dirige hacia el grupo de mujeres atareadas en hacer desaparecer las manchas, y que van exponiendo de cuando en cuando las prendas a la luz del sol para averiguar dónde se encuentran las zonas que necesitan ser frotadas con más ahínco.

Acercándose a Isabel, pone un objeto en su mano al tiempo que le dice:

- Llévalo siempre cerca de ti.

Se trata de la parte inferior de un recipiente de vidrio verdoso, limado por la erosión, que ha debido ser arrastrado hasta la zona por alguna de las ramblas.

Ante la mirada curiosa de la chica que no sabe qué hacer con aquello, añade:

- Es para que no te de un aire. Yo siempre llevo el mío aquí. –Y muestra uno similar sacándolo del bolsillo de su delantal.

Anita hace la pregunta que Isabel no se atreve a realizar:

- ¿Qué es eso del aire, tía Josefa?

Pero ella no responde y se aleja de nuevo. La niña dirige la vista hacia su madre con gesto inquisitivo pero esta le pide que se calle acercando el dedo índice a sus labios, y para aliviar el ambiente, sacude sus manos mojadas cerca de la cara de la pequeña que responde al agravio salpicándola y calándola hasta los huesos. Las gotas han llegado incluso hasta Manuela e Isabel que se suman riendo a la refrescante guerra, que acaba con Anita chapoteando dentro de la poza.

En ese momento vuelve a aparecer por allí Josefa que, con cara de satisfacción, les muestra dos manojos de acelgas y un puñado de cerrajas exclamando:

- Mañana potajillo con garbanzos y hoy ensalada de cerrajas con un buen chorro de limón.

14

“Hola Antonio:

Échale un poco de paciencia al trabajo que estás haciendo buscando a tus antepasados y verás como aprendes mucho y merece la pena.

Como me das pie para que te cuente cosas sobre mi trabajo te tomo la palabra porque lo que estoy descubriendo sobre la personalidad de esta mujer me está entusiasmando.

El primer juicio del que tenemos referencias es, ni más ni menos, que por el asesinato de su marido. Bueno, te voy a hablar un poco más de ella antes de contarte lo del juicio para ponerte en antecedentes. Pertenecía a la nobleza, ostentando el título de Marquesa de Olmos, que heredó de su padre. Estaba casada con un hombre adinerado pero sin título nobiliario que obtuvo un claro beneficio al conseguir emparentar con ella.

Contrariamente a lo que cabría esperar, fue la familia del fallecido la que presentó el pleito y lo más sorprendente es que la esposa aparece en la causa como defensora del acusado, al que se quería condenar por asesinato premeditado y a sangre fría. Ella insistió en demostrar que fue en defensa propia y, dados los convencionalismos de la época, tuvo muchas dificultades para explicar qué hacía el agresor en sus aposentos, teniendo que soportar todo tipo de insinuaciones ofensivas por parte de la acusación. Y lo más duro fue conseguir que los jueces se pusieran de su lado para evidenciar que su marido la maltrataba y esa había sido la causa del inicio de la pelea entre

ambos hombres.

Le costó años, hubo varias revisiones de la sentencia, pero al final consiguió ganar el juicio en su favor y la absolución del acusado al que parece ser que conocía de toda la vida.

Estoy deseando que lleguen las vacaciones para volver a Mula y veros a todos.

Besos,

Paqui”

--∞--

“Hola Paqui:

Yo también tengo ganas de verte y que me cuentes más cosas de esos juicios tan interesantes que encuentras. No sé cómo lo haces. ¿Seguro que no te los inventas? (Es broma)

Efectivamente he averiguado cosas muy curiosas sobre la vida de la gente corriente a través de mis indagaciones en las partidas de nacimiento, defunción y matrimonio.

Una de mis dudas sobre mi relación de parentesco con la aristocracia local se ha desvanecido pero va tomando fuerza la posibilidad de enraizar con un príncipe calé, ja, ja, ja... Mi apellido Bayona vino de fuera, de Gerona, y le he perdido la pista a partir de mi abuelo. Además el otro día me contaron

una leyenda local que parece ser que tiene un trasfondo de verdad sobre la familia de José Bayona Lentisco y que acaba con todo posible lazo de consanguinidad. Parece ser que este hombre solamente tuvo un hijo llamado Sixto cuya esposa era un poco excéntrica y muy religiosa. Este tuvo a su vez tres hijos y murió joven, pero por una de esas manías que parece ser que tenía su mujer, les hizo prometer a los tres en su lecho de muerte que nunca se casarían, y de hacerlo serían desheredados. Dos de ellos cumplieron la promesa, y el que no lo hizo perdió muchos de sus derechos sobre el enorme patrimonio que poseían, y que al final fue fraccionándose y vendiéndose quedando en nada.

Pero el gran descubrimiento es que uno de mis bisabuelos, por parte de mi madre, era Cortés de apellido. Esa rama sí que he logrado seguirla hasta dos generaciones más, es decir que mi posible origen gitano se remonta como mínimo a finales del siglo XVII, y es precisamente por ese lado por donde le llega a mi familia su boyante economía.

Bromas aparte lo curioso es que en la descripción que se hace de ellos en las partidas de nacimiento, aparecen como labradores por lo que no me explico cómo pudieron amasar esa fortuna.

Espero que nos veamos pronto.

Antonio”

--∞--

“Hola Antonio:

Ten en cuenta que el estatus de labrador en aquella época es totalmente diferente al concepto que tenemos hoy en día.

Entonces la economía estaba basada fundamentalmente en la agricultura y, si bien la propiedad de la tierra, sobre todo en esta zona de latifundios, estaba en manos de unos pocos, nobleza y clero, estos necesitaban personal que la cultivara.

El labrador, contrariamente a lo que ocurría con el jornalero, estaba generalmente bien situado económicamente dentro del escalafón del pueblo llano. El jornalero dependía de que lo contrataran diariamente, como su nombre indica, y pasaba verdaderas penurias cuando el trabajo disminuía, en años de malas cosechas, por ejemplo. Pero el labrador que podía disponer de una tierra para cultivar, generalmente en aparcería o arrendada por periodos muy largos, era muy difícil que pasara hambre. Dentro de la parcela que el propietario le cedía para el cultivo extensivo solía permitirle utilizar alguna pequeña zona para plantar productos destinados a su propio sustento. Junto al cuidado de los rebaños del señor también se criaban animales para el autoabastecimiento, como cerdos, gallinas, pavos, etc. Gracias a esto cada casa de campo formaba como una pequeña autarquía que permitía subsistir

cómodamente a familias enteras y pasados los años, con los cambios sociales y económicos, fue muy común que algunos labradores afortunados adquirieran con el tiempo las parcelas que habían estado cuidando toda la vida.

Besos,

Paqui”

--∞--

Esta vez la respuesta de Antonio es casi inmediata.

“Hola Paqui:

Me sorprende lo que sabes. Gracias por tus aclaraciones.

Antonio”

15

De pie junto a la puerta de la casa orientada hacia mediodía, Manuela utiliza su mano como visera para protegerse de la cegadora luz del sol que hace que las figuras se diluyan en la distancia, mientras observa aproximarse a Antón que regresa de su viaje.

- ¿Sigues todavía enfurruñada conmigo? –pregunta él al llegar–. Te he traído jabón de olor *pa'* que te acicales –continúa sin esperar a su respuesta, tendiéndole un paquetito envuelto en papel celofán.

- Anda déjate de zalamerías y pasa que se enfrían las talvinas –responde

ella, indicando involuntariamente al labrador, con su sonrisa contenida, que la tormenta ya pasó.

- También he traído arrope para que tu madre nos haga unas gachas esta noche.

- ¿Y la cuadrilla?

- He dejado a unos en la finca de los Artero y los otros se han ido con mi Roque a la de Perea.

- ¿No te has traído ninguno *pa' cá*?

- No, este año nos apañamos con la gente de aquí.

- ¿Dónde está Isabel?

- En el amasador.

El de La Casa Liendre se dirige hacia una pequeña habitación que linda con el dormitorio de la planta baja. La estancia tiene algunas lejas en las paredes que hacen las veces de despensero y está presidida por una gran artesa de madera frente a la cual encuentra a Isabel afanada en la trabajosa labor de mezclar el agua, la harina y la levadura para conseguir una masa uniforme de la que después se irán sacando porciones, que se volverán a manipular sobre los lados aplanados del recipiente dándoles forma circular, y se introducirán en el horno moruno situado en el exterior para su cocción.

- ¿Se ha vuelto usted loca? –recremina a su suegra que se encuentra junto

a ella—. ¿Es que no veis que se puede hacer daño? ¡No está acostumbrada a estos trabajos! ¿Qué queréis que se malogre la criatura? –dice ahora mirando a Manuela.

Después del incidente, Josefa se muestra huraña con su yerno durante varios días. Los mismos que Isabel es presa de un profundo abatimiento. Ya había comenzado a introducirse en la vida cotidiana de la casa ayudando en pequeñas cosas que la hacían sentirse útil y lograban que los días pasaran mucho más rápido. Estaba acostumbrada a que las instrucciones del cabeza de familia se respetaran, así era también en su casa, pero generalmente mostraba abiertamente su disconformidad, por mucho que a su progenitor le pesara. Sin embargo, esta vez había acallado sus quejas. Su autoestima y seguridad no atravesaban sus mejores momentos y no dejaba de comprender que era una invitada en casa de Antón.

Su estado no pasa desapercibido para la anciana que, viéndola tan decaída, decide intervenir:

- Tú estás preocupado por si la criatura sufre algún daño, pero pareces estar ciego para ver que si la zagala sigue así le va a salir un hijo enfermo de tristeza –suelta un día, de repente, no sin cierta acritud.

El labrador no responde al comentario pero reconoce que lleva razón y aprovecha su siguiente visita al pueblo para traer varios ejemplares algo

atrasados de El Heraldó, La Época y La España, que la muchacha devora con ansiedad, a pesar de no ser las lecturas que ella elegiría, y que, inevitablemente, le traen recuerdos de su padre y de D. Narciso. También ha traído dos ejemplares de El Correo de la Moda, mucho más acordes con sus gustos, y unas cuantas novelas y teatros que hacen las delicias de la joven. Al entregárselos, prometiéndole conseguir más cada vez que vaya a

Mula, ella responde:

- Muchas gracias Antón, pero no puedo pasarme el día leyendo cuando aquí hay tanto que hacer. Me siento como una intrusa abusando de vuestra hospitalidad. Si voy a vivir con vosotros necesito sentirme útil y merecer el gasto que os estoy ocasionando.

Antón finge que le ha convencido y aprovecha la ocasión para informarle de una decisión que ya había tomado anteriormente: que puede ayudar a Manuela en sus tareas pero bajo la promesa de que no hará trabajos pesados ni peligrosos, con lo cual Isabel consigue ocupar de nuevo su mente y aplacar su melancolía.

- También te he traído otra cosa –dice, acercándole una cajita que la joven abre con curiosidad, y en la que encuentra una pequeña cruz de oro de doble brazo, engarzada en una cinta de terciopelo rojo.

- Pero esto es demasiado, Antón. No puedo aceptarlo.

- Ha sido Manuela quién me ha pedido que la compre para ti. Es la Cruz de Caravaca, llévala siempre contigo y a la vista.

Isabel anuda la cinta a su cuello descubriendo más tarde por boca de Josefa que se utiliza habitualmente como un talismán contra el mal de ojo.

Esto le hace deducir también la razón de que haya una réplica similar de unos diez centímetros. de altura, ya oxidada por el paso del tiempo, clavada en la puerta de la vivienda.

Entretanto la cosecha había comenzado y se trabajaba de sol a sol en la siega y trillado del cereal. Mientras los segadores se desplazaban a los sembrados con sus hoces y zoquetas, donde recogían el trigo formando gavillas que después eran trasladadas en carros tirados por mulas y se apilaban en las garberas; en la era que había junto a la casa, se realizaban la trilla y el aventado.

El suelo de la era se preparaba muy temprano para el trabajo, aunque este no comenzaba hasta que el sol ya brillaba por completo favoreciendo con su calor la separación del grano y la paja. Manuela solía ocuparse de guiar el trillo haciendo círculos sobre la parva, a veces la relevaba alguno de los sobrinos de Antón, e incluso permitieron a Isabel en alguna ocasión, pasear sobre la madera dentada arrastrada por la mula. Tras varias vueltas con el rulo, había que remover todas las mieses de nuevo para conseguir trocearlas

completamente y que la espiga quedará totalmente desmembrada del tallo, entonces comenzaba la separación del grano pasando esta vez el trillo sobre el cereal repetidas veces. Esta labor solía ocupar toda la mañana y parte de la tarde hasta que comenzaba a correr la brisa que anunciaba el ocaso y se podía empezar a aventar. Lanzando al aire la parva trillada, que se había ido amontonando en el centro de la era, ayudados con horcas o palas, la fuerza del viento se llevaba las pajas sobrantes y el grano caía por su propio peso. Pero no acababa aquí el proceso, pues todavía quedaba pasarlo por la zaranda, que solo dejaba colar entre sus agujeros el fruto, y el garbillo, por cuyo enrejado se filtraban los últimos restos de polvo.

Tan solo se hacían pequeños descansos para comer algo, fumar un cigarro de cuando en cuando y echar un trago que aligerara la faena, que se hacía más penosa debido a las altas temperaturas que debían soportar los braceros. Se tomaba algo ligero muy temprano antes de iniciar la jornada, a media mañana, para el almuerzo, se solía consumir pan con algo de companaje y a mediodía, se hacía una parada más larga para el descanso de hombres y bestias durante la cual se ingería una comida algo más copiosa, generalmente junto al tajo, preparada por las mujeres de la casa.

Si Antón se ocupaba de la parte comercial y la logística, comprando todo lo necesario, vendiendo el producto y coordinando los transportes y el

almacenaje, a Roque le correspondía ejercer de capataz del personal en una finca tan extensa. Conocido por todos debido a sus arranques de mal genio, era respetado por los trabajadores que no querían correr el riesgo de tener un mal encuentro con él.

El día ha comenzado con ambiente festivo gracias al chapurrao que los Juanes de las cuadrillas han preparado para celebrar su onomástica y que algunos se han apresurado a probar. Es habitual que muchos de los jornaleros ingieran un trago de aguardiente o una yema de huevo mezclada con vino dulce antes de empezar el trabajo para energizar su cuerpo, y esta mañana se han relamido con la mezcla especial de zumo de limón, anís seco, miel de romero y agua, con la que el inicio de las duras tareas se ha encarado con otro ánimo.

Una de las cuadrillas se encuentra recolectando en una zona muy cercana a la Casa de los Pastores y agradecen poder aprovechar el frescor del parral para el descanso de mediodía. Sentados en los poyetes o incluso en el suelo, dando buena cuenta de la jugosa olla de verano que ha preparado Josefa y dejando que se alivien sus agotados cuerpos, también la conversación comienza a relajarse.

- Cuando sea mayor voy a inventar un armatoste con varias hoces juntas que se ate a la mula y vaya segando él solo –comenta un joven en

cuyo mentón comienza a aparecer una leve pelusilla.

- Ja, ja, ja, –ríen los que han escuchado su comentario–Esteban, mira a ver tu hijo que se ha pasado hoy con el vino...

Animada por la distendida conversación, Isabel se atreve a intervenir dirigiéndose al chico:

- Lo que dices no es ninguna tontería. La pena es que ya se te han adelantado. Un americano ha inventado una máquina tirada por caballos que permite hacer el trabajo de cinco hombres a la vez.

- ¿Cómo lo sabes?

- Bueno, lo leí en algún sitio... –contesta vagamente Isabel, sin querer dar más información por miedo a que se descubra su identidad. Esta fue una de las cosas que más había impresionado a su padre durante su viaje a la Exposición Universal de Londres un par de años antes, y que repetía una y otra vez con todo lujo de detalles.

- Los que sabéis leer tenéis muchos pájaros en la cabeza... ¿No será que lo has soñado o que lo contaban en alguna de esas novelas modernas? – responde en tono jocosos otro de los hombres.

- Cuando dicen de inventar todo es posible. Tal vez inventen una máquina que siegue, haga las gavillas, y trille –corroboras otro con socarronería.

- ¡Ya la estoy viendo, corta la mies en un santiamén y luego por un agujero sale el grano limpio y por otro la paja! Ja, ja, ja, estos jóvenes, con tal de no agachar el lomo... –añade el que había acusado al joven de embriaguez.

Entretanto, una de las muchachas había comenzado a cantar una coplilla a ritmo de parranda, a la que se suman poco a poco un coro de voces y un repiqueteo de postizas y palmas. Anita se marca un baile, al que pronto se apuntan los más jóvenes del grupo, y el jolgorio está asegurado. Se hilvana una copla tras otra y el alegre ambiente apaga todas las fatigas. Esteban compite en agudeza con la chica que había iniciado la fiesta, improvisando la letra de las estrofas de una jota que van dedicando a cada uno de los presentes. Incorporándose de repente, mientras va recogiendo sus aparejos de trabajo, se lanza con la siguiente:

Por allí viene Roque,
por la higuera verdal,
en llegando aquí Roque,
se acabó de bailar,
se acabó de bailar,
se acabó de bailar,
por allí viene Roque por la higuera verdal.

Entre risas y alborozo por su ocurrencia, todos lo imitan disponiéndose a reanudar el trabajo antes de que llegue a su altura el capataz, al cual divisan acercándose por el camino hacia la casa.

16

Con el avance de su embarazo las náuseas y el cansancio han desaparecido como también lo ha hecho la nostalgia, gracias a su integración en la vida cotidiana de la familia, e Isabel se siente llena de vitalidad.

La preocupación por su propia seguridad va dando paso a la inevitable inquietud por el estado de la nueva vida que crece en sus entrañas.

Acariciando su abultado vientre que, aunque a ella le parece enorme, aún pasa desapercibido bajo la rizada falda, viene a su memoria aquel primer día en que fueron a lavar a Fuente Caputa.

La burra remoloneaba protestona ante el peso de la húmeda colada, quedando Josefa y su hija rezagadas, bregando con ella. Anita aprovechó la distancia que las separaba para volver a inquirir sobre el tema del curioso obsequio que la anciana había hecho a Isabel:

- Madre, explíqueme usted que es eso del “aire”.
- ¡Qué *pesaíca* eres hija! Anda que te vas a estar tú callada alguna vez.
- Pero, madre, es que me gusta enterarme de las cosas...
- Yo tampoco sé lo que ha querido decir con eso –intervino tímidamente

Isabel.

- A ver cómo os lo explico...Una pariente de Josefa tuvo tres críos. El primero un zagalico precioso que pesaba lo menos cuatro kilos y que se enganchaba a su teta como un loco. Como era el primero, a toda la familia se le caía la baba con el chiquillo que era más listo que los ratones *coloraos*. Con menos de un año ya quería andar y enseguida empezó a cotorrearlo todo. Para entonces, ya venía en camino un hermano que nació tan sano como él – continuó Abelina bajando aún más la voz–. De repente el niño mayor se puso malo, pero nadie sabía qué le pasaba exactamente, no podía caminar, poco a poco dejó de hablar y sus piernas y sus manos se fueron retorciendo y encogiendo, se le torció la boca y se le desfiguró toda la cara... daba mucha penica verlo. Hasta que con unos diez años se murió. Lo peor no era eso..., es que el otro zagal también se puso igual cuando tenía más o menos dos años. Después de haber perdido a sus dos hijos, quiso Dios que la madre volviera a parir. Esta vez una niña hermosota, morenaza. Pero le ocurrió exactamente lo mismo que a sus hermanos. Ni los médicos ni nadie podían explicar qué les pasaba a los chiquillos y dijeron que les había dado un mal aire. Josefa lo pasó muy mal viendo el sufrimiento de su prima que miraba impotente cómo la muerte le iba arrebatando a sus hijos poco a poco y desde

entonces lleva un culo de vaso siempre en el bolsillo del delantal.

- Pero ¿qué tiene que ver el culo del vaso con el aire? –insistió

Anita.

- Pues se supone que cuando un mal aire ronda a tu alrededor, si hay un vidrio grueso cerca, absorbe la energía y evita que te haga daño. A veces puede ocurrir que si el mal aire es muy fuerte el cristal se rompa.

- Pues yo quiero uno de esos también, madre –había declarado la niña.

De pronto, una sensación nueva saca a Isabel de sus cavilaciones. Ha sido como un pequeño burbujeo que se repite cada vez que apoya de nuevo su mano en esa zona. Súbitamente comprende de qué se trata y no puede evitar exclamar:

- ¡Se ha movido!

Manuela, que se encuentra a su lado, se queda mirándola como paralizada a la vez que la gestante, un poco avergonzada por su impulsividad, se justifica repitiendo casi en un susurro:

- Lo he sentido moverse...

No es la primera vez que una mujer comparte con Manuela esa sensación que ella hubiera querido experimentar en su propio cuerpo.

Durante muchos años anheló la llegada de un hijo, al ver que el gran acontecimiento se demoraba demasiado recurrieron a múltiples rituales,

tomaron las aguas termales de los Baños de Mula, hicieron ofrendas y novenarios a la Virgen del Carmen y a Santa Águeda, pero el ansiado fruto de su amor se negaba a llegar. El último consejo que les dieron fue olvidarse del tema, tal vez su propia ansiedad era lo que les impedía concebir. Y lo intentaron, con tanto ahínco, que ya era un proyecto desahuciado.

Para romper el incómodo silencio que se ha instalado entre ellas, Isabel se atreve a preguntar:

- ¿Quieres tocar? A ver si se mueve otra vez y lo notas.

Una oleada de sentimientos encontrados invade a Manuela que finalmente lleva su mano temblorosa hacia la barriga de la muchacha. La posa con suavidad manteniéndola allí un rato, pero el bebé decide ahora permanecer inmóvil.

A partir de ese momento los movimientos del feto se hacen más palpables y frecuentes. Cuando la futura madre se da cuenta de que lleva tiempo sin percibirlos suele dejar lo que está haciendo, quedarse muy quieta, y pronto él comienza a removerse en su interior como pidiendo que lo acune de nuevo para volver a quedarse dormido en cuanto ella retoma su actividad. La mujer de Antón ha detectado cuando lo hace y comparte con ella, a veces, la dicha de sentir la fuerza de la vida abriéndose paso bajo su piel. Coloca una mano o la mejilla sobre el vientre de Isabel y se va creando entre

ellas un vínculo que va derrumbando día a día las barreras invisibles que antes las separaban.

17

Antonio está sentado frente a la gran mesa de Ikea que ocupa más de la mitad del despacho de su abogado, ubicado en un piso reacondicionado para tal fin, desde cuya ventana se divisa el altivo castillo de los Vélez y la multitud de casas que se dispersan a sus pies en la ladera de la montaña. El letrado ha tenido que salir un momento para atender un asunto urgente y su mente divaga hacia la conversación mantenida hace unos minutos con su psicóloga.

En esta última sesión ha vuelto a salir a relucir una escena ocurrida durante su anterior empleo. Estaban en una reunión de trabajo a la que habían sido convocados por el Gran Jefe para determinar los próximos proyectos en los que se pensaba invertir recursos. Ante una de las propuestas que se pusieron encima de la mesa, Antonio quiso intervenir para dar su opinión diciendo: “yo pienso...”. El Chacal no le dejó continuar cortándole con la siguiente frase: “no te pago para que pienses, te pago para que trabajes”, ridiculizándole delante de todos. Aunque nadie se sorprendió por aquella forma de actuar ya que era la que utilizaba habitualmente con todos sus empleados, demostrando su soberbia e ignorancia, a él le hizo sentir como un miserable insecto que podía ser pisoteado, transmitiéndole a la vez que su

aportación y sus ideas no merecían ser escuchadas y que debía tener alguna queja también con el desempeño de su trabajo diario.

A pesar de que en el fondo Antonio sabía que aquella forma de proceder, totalmente obsoleta y más propia del siglo pasado, acabaría pasando factura a la empresa, y estaba plenamente convencido de que las cosas funcionan mucho mejor cuando se sabe valorar el trabajo en equipo y el aprovechamiento de las diferentes capacidades de sus componentes, sufrir este trato regularmente durante tanto tiempo había acabado por interferir en su autoconfianza. “Pero es que yo antes no era así” –había declarado a su terapeuta–. “Bien, pues quítate todas esas capas que se han ido acumulando sobre ti y encuéntrate de nuevo” –fue la respuesta de ella.

El ajetreo de las impresoras, la voz de la secretaria y los teléfonos sonando se cuelan de repente en el despacho sacándole de sus elucubraciones para apagarse rápidamente tras el golpe seco de la puerta y las suaves pisadas del abogado sobre la moqueta azul.

- Pero, a ver, Antonio, ¿tú para qué me has contratado a mí? –exclama retomando la conversación como si esta no hubiera quedado interrumpida por su ausencia.

- Hombre pues para que me representes y me asesores –responde él algo confuso tras un largo e incómodo silencio.

- Mira, yo te conozco de toda la vida y te aprecio. Por eso te digo esto y quiero que me escuches y entres en razón –prosigue el jurista en tono conciliador, mirándole por encima de las gafas–. No puedes dejar que haga lo que quiera. Si quiere quedarse con el piso tiene que pagarte la mitad.

- Pero si no tiene ingresos ¿cómo me lo va a pagar?

- Ese no es tu problema.

- Sí que lo es. No puedo atarle a mi mujer una soga al cuello.

- ¡Deja de llamarla tu mujer! ¡Por favor, Antonio! Que estamos hablando de tu divorcio.

- No puedo acostumbrarme. Han sido tantos años... –dice él con un halo de tristeza, agradeciendo que la tenue luz del atardecer haya ido apagando el despacho y su interlocutor no pueda percibir el brillo en sus ojos.

- Vale. Estabais en ganancias y ella no trabajaba y no aportaba nada a la economía familiar...

- Se ocupaba de la casa, así lo acordamos y tengo que reconocérselo –le interrumpe.

- Bueno –continúa resignado el joven abogado reclinándose en su sillón y mordiéndose la lengua para no decir lo que piensa: “tú trabajando y ella en el gimnasio, la peluquería, haciéndose las uñas y tomando café”–. No quieres que tenga que abonarte la mitad de lo que lleváis pagado. Se queda con la

casa, pero se hace cargo de lo que queda de hipoteca. El coche y la moto van a tu nombre y los reclamas para ti.

- Pero es que yo tengo la suerte de trabajar en el pueblo y no necesito el coche. Ella va a tener que buscar trabajo para mantenerse y con el poco movimiento que hay aquí seguro que lo va a necesitar. Prefiero que se lo quede.

- No sé si eres tonto o demasiado bueno... Reclamamos el coche y la moto, y por supuesto nos oponemos rotundamente a la paga compensatoria que te está pidiendo. ¡Solo faltaba eso! –recita recolocándose las gafas y comenzando a escribir bajo la luz del flexo.

- Es que no quiero que esto se convierta en una guerra. No quiero conflictos...

- Ya. Pero hay que presentarse solicitando más de lo que estás dispuesto a aceptar. Luego negociamos para que vean que hay voluntad de entendimiento por tu parte y cedes en lo del coche, redactamos el convenio regulador, que seguro que aceptará, (no creo que esté tan mal asesorada como para meterse al contencioso contra un acuerdo tan favorable para ella), y lo presentamos en el juzgado, vais a firmar el día que os citen y asunto terminado. ¿Te parece?

Acabada la cosecha veraniega, el primogénito de La Casa Liendre tiene que partir, como cada año, a entregar las rentas a D. Fernando. Su marcha reabre las heridas e Isabel se siente esos días extrañamente conmovida. A veces, se apodera de ella la ira por el trato recibido de quienes debían haber estado a su lado apoyándola en estos momentos tan especiales, otras, es la impotencia y el desconsuelo ante la imposibilidad de cambiar ciertas cosas o de dar marcha atrás al reloj, y finalmente, hace su aparición la tristeza para reinar en su alma.

Cuando el labrador regresa de su viaje, lee en los ojos de la muchacha múltiples preguntas que intenta esquivar durante unos días pero a las cuales sabe que tendrá que hacer frente tarde o temprano.

Perico, hermano menor de Antón, y el único que queda soltero, a pesar de ser el mejor parecido de los tres, aprovecha para pasar por la Casa de Los Pastores cada vez que vuelve con el ganado para estar un rato de charla con la joven.

- Pues desde pequeño he padecido de mal de corazón –le estaba contando a Isabel esa tarde.

- ¿Y eso qué es exactamente?

- Pues me daban ataques, cada vez más fuertes, que me hacían quedarme como muerto. Cada vez duraban más y cuando me daban creíamos que me

quedaba en el sitio.

- ¿Y estás mejor?

- Sí. Estoy curado –afirma Perico–. Me llevaron a ver a un médico alemán que estaba en Ricote, que decían que era muy bueno... y dio con la solución.

- Vaya, me alegro –responde Isabel.

- Dijo, –continúa él dispuesto a explicar todos los detalles de su enigmática cura– que tenía que comerme el corazón de una liebre macho. Pero tenía que estar viva. Y eso fue lo difícil, cazarla sin matarla. Cada vez que mis hermanos iban de caza yo los acompañaba y por fin, un día, encontraron una madriguera y pudieron atrapar al bicho vivo. Le abrieron el pecho allí mismo, me dieron a comer su corazón aún latiendo y no he vuelto a tener ningún ataque desde entonces.

Antón interrumpe el discurso de su hermano pidiéndole que le acompañe hasta La Casa Liendre. Lleva observando desde antes de su marcha la forma en que mira a su huésped y sus intentos por quedarse a solas con ella. Esa tarde, mientras se dirigen hacia allí, aprovecha para sacar a relucir el tema dejando muy clara su postura al respecto:

- *Ese* agua no es para ti, así que aléjate de ella –ordena tajantemente.

Perico da la callada por respuesta pero no tiene intención alguna de

alejarse de la muchacha que le parece preciosa y por la que siente algo que no había experimentado nunca antes por nadie.

Un rato después, reunido con su padre y sus hermanos bajo la higuera,

Antón les expone las últimas noticias de su visita a Jaén:

- He cambiado las condiciones de nuestro contrato con el Señorito.

- ¿Y eso? –pregunta el tío Salvador sin soltar el cigarro de la boca, animando a seguir hablando a su hijo.

- Hemos firmado un contrato de arrendamiento para diez años en lugar del que teníamos de aparcería.

- ¿Y con quién has contado para tomar esa decisión? –inquire

Roque visiblemente molesto.

- No sabía que debiera contar con nadie, pero no os preocupéis que si lo he hecho es porque estoy seguro de que es beneficioso para todos.

- Estás enterrando al Padre antes de tiempo. Él aún vive y es él quien debe decidir.

- Deja que se explique –interviene tranquilamente el patriarca, haciendo girar su garrote entre las manos—. Ahora es él quien se ocupa de todo, yo ya estoy muy viejo y debemos confiar en su buen juicio.

- Gracias padre –responde su primogénito, aclarándose la voz y las ideas con un trago de vino de la bota, antes de continuar hablando—. Yo también

me voy haciendo mayor y cada vez me cuesta más estar echando viajes de aquí para allá cuando hay que ajustar cuentas. Sabéis que D. Fernando quería arrendar a toda costa desde hace muchos años y las condiciones que ahora nos ha ofrecido son inmejorables.

- Y el arrendatario ahora eres tú ¿no? –le interrumpe su hermano con crudeza.

- Si lo que te preocupa es quedarte sin derecho ninguno ¿por qué no lo dices claramente?

- Por respeto a tu padre. No está bien hablar de esto delante de él, va a pensar que nos vamos a matar por cuatro duros cuando falte.

- No seas dramático Roque. Ya sé que todos vivimos de esto y que la familia va aumentando, más bocas que alimentar pero también más manos para trabajar. Precisamente por eso he pedido al Señorito que el nuevo acuerdo lo firmes tú –anuncia ante la sorpresa de todos-. Yo me haré cargo de su finca de La Retamosa dentro de unos meses, en cuanto cumpla el plazo del compromiso que tiene ahora mismo.

- Pero eso pilla un poco lejos –se decide a intervenir Perico.

- No tanto, pero yo tendré que mudarme allí y tú, si quieres, puedes acompañarnos.

--∞--

Isabel reúne por fin la valentía suficiente y, aprovechando que se han quedado solos bajo la enorme luna que alumbraba la placeta en la que únicamente se escucha el canto de los grillos, susurra:

- Has visto a mi padre ¿no?

- Sí –es la escueta respuesta del de La Casa Liendre.

- ¿Y cómo está?

- Preocupado. Ha envejecido más estos últimos meses que en todo el tiempo que lo conozco –responde Antón sinceramente.

Isabel siente un pinchazo en el pecho y se decide a preguntar lo que realmente le inquieta:

- ¿Te ha dicho algo sobre mí? ¿Sospecha que estoy aquí?

- ¿Te gustaría que lo supiera?

- No.

- Está muy apenado y tu madre sigue muy enferma. Han vuelto a la ciudad.

- Entonces no habrás visto a Manuel.

- No, pero hablé con su madre. Se marchó tal como ella le pidió y desde entonces no saben nada de él.

19

Finalizadas las duras faenas del verano, hay más tiempo para el asueto, y las

mujeres se han reunido bajo el sombraje en la puerta de la Casa de Los Pastores, intentando refugiarse del bochornoso calor que se empeña en probar la indiscutible existencia del “Veranico de San Miguel”, último pulso que la cálida estación disputa contra la ineludible llegada del frío.

Manuela tiene sentado en sus rodillas al menor de los hijos de Roque al que entretiene simulando la cabalgata de un caballo que va subiendo poco a poco en intensidad, a la vez que le canta:

“Al paso, al paso, al paso,
al trote, al trote, al trote,
¡al galope, al galope, al galope!”

Al llegar a esta última parte el niño ríe estrepitosamente al sentir el zarandeo que le hace botar de su asiento.

- Ahora, “asirrín”, ahora “asirrín”, –pide a su tía para que esta simule el movimiento de una sierra, atrás y adelante, con sus brazos, mientras canta “Aserrín, aserrador...” terminando en un asedio de cosquillas y risas.

Anita y su hermano Federico se disputan el uso de un improvisado columpio que Antón ha elaborado atando una cuerda recia en un gran pino carrasco que se encuentra junto a la era y vienen discutiendo a pedir la intercesión de su madre, ambos con la convicción de estar en posesión de la verdad y de que ella se pondrá de su parte. Abelina, poniendo los ojos en

blanco porque siempre están los dos enzarzados, les recomienda que utilicen una conocida canción para medir el tiempo que cada uno está sobre la divertida atracción, de modo que los dos puedan disfrutar turnándose justamente “como hermanos”.

- ¿Cómo era mamá? Que no nos acordamos –gritan desde el columpio.

- El tío Juan El Torta, se le cayó la pipa... ¿Cómo era? –dice Anita acercándose de nuevo.

Paciente, la madre les ayuda con la cantinela, a la que se suman también las demás, pues cualquier oportunidad se aprovecha para cantar un rato y amenizar la tarde:

El tío Juan de la Belloota,

tenía la pipa roota,

¿con qué se la arreglaremos?

Con un palo que le demos.

¿Dónde está ese palo?

El agua se lo ha llevado.

¿Dónde está *ese* agua?

El pollo se la ha bebido.

¿Dónde está ese pollo?

El cura se lo ha comido.

¿Dónde está ese cura?

Diciendo miiiiisa,

con la camiiiiisa,

y el camisón,

que se baje este niño,

de este *mejerón*.

Cuando Anita se aleja de nuevo hacia el árbol, Manuela comenta:

- ¡Cómo ha crecido la niña este verano!

- Sí, ha pegado un buen estirón –corrobora Abelina—. Tengo que añadirle un volante a ese zagalejo, que se le ha quedado por las corvas.

Tras un rato de melancólico silencio, producido por la constatación del inexorable paso del tiempo, que parecen aprovechar las chicharras para intensificar sus chirridos, interpela a la madre de Manuela que se encuentra un poco apartada, inmersa en una labor de ganchillo:

- Tía Josefa, ¿qué hace usted trajinando ya con la lana? Si el verano este no se va a ir nunca... ¡Me da calor solo de verla!

Ella no responde al comentario y sigue concentrada en lo que está haciendo, mascullando comentarios de desaprobación consigo misma, haciendo y deshaciendo algo con lo que al parecer no atina.

De repente, Federico viene hacia ellas con algo en la mano.

- Mira lo que me he encontrado –dice mostrando un trozo de cordón sucio, que alguna vez fue rojo y del que cuelga un pequeño trozo de metal retorcido.

- Enséñamelo –interviene rápidamente Isabel que ha reconocido la cinta encarnada con la Cruz de Caravaca que Antón le había regalado. Llevaba semanas echándola de menos, pero no había dicho nada a nadie y ahora se alegra de haberla encontrado, probablemente la había perdido en la era y a juzgar por su aspecto había sufrido el paso del trillo sobre ella.

- Está doblada –comenta el pequeño a la vez que intenta enderezarla–.

¡Oh! Se ha roto. Lo siento –añade con aflicción tendiéndosela a la muchacha.

Nadie dice nada, tan solo se oye de nuevo el ininteligible murmullo de Josefa meneando la cabeza: “Mala cosa..., mala cosa...”

Una vez que Abelina y sus hijos se han marchado la anciana se dirige a Isabel llevando en sus manos, como si de una ofrenda se tratase, un par de diminutas botitas de bebé, tejidas en lana verde. Los ojos de la muchacha se humedecen por la emoción al ver la minuciosa labor:

- Gracias, son preciosas.

- Así no se le helarán los pies al pobretico..., ¡que va a venir en pleno invierno!

Manuela las sobresalta exclamando:

- ¿Pero en qué estaré yo pensando? Claro, habrá que prepararle ropa, cuando llegue no lo vamos a tener desnudico...

Al día siguiente monta en la galera con Antón en dirección al pueblo y vuelven con varias piezas de tela que la mujer del labrador muestra a Isabel con excitación infantil. Unos metros de algodón para hacer sábanas y camisas, piqué de color blanco y amarillo para sendos faldones, y material absorbente para pañales. También ha comprado lana de varios colores para tejer unas mantas y un arrullo, así como cintas de seda para adornarlo todo, de la cuales Isabel toma un trocito para volver a colgarse al cuello la mutilada cruz de oro que ahora más bien parece una letra sacada de un alfabeto oriental.

20

Paqui está absorta en el estudio de la última querrela de la Marquesa de Olmos que ha conseguido localizar. Una tal Bernarda Torres reclama una manutención para su hijo, asegurando que es vástago ilegítimo del difunto Marqués, así como para ella que no tiene otros medios con los que subsistir. La Marquesa se niega a proporcionar dicho sustento tanto al hijo como a la madre pues no considera que sea obligación suya mantener a un hijo natural no reconocido de su padre y además cuestiona las afirmaciones de la mujer al respecto. La madre soltera argumenta en su favor que el fallecido le había

estado pasando periódicamente una pensión para el cuidado del niño, que ahora ya era un muchacho, y que pagaba también los gastos de sus estudios pues pretendía que el chico se labrara un futuro. Para ello intenta aportar el testimonio de algunos paisanos que en el último momento se niegan a declarar y tan solo dispone de un papel rubricado por el supuesto progenitor ordenando la cesión de los derechos de explotación de un molino harinero de su propiedad en caso de que él falleciera. La nueva Marquesa de Olmos niega la autenticidad del escrito y declara que ella es la única heredera de los bienes de su padre, consiguiendo probar con documentos y testigos su versión, por lo que, finalmente, la explotación del molino sigue estando en su poder y la reclamante es declarada sin derecho alguno.

Tras terminar de leer el legajo que recoge todas las incidencias y declaraciones del juicio, Paqui no puede dejar de pensar la penosa situación por la que debió pasar la madre sin recursos para cuidar de su hijo. El chico seguramente debió dejar su instrucción y ponerse a trabajar en cualquier cosa para mantenerlos a ambos. Anota en su cuaderno de conclusiones: “Ser madre soltera en el siglo XIX debía ser terrible, para las altas esferas de la sociedad la censura moral y social era tremenda pero para las clases más desfavorecidas podía suponer morir literalmente de hambre por no poder alimentar al recién nacido. No era de extrañar que se vieran obligadas a dejar

a sus hijos a las puertas de conventos y casas de personas acaudaladas con la esperanza de que pudieran tener una vida mejor que con ellas, aunque esto también ocurría en tiempos de crisis con familias cargadas de hijos que se veían imposibilitadas para mantenerlos a todos.”

Qué enorme injusticia ha habido siempre con respecto al reparto de la riqueza. Cuanto más tiene uno más quiere, es la eterna miseria del ser humano. ¿Qué trabajo le hubiera costado a la Marquesa ceder parte de su riqueza a ese joven para que pudiera salir adelante cuando a ella le sobraba el dinero?

Cierto es, que probablemente la aristócrata tuviera que luchar por lo suyo con uñas y dientes para demostrar que a pesar de ser mujer nadie iba a engañarla, y no podría ceder un ápice en sus pretensiones dando muestras de debilidad que harían a los lobos abalanzarse sobre ella, pero a la estudiante se le plantean muchas dudas sobre si realmente la sentencia fue justa o hubo algún tipo de artimaña para evitar que la demandante aportara sus escasos testimonios. Incluso existía la posibilidad de que las pruebas presentadas por la Marquesa hubieran sido falsificadas. No sería de extrañar, la manipulación de los jueces por parte de los poderosos ha estado a la orden del día en todas las épocas y siempre han sido los pobres los que han llevado las de perder.

En los siguientes procesos que va examinando, la Marquesa de Olmos se muestra igual de dura e inflexible para reclamar las rentas de los arrendamientos y beneficios de las tierras, el pago por los derechos de explotación de molinos y pastos, la correcta delimitación de sus tierras, etc. Entre todos los pleitos estudiados vuelve a llamar la atención de la becaria uno de ellos en el que unos labriegos afirman que su hija había quedado embarazada del Marqués, muriendo en el parto, cuyo fruto había sido una niña. Esta había quedado al cuidado de sus abuelos, y como compensación su señorito no le cobraba la cuarta de la cosecha que le correspondía por la explotación de la tierra. “Vaya con el señor Marqués”, piensa al leerlo.

De nuevo, su heredera se muestra inflexible reclamando al aparcerero las rentas de los últimos años, que efectivamente demuestra no figuran como ingresadas en los libros de cuentas de su padre, y a Paqui no le cabe duda que tras la ejecución de la sentencia dejó arruinada a toda la familia.

21

Isabel regresa pronto de su paseo diario por los alrededores, nota una gran presión en el suelo pélvico que le está impidiendo disfrutar del mismo. No es nada nuevo y la hace sentirse últimamente como un pato al caminar, pero hoy es especialmente molesto. Al llegar a la casa comprueba que sus pies están

tan hinchados que no caben en las alpargatas y los coloca en alto tratando de encontrar alivio. En ese estado de calma puede percibir cómo su vientre se endurece de cuando en cuando durante unos segundos para volver a relajarse después. Los periodos de tensión se van haciendo más largos e intensos y se suceden cada vez con mayor frecuencia durante la noche. Casi al alba la arranca de su duermevela una tibia humedad entre las piernas que la hace avergonzarse, pues nadie la ha preparado convenientemente para reconocer que ha roto aguas. Se levanta, y se dirige silenciosamente hacia el hogar que sigue encendido, prende la mecha de un candil, coge con cuidado de no quemarse la marmita de agua que siempre se encuentra junto al fuego y vierte un poco en la jarra de su tocador para entibiar su contenido, retira las sábanas mojadas y se asea.

Cuando los habitantes de la Casa de los Pastores comienzan a despertar la encuentran sentada en una mecedora junto a la chimenea apretando los dientes cada vez que su vientre se contrae y el dolor que viene desde los riñones se va haciendo más intenso.

- El momento ha llegado –afirma Josefa al verla–. Manuela, éstrate una maceta de alhábega y pónsela cerca. A ver si la cosa fuera rápida.
- Pondré más agua a calentar para tenerla preparada.
- Y echa también un poco de esto en un vaso con agua hirviendo y que

se lo beba –continúa la anciana tendiéndole unas hojas de la misma planta de albahaca, que había puesto a secar hacía algún tiempo.

- Esperemos que todo vaya bien y no sea necesario avisar a nadie – comenta Manuela.

- Antón, mata una gallina que hagamos un buen caldo para después.

Entre las dos mullen vigorosamente el colchón de Isabel hundiendo las manos en él una y otra vez para evitar el apelmazamiento de la lana de su interior y devolverle la esponjosidad, lo cubren de nuevo con ropa limpia, y le recomiendan que se eche mientras ellas continúan disponiendo todo lo necesario para el alumbramiento. Pero la incomodidad que siente la futura madre no le permite quedarse quieta ni un momento, y tan pronto se pasea ansiosamente por la casa, como se sienta en un sitio y en otro, sin encontrar la postura idónea para sobrellevar las molestias.

Las contracciones continúan durante todo el día y cuando la joven declara que siente ganas de empujar la obligan a volver al lecho pero, según vaticina la suegra de Antón saliendo de la alcoba, “la cosa va para largo”.

Los esfuerzos de la muchacha no parecen tener resultados y sus ahogados gritos del principio comienzan a hacerse audibles desde el exterior.

- Será mejor que vayas en busca de la Jesusa –pide la suegra de Antón–.

Esto tiene mala pinta.

El de La Casa Liendre, que estaba temiendo esta eventualidad, ensilla inmediatamente el caballo y se marcha al galope en busca de la partera. No puede decirse que Jesusa Giner sea la matrona mejor valorada de los alrededores, de hecho fue expulsada de Jumilla hace años por reiteradas denuncias de los vecinos, prohibiéndole ejercer como tal. A la dura sentencia emitida por el Concejo contribuyó sin duda el hecho de que estuviera amancebada con un joven casado. Refugiada en el corazón del Campo de Cagitán se ha ganado la vida desde entonces gracias al pago de “la voluntad” que los pobladores de la zona le entregan por sus servicios: arreglar un brazo dislocado, curar el mal de ojo y el aliacán, asistir algunos partos, medir a los niños por si estaban quebrados.... Pero es la más cercana y por su propia condición, su discreción está asegurada. Aproximadamente una hora más tarde su oronda figura hace aparición en la puerta del dormitorio.

Arremangándose las mangas y apartándose las blancas greñas de la cara, se dispone a reconocer a la parturienta. Comienza a dar instrucciones, que Manuela y su madre se apresuran a cumplir, y al quedarse a solas con Isabel le espeta a modo de saludo:

- No grites tanto que seguro que cuando estabas con las piernas abiertas no te quejabas tanto...

Esta frase, que evidentemente no consuela a la joven, tampoco puede

herirla en ese momento ya que todos sus sentidos están centrados hace mucho en conseguir acabar con aquello y comprobar que su hijo se encuentra bien, pero quedará grabada en su recuerdo para siempre.

La recién llegada pide que le acerquen dos sillas bajas y que le ayuden a sentar a Isabel en una de ellas mientras deja caer su pesado cuerpo frente a ella sobre la otra. Al ver los continuos e inútiles esfuerzos de la muchacha que, exhausta, parece que fuera a explotar de un momento a otro, le dice:

- Te estás fatigando tontamente, apretando cuando no debes y así no vamos a ninguna parte. Para y haz lo que yo te diga. Saca el culo “pa fuera” – le indica tirando de ella para sentarla únicamente sobre el coxis.

- Agárrate a la silla. ¡Ahora! ¡Empuja, empuja, empuja...! –exclama presionando fuertemente con sus manos sobre la parte alta del abultado vientre.

- Ahhh... –es el desgarrador lamento que se desprende de la joven.

- Descansa.

- No puedo más...

- Cállate y ahorra fuerzas. ¡Otra vez! Aprieta con todas tus ganas, aprieta.

- Ahhh...

- Para, no empujes ahora, no empujes... –dice situándose entre sus

piernas—. Ya está aquí, viene “revirao”, no hagas fuerzas ahora. ¡Por Dios no aprietes...! ¡Sopla! Fuff, fuff, fuff. ¡Sopla! —insiste, intentando colocar la cabeza del feto en la posición correcta para el alumbramiento.

- Fuff, fuff, fuff... —se escucha el aire al salir por la boca de Isabel imitándola.

- Ya puedes, empuja.

- Ahhh...

- Aquí está... Mira —exclama la vieja examinando el cuello del bebé para ver si lleva alguna vuelta de cordón.

Isabel se incorpora un poco más y ve asomando únicamente la cabecita.

- Cógelo tú misma —la anima la matrona.

Y agarrando con cuidado la resbaladiza cabeza de su hijo, el cuerpo sale sin esfuerzo alguno con la siguiente contracción. Ayudada por la comadrona, lo deposita sobre su pecho observando aterrada que no emite sonido alguno.

- No te preocupes, no llora porque no quiere —la tranquiliza Jesusa, y tan pronto como esta lo separa de su madre para cortar el cordón umbilical y limpiarlo, arranca a llorar a pleno pulmón.

Josefa y Manuela, que han asistido maravilladas al nacimiento de la criatura, acompañan a Isabel de nuevo a la cama y recogen el cuarto, entretanto la partera sale con el recién nacido y depositándolo sobre los

brazos de Antón, que es el único hombre de la casa, anuncia:

- Es un niño.

Tan pronto como le indican que puede hacerlo, Antón entra en el dormitorio para devolvérselo a su madre y queda sobrecogido al verla. Gran parte de las terminaciones de los capilares de su cara se han roto debido a los esfuerzos por lo que su tersa piel aparece plagada de pequeños puntos rojos e hinchada. Su cuerpo tiembla espasmódicamente haciéndole botar en la cama. Durante las horas que ha durado el parto ha segregado gran cantidad de adrenalina, la hormona que prepara nuestro cuerpo para reaccionar ante una amenaza permitiéndole actuar con fuerza y velocidad, como todo su torrente sanguíneo se encuentra invadido por esta sustancia, sus músculos se ven obligados a responder y aunque pone todo su empeño en relajarse, estos necesitan quemarla de alguna manera provocándole esas involuntarias convulsiones que la hacen parecer poseída.

El Labrador coloca al retoño a su lado sin dejar de mirarlo y este se queda dormido enseguida junto al calor de su madre, pero pronto despierta inquieto retorciendo la cabeza hacia los lados y abriendo su pequeña boca. Al verlo, Josefa anima a la nueva madre a acercárselo al pecho, y tras varios intentos fallidos, se engancha a él con avidez a la vez que los músculos de Isabel van consiguiendo relajarse casi por completo.

--∞--

Manuela entra por tercera vez en el dormitorio para rebuscar algo en el arcón. Se la ve claramente nerviosa ante el viaje. Isabel la observa percatándose de su elegante aspecto, nunca la había visto tan acicalada. Lleva su anillado cabello negro bien recogido en un moño que adorna con una pequeña peineta anacarada. Ha sustituido su sencillo zagalejo de faena por uno de algodón color rosa pálido, acabado en un volante de unos veinte centímetros bordado en rojo y rematado con un bonito festón ondulado del mismo color; sobre este se coloca un refajo de lana burdeos que sigue el mismo patrón, con idéntico volante inferior pero con los adornos a la inversa, en rosa y verde. Antes de envolverse en su mantón, se cubre la cabeza con un pañuelo de terciopelo negro con piedras de azabache que minutos antes colgaba sobre sus hombros, y toma en sus brazos al recién nacido.

Ante la separación de su hijo, la muchacha experimenta por primera vez en su vida una intensa sensación de pérdida desconocida hasta el momento para ella, e incomparable siquiera con sus recientes sufrimientos. Han sido nueve meses siendo una sola carne y cuesta romper el lazo que los une, ese nuevo ser todavía forma parte de ella y desde su nacimiento ha seguido en todo momento pegado a su piel. Es un sentimiento visceral que nace de muy adentro sin explicación alguna, un impulso animal y primario, el instinto

maternal que la empuja a proteger con su propio calor a su progenie.

- ¿De verdad no puedo acompañaros? –pregunta angustiada.

- Todavía estás muy débil –interviene Antón, echándose al hombro las alforjas.

- Podríamos haber esperado un poco hasta que me encuentre mejor...

- Es un peligro que un niño esté sin cristianar tanto tiempo. ¿Y si le ocurre algo? –explica su mujer.

- Dios no lo quiera –apuntilla Josefa–. Por eso las madres no van a los bautizos.

- ¿Estaréis de vuelta mañana?

- Si el cura no nos pone pegas por ser las fiestas de la Purísima, mañana tarde estamos aquí. Si no puede ser mañana, volveremos pasado.

- No te preocupes, dormiremos en casa de mi cuñada que está criando y al zagal no le va a faltar la leche, que tiene teta de sobra para los dos –explica Manuela dando un abrazo a la chica y disponiéndose a salir. Casi con lágrimas en los ojos añade–. No le va a faltar de nada...

- Adiós Isabel –dice Antón abrazándola también sin conseguir reconfortarla del todo.

- ¡Un momento! –exclama cuando ya están en la puerta, y desanudando la cinta que lleva al cuello con la pequeña cruz de oro, la pasa alrededor de la

cabeza del recién nacido—. Cuidádmelo –susurra, acercando su cara a la del bebé para sentir de nuevo su suave tacto y absorbiendo su aroma a vida nueva.

Unas cuantas horas después de la marcha del matrimonio la muchacha comienza a sentir como si le clavaran alfileres en las mamas, pronto la sensación comienza a hacerse más desagradable convirtiéndose en una tensión que acaba siendo insoportable. Ya es casi de noche cuando Josefa se percata de su malestar y aunque la chica es reacia a contarle la causa en un principio, no tarda en adivinar lo que le ocurre. Al tocarle la frente comprueba que la fiebre está comenzando a hacer su aparición y en ese momento Isabel se encuentra tan mal, que suplicaría por recibir la ayuda de quien fuera para salir de su suplicio. La anciana le pide que se acueste y se relaje, masajea sus pechos con manteca de cerdo tibia y le aplica paños de lana calientes, después, con suma paciencia, va ordeñando para vaciarlos aliviando así su sufrimiento. Cuando la leche deja de manar, sale de la alcoba y retorna con una vieja llave que cuelga con una cinta del cuello de Isabel asegurándole que la hará sentirse mucho mejor. La chica pasa una noche muy agitada, despertándose a menudo y con inquietantes sueños en los que aparece su madre buscándola por los caminos, rota por el dolor debido a su ausencia. Pero, inexplicablemente, como suele ocurrir en los sueños, al

acercarse a ella, no es su madre la que tiene delante sino que se ve a sí misma.

Por la mañana despierta escuchando a lo lejos una voz conocida, que le hace pensar que sigue aún en los brazos de Morfeo, pero el sonido le llega muy real junto con las palabras de Josefa que responde a sus preguntas. Al comprender que no se trata de un sueño, vuelve a prestar atención para averiguar a quién pertenece el timbre varonil que se escucha y, aún con la extraña sensación que le han dejado sus visiones oníricas, se desliza sigilosamente de la cama pegando su oreja a la puerta que no se atreve a abrir.

- Ha pasado mala noche –oye decir a la anciana.

- Me encantaría dejarla dormir más pero tengo que hablar urgentemente con ella –resuena de nuevo la voz masculina.

Al oír los pasos acercarse hacia el dormitorio, corre a camuflarse de nuevo bajo las mantas haciéndose la dormida, para contar con un poco más de tiempo que le permita decidir cómo enfrentar la situación.

- Isabel –dice el recién llegado acercándose a su lecho–, Isabel –repite dulcemente acariciándole el cabello.

Ella se recrea en ese contacto, y sigue fingiendo aún durante unos minutos más para poder disfrutar de ese momento mágico, que está segura

finalizará en cuanto abra los ojos para encontrarse con los de su padre.

22

El tórrido sol de verano cae a plomo sobre todo ser viviente haciéndoles caminar ralentizados, los pocos transeúntes que quedan en el pueblo buscan las sombras de las casas para cobijarse de su calor, el resto está escondido bajo los aires acondicionados o se ha marchado a las playas, y Antonio agradece el frescor que se respira al entrar en el edificio del Hospital de la Concepción que alberga ahora la biblioteca municipal. Las instalaciones cuentan con refrigeración, pero aunque esta no funcionara, es suficiente ampararse entre las gruesas paredes del antiguo caserón de techos altos para notar la diferencia de temperatura.

- Buenos días –saluda con desgana al entrar.

- Buenos días. Ni que vinieras de un entierro... –contesta Almudena.

- No estoy para muchas bromas ¿eh? –continúa él como si aguantara un gran peso sobre sus hombros.

- Vale, perdona.

- Lo siento. Es que vengo del juzgado y no estoy de humor. Ya está hecho.

- ¿El qué?

- Mi divorcio.

- ¡Biennn! Ya eres libre como una mariposa –intenta animar de nuevo su compañera.

El bibliotecario asiente sin convencimiento y pregunta:

- ¿Has visto a Paqui? –arrepintiéndose inmediatamente, al darse cuenta de que su mente le ha hecho relacionar a la becaria con el comentario sobre su libertad sentimental, y temiendo que Almudena pueda detectar esa conexión.

- ¿A Paqui? –dice ella extrañada.

- Sí. Ya debe de estar por aquí ¿no? El lunes empezaba sus vacaciones.

- ¿Cuánto hace que no hablas con ella? –inquieta algo confusa.

- Hace ya bastante que no nos escribimos. He estado muy liado con el inventario y además con todo este jaleo del divorcio...

- No va a venir a Mula por vacaciones. Se ha ido a Italia con su compañero de piso.

La noticia cae sobre Antonio como un jarro de agua fría, era lo último que esperaba oír y es la guinda para amargarle el día.

23

La luz penetra anaranjada a través del tamiz de la lona, mientras el viento helado se cuele irremediabilmente por todas las rendijas, haciendo tiritar a Isabel, a pesar de que D. Fernando ha alquilado una moderna tartana, provista

incluso de puertas, para hacer su viaje lo más confortable posible. Desde el nacimiento de su hijo el peso de la maternidad se ha dejado sentir sobre sus hombros, la súbita responsabilidad y preocupación por el niño, las molestias propias del puerperio con sus consiguientes altibajos hormonales, la falta de sueño y la repentina aparición de su padre hacen que se encuentre como flotando en una nube, llevada por el viento de un lugar a otro, arrastrada en este momento por el continuo traqueteo del carruaje donde, aprovechando su soledad, da rienda suelta a sus lágrimas.

- ¿Te han tratado bien aquí? –le había preguntado Pérez de Vargas.

- Muy bien. Nunca podré pagarles todo lo que han hecho por mí.

- Pues no temas por el niño. Igualmente cuidarán de él hasta tu regreso.

Dejaré suficiente dinero a la suegra de Antón para que contraten un ama de cría y nada le falte.

Ante la insistencia de la muchacha por esperar al regreso de los labradores y llevar con ella al pequeño, los argumentos de su padre habían sido irrefutables: su madre estaba a punto de morir, preguntaba por ella a todas horas y él no quería que se fuera de este mundo sin haber visto a su hija por última vez, no sabía siquiera si llegarían a tiempo de encontrarla aún con vida. Viajar con un niño tan pequeño no haría sino demorarlos además de ser muy peligroso para el bebé. Por otro lado, a Dña. Beatriz se le había

ocultado, debido a su delicado estado, la razón de la ausencia de Isabel, por lo que llegar con un hijo en los brazos haría más penosos aún sus últimos días.

Si bien Isabel y Antón habían hecho su particular diáspora hacia Cagitán cruzando la Sierra de Segura a través de estrechos senderos y veredas, puesto que lo hicieron a caballo provenientes de la finca que los Pérez de Vargas poseían en la zona oeste de la misma, para el de vuelta a su casa en la ciudad se veían obligados a evitar todo el macizo montañoso situado al final del Sistema Penibético, bordeando la Sierra de Cazorla, y utilizando vías que permitieran la circulación del carruaje, aunque se tratara de caminos de herradura en su mayor parte. Si tenían suerte y el tiempo no se complicaba podrían llegar a su destino en cinco o seis jornadas, pero si en el trayecto encontraban lluvia o nieve, cosa bastante probable en esa época del año, corrían el riesgo de que estas hicieran casi impracticables algunos tramos retrasándoles la marcha.

La primera parte del itinerario era la más fácil ya que discurría por zonas relativamente llanas sin grandes obstáculos naturales siguiendo el camino real de Murcia a Granada, pero sabían que sería imposible cubrir las seis leguas que les separaban de Caravaca de la Cruz en tan solo media jornada por lo que tendrían que pernoctar a medio camino. A pesar de haber circulado a buen paso y sin incidentes, las horas de luz son reducidas en diciembre y ya

está oscureciendo cuando llegan a las puertas de la posada. Acceden directamente a un patio central atestado de carros, bestias y hombres, mezclados en un ruidoso guirigay, a cuyos lados se encuentran las cuadras, abrevaderos y pesebres. Se dirigen hacia una dependencia muy amplia situada al frente mientras el cochero y el sirviente de D. Fernando acomodan a los tiros. La estancia, que se utiliza como cocina y zona común, tiene repartidas unas cuantas mesas de variopinta procedencia, rodeadas de bancos o sillas de similar variedad, ocupadas por una decena de personas esparcidas por el recinto y que dejan sus quehaceres para observar la entrada de tan distinguidos visitantes. En el centro se encuentra el hogar bajo una enorme chimenea, rodeado por un poyete de piedra que sirve de lecho improvisado para la familia de la ventera durante la noche, y en el que se cocinan en este momento un guiso de liebre en un puchero y algunos trozos de carne en una parrilla. Los viajeros suelen traer su propio sustento a las ventas buscando en ellas únicamente el resguardo frente a la inseguridad de los caminos, más aún cuando la mayoría son propiedad de señores adinerados que antiguamente prohibían que se dispensase alimento en estos locales para obligar a los transeúntes a proveerse en sus propias tiendas, pero esta se encuentra aislada en el camino y un poco alejada de cualquier núcleo urbano por lo que algunos clientes demandan comida y bebida.

Isabel sigue temblando de frío y Pérez de Vargas pide que le habiliten una mesa junto al fuego para lo cual la ventera, viendo que puede sacar tajada de tan insignes huéspedes, no tiene reparos en desalojar con cajas destempladas a una anciana enlutada y encorvada que se levanta lentamente de su silla murmurando ininteligibles imprecaciones que los recién llegados no pueden dilucidar hacia quién van dirigidas.

Mientras toman asiento, la vieja también lo hace en el poyo que rodea la lumbre, muy cerca de ellos, pues no tiene intención de privar a sus doloridos huesos del calor de la misma, y no deja de observarles con descaro. Isabel no tiene apetito, aunque sí mucha sed, comienza a sudar profusamente y se despoja de su mantón para volver a abrigarse al rato en cuanto la humedad comienza a helarse sobre su piel.

El criado de D. Fernando se acerca para informarle de que ya están acomodadas sus monturas y correctamente protegido el carruaje, toma la comida que su señor le entrega para que cenén y escucha con atención sus últimas instrucciones. Entretanto la anciana aprovecha para dirigirse a Isabel y le pregunta:

- ¿Qué le ha pasado a tu niño? ¿Ha muerto?

Su padre, muy contrariado al escuchar hablar de su nieto delante del servicio, interviene con vehemencia:

- ¿Qué dice usted, señora? Deje a la niña en paz y váyase de aquí.

A la muchacha se le encogen las entrañas al oír hablar de su hijo y cuando consigue acabar con el nudo que oprime su garganta y hacer desaparecer las lágrimas que velan su mirada, la mujer ya ha desaparecido. Juguetea con la comida sin probar prácticamente bocado, su cuerpo destemplado le está pidiendo cama y tan pronto como su padre termina de cenar deciden retirarse a dormir. La pequeña posada cuenta únicamente con dos cuartos para los huéspedes adinerados que rara vez se ocupan puesto que la mayoría de los viajeros pasa la noche junto a sus animales de tiro en los establos, en la cocina o en el porche. Están situadas en el piso superior y se accede a ellas por una estrecha escalera sin baranda ubicada en el patio, que da acceso a un pasillo exterior que ocupa toda la longitud abalconada del edificio principal sirviendo a su vez como parte del tejado del porche. Su mobiliario: una pequeña mesa, una silla y un colchón apenas cubierto por una manta. Las telarañas que adornan algunos de los travesaños, unas cuantas cucarachas disecadas junto a los restos de excrementos de ratón en los rincones delatan su falta de higiene.

Padre e hija se dirigen hacia la escalera pero antes de subir D. Fernando decide echar un último vistazo a los animales para asegurarse de que los dos hombres se turnan en la vigilancia durante la noche. Este tipo de

establecimientos es frecuentado por comerciantes, carreteros, arrieros y trajinantes de toda índole que buscan el descanso y la protección en su ruta pero no es de extrañar que se utilicen para el contrabando de toda clase de mercancías, como tabaco, pólvora, aguardiente o aceite, así como refugio de bandoleros, pudiendo uno acabar desvalijado si no se anda con cuidado, no sabiendo, a veces, si es más peligroso dormir entre sus puertas o al raso.

Ya ha anochecido totalmente y la chica asciende con paso dubitativo iluminando su camino únicamente con la vacilante luz de la vela que porta en su mano. Cuando se dispone a girar la manilla de la puerta una figura oscura aparece repentinamente a su lado sobresaltándola:

- No me engañas niña... –escucha decir a la anciana con voz sibilante–.

¿Dónde está el niño?

- No sé de qué me habla... –responde ella casi inaudiblemente.

- Ya soy muy vieja, hija, y sé lo que veo –insiste acercando las arrugadas manos hacia su cuello y agarrando el extraño remedio colocado por Josefa que pende de él–. Una llave hueca en el pecho, unas tetas hinchadas a punto de reventar y la cara colorada por la fiebre solo pueden significar una cosa: que has parido y necesitas que se te retire la leche porque no tienes un mocosito que chupe para sacarla.

Antonio tiene la sensación de estar sufriendo una alucinación, cuando divisa a lo lejos, difuminada por el calor que desprende el asfalto, una figura estilizada bajo un vaporoso vestido blanco de estilo ibicenco que se dirige hacia él con una sonrisa franca denotando la satisfacción que siente al verlo. La reacción del bibliotecario, tenso como un garrote al besarla, muestra la lucha de emociones enfrentadas que lo invade, aunque ella no parece percibirlo:

- ¡Hola! ¿Dónde vas con lo que está cayendo? –saluda Paqui en tono distendido.
- Pues iba a la heladería a por un granizado que me ayude a soportar este calor. ¿Y tú?
- Sin rumbo fijo... Te acompaño si me invitas a un blanco y negro.
- Creía que estabas fuera... –comenta Antonio intentando no expresar abiertamente su sorpresa.
- Volví ayer.
- ¿Y qué tal tu viaje? –pregunta por simple cortesía, aunque no le apetece que le cuente nada.
- Fantástico. Italia tiene rincones preciosos. Conocía Roma y Florencia pero no había estado en Milán, y es una maravilla. Te enseñaré fotos pero no es lo mismo que ir allí.

- Ya he visto algunas en Facebook –comenta él como de pasada sin poder apartar de su mente la imagen del joven italiano abrazándola.

- Me alojaba en casa de un amigo en Bérgamo –continúa ella entusiasmada– y me ha sorprendido mucho porque es una ciudad que los turistas extranjeros no solemos visitar pero que merece la pena conocer. Tiene unas plazas y unas construcciones medievales “superbien” conservadas, rodeada de un paisaje de montaña sobrecogedor, te sientes trasladada a otra época. Pero llueve hasta en pleno verano y yo echaba de menos derretirme bajo la ola de calor, ¿qué quieres que te diga? –bromea, acompañando su última frase con una blanca carcajada.

- Pues ya te vale... porque aquí llevamos unos días que no hay quien viva.

Al llegar a la heladería encuentran las puertas abiertas y un par de ventiladores moviendo aire caliente a toda máquina, sin lograr aplacar el bochorno que hace dentro, peor aún que el del exterior.

- ¿No funciona el aire? –pregunta Antonio.

- Se nos averió ayer y no hay forma de que vengan a arreglarlo. Se ve que están colapsados estos días entre las temperaturas tan altas y las vacaciones –responde el camarero pasándose un pañuelo por la frente.

- Pues vaya una faena. Ponte un granizado de limón y un blanco y negro.

- Con la bola de vainilla por favor –interviene Paqui–. ¿En tu piso tienes aire acondicionado? –prosigue dirigiéndose al bibliotecario.

- Sí.

- ¿Lo tomamos allí?

- Échalos en vaso de plástico para llevar –es la confirmación de Antonio, que de camino a su casa reflexiona sobre el influjo que su amiga ejerce sobre su ánimo.

Aunque era consciente de que no tenía ningún derecho a enfadarse porque ella se hubiera marchado a Italia sin avisar, se sentía herido por ello y por haberse hecho ilusiones sobre la posibilidad de comenzar una relación con ella para descubrir después que estaba con su compañero de piso. Para autoprotegerse había decidido mostrarse distante cuando volvieran a verse pero todas sus defensas se habían derrumbado ante la energía positiva que desprendía aquella mujer. Además era muy agradable que alguien se interesara por sus cosas y ella lo hacía.

La sala de estar de su pequeño apartamento está un tanto abarrotada. A pesar de que siempre ha sido muy ordenado, vivir solo le ha hecho volverse un poco descuidado y tiene que quitar algunas cosas del sofá, recolocando los cojines, para permitir sentarse a su amiga. Una pequeña barra separa la cocina de la zona de estar, en la que se encuentran, además de la televisión y una

pequeña mesa de comedor junto a la pared, un escritorio con el ordenador, una estantería abarrotada de libros y unas cuantas cajas de cartón apiladas junto a ella.

Paqui curioseaba entre los libros por deformación profesional y ve en una de las cajas un librito antiguo en cuya portada se puede leer: “El Cancionero Panocho –MADRID– Imprenta de Fortanet, calle de la libertad, núm. 29 – 1900”. Pidiendo permiso a Antonio, ojea el contenido de la caja mientras hablan de trivialidades, y extrañada por la variedad de documentos que contiene, pregunta por su procedencia:

- Es todo lo que se encontraba en unos muebles viejos que me traje de casa de mi tía Pepita.
- Ah. Recuerdo que me hablaste de ellos, que pensabas restaurarlos...
- En ello estoy. Empecé por una cajonera que quería utilizar para mi dormitorio y creo que no ha quedado mal.
- ¿Me la enseñas?
- Claro –dice invitándola a seguirle.
- ¿Y este mueble también es antiguo no? –apunta la muchacha al ver el escritorio que hace las veces de recibidor.
- Sí. Ese ha necesitado poco. Solamente una buena limpieza.
- ¡Qué bonita! –comenta al ver la cómoda ya reparada situada a los pies

de la cama.

- Solo me queda cambiar la piedra de mármol que está partida. ¿Lo ves?

—explica Antonio levantando unos libros que ocultan el desperfecto.

- ¿Y ese cofre?

- Ese sigue lleno. Tengo que vaciarlo antes de ponerme con él pero no sé qué voy a hacer con todo eso.

- Tendrás que seleccionar lo que merece la pena conservar y lo que no, y guardarlo como es debido, si no, acabará estropeándose o perdiéndose.

- Ya. Supongo que es cuestión de ponerse.

- Mañana vengo y te ayudo si quieres.

Volviendo al salón Paqui se interesa por sus investigaciones

genealógicas y él le muestra orgulloso el árbol que está elaborando. En la familia de su padre ha dejado las indagaciones en su abuelo puesto que al nacer en un pueblecito de Gerona los registros bautismales no aparecen en la web que está consultando. Sin embargo, con la familia de su madre ha podido avanzar mucho más y Paqui va siguiendo el dibujo de las ramas con el dedo, al tiempo que lee en voz alta los nombres de sus antepasados.

- ... Antonio Silvestre Miguel Caballero Gavarrón [sic], Pedro Domingo de Santa Bibiana Sánchez Cortés,... Qué nombres tan largos. ¿Sabes la razón?

- Sí. Durante una época se añadía al nombre del niño el del titular de la

parroquia donde se bautizaba, por eso todos llevan detrás Miguel, si fueron bautizados en la iglesia de San Miguel Arcángel, o Domingo, si lo fueron en la de Santo Domingo de Guzmán. Además a veces lo hacían también con las mujeres añadiendo Micaela y Dominga, que suena un poco raro.

- Así es.

- Y el otro nombre que aparece corresponde con el día del nacimiento, el día treinta y uno de diciembre es San Silvestre y el 2 de diciembre Santa Bibiana, parece ser que era algo muy habitual.

- ... Manuela Cortés Úveda [sic], hija de Juan Pedro Cortés Escámez y Josefa Úveda Heredia... parece que por esta rama sí que tienes raza gitana, desde luego esos apellidos lo parecen.

- Creo que te comenté en un mail que yo también había llegado a esa conclusión.

- Sí. Lo recuerdo.

- Será por eso que soy tan guapo –bromea Antonio riendo.

25

Ante el penoso estado de salud en el que se encuentra Isabel, que ha pasado toda la noche delirando atacada por una fiebre muy alta, su padre se plantea requerir los servicios de un médico que la atienda, pero dada la insalubridad de la posada, decide abandonarla y continuar su camino hasta Caravaca de la

Cruz, donde Sebastián, el cochero, buen conocedor de la zona, dice saber de un buen lugar en el que hospedarse. Instalan en el suelo de la tartana un improvisado colchón que le permita viajar tumbada las tres leguas y media que les separan de la población y emprenden la marcha que se hace eterna para la joven, cuyo debilitado cuerpo se resiente con cada uno de los baches del camino. Con su prodigiosa voz de barítono, que Isabel hubiera apreciado sin duda en otro momento, Sebastián va entonando de cuando en cuando unas coplillas con la intención de hacer más ameno el trayecto, pero en esta ocasión, no hacen más que intensificar su agudo dolor de cabeza.

Mucho antes de llegar a la que aún llaman villa, a pesar de haber sido declarada como ciudad por la Reina Isabel II tres años antes, le anuncian que ya se divisa su castillo en lo alto del cerro, consiguiendo únicamente que este tramo se le haga aún más largo, pareciéndole no tener fin. Acceden por el sur hacia la calle Mayor para llegar hasta el antiguo convento de La Compañía de Jesús que, tras la expulsión de los jesuitas de los reinos de España decretada por Carlos III, y dada su escasa utilidad inmediata que dificultó su venta, había quedado en manos del Estado, siendo utilizado desde entonces para múltiples usos como escuela pública, pensión de pupilaje o almacén de intendencia militar. Vendido por fin al Conde de Bazalote por un precio muy inferior a su tasación inicial, se explota desde entonces como habitaciones

para inquilinos y allí se instalan. El alojamiento se compone de dos dormitorios y una cocina mínimamente amueblados pero dispone, por lo menos, de dos camas medianamente cómodas y está debidamente caldeado y limpio. Junto al convento se encuentra la Iglesia de La Anunciación, desgajada del conjunto jesuita y subastada por separado en el proceso desamortizador. Desacralizada, es utilizada ahora para almacenar maderas. El médico muestra cara de preocupación al examinar a la joven actuando de inmediato para reducir las abundantes hemorragias, rebajar la mastitis, combatir las posibles infecciones y, sobre todo, aplacar la fiebre, que solo consigue hacer remitir por breves periodos de tiempo, durante los cuales Isabel no deja de lamentarse por ser la causa del retraso en su vuelta. Tras cuatro días de cuidados intensivos, la mejoría es patente y el facultativo decide reducir la dosis de percloruro de hierro y ergotina, recetándole una nueva antiespasmódica más suave. Isabel, sintiéndose con las fuerzas algo recobradas, le solicita autorización para reanudar su viaje, explicándole la urgencia que les mueve y su temor de no llegar a tiempo de encontrar a su madre aún con vida.

- Podría indicarnos usted los remedios que haya que aplicarle, –conviene D. Fernando–, de modo que podamos reemprender la marcha de inmediato.
- Mire, –responde el médico con gravedad, saliendo de la alcoba–, yo

podría decirle que tengo una cura milagrosa para el mal de su hija, cargarles con varios preparados de la botica, previo pago de mis honorarios, y animarles a partir, pero lo cierto es que lo que necesita, principalmente, para reponerse es descanso. Si se marchan se arriesga usted a quedar viudo y sin descendencia al mismo tiempo. La decisión es suya.

26

La Divina Providencia ha permitido que Dña. Beatriz pueda despedirse de su hija, prolongando tras su vuelta, durante dos largas semanas más, su interminable agonía, hasta que la víspera del día de Reyes ha querido terminar con su sufrimiento. Su muerte, no por previsible, ha sido menos dolorosa para todos.

Durante los días siguientes al sepelio, Isabel ve deambular a su padre de un lugar a otro de la casa en un continuo estado de ensimismamiento, que no se atreve a perturbar respetando su duelo. Envuelta en un intenso sentimiento de culpabilidad, por no ser capaz de frenar su propio egoísmo, espera impaciente, presa de una actividad irrefrenable, a que llegue el momento de regresar en busca de su hijo.

Su cuerpo tiembla, y no es debido al intenso frío que ha traído el mes de febrero, cuando entra al despacho de Pérez de Vargas decidida por fin a hablar con él sobre el tema. Lo encuentra sentado, con la mirada perdida,

observando el desapacible día a través de la ventana enmarcada en gruesas cortinas azuladas, ribeteadas con madroños grises.

- ¿Puedo hablar un momento con usted?

- ¿Hum? –es la despistada respuesta que recibe.

- Que quería comentarle una cosa...

- Perdona, –contesta girándose hacia ella–, tenía la cabeza en otro sitio.

La joven toma asiento frente a él pero su severo semblante la intimida y no sabe muy bien por dónde empezar. Se crea entre ellos un largo silencio, interrumpido únicamente por el repiquetear de la lluvia sobre los cristales que, huyendo de las fuertes ráfagas de viento, parece implorar que le permitan entrar a compartir el calor del fuego. Finalmente es D. Fernando quien toma la palabra, adivinando las intenciones de su hija, tras extraer unos papeles del cajón superior de la mesa de caoba que los separa:

- He recibido carta de Antón.

- ¿Y qué dice? –inquire ella con excitación–. ¿Pregunta cuándo volveremos a por mi niño?

- No volveremos a por él –añade él compungido.

- ¡Esto no es lo que acordamos, padre! ¡No me puede hacer usted eso!

- Isabel, –la interpela intentando transmitirle calma con su voz pausada–, el pequeño enfermó y..., no sé cómo decir esto..., no ha sobrevivido a las

fiebres. Lo siento.

--∞--

D. Fernando no es tan considerado con el dolor de su hija como ella lo ha sido con él, y pocos días después de la terrible noticia entra en su dormitorio, donde ha permanecido recluida voluntariamente desde entonces, sintiendo que algo se había rasgado para siempre en su interior, destrozando su alma, y le pide que se vista y baje a verle a la biblioteca. Lo hace con tono autoritario y exigente, al ver la lánguida reacción de la muchacha que casi parece no percibir su presencia, y más que una petición es una orden.

- Tenemos que pensar en tu futuro y hay que actuar con presteza – comienza a exponer en cuanto la ve llegar.

Sin obtener respuesta alguna, prosigue, pidiéndole que tome asiento junto a él con un gesto:

- D. Juan de Valdepuentes anunció en Navidad el compromiso de su primogénito con una joven de Granada, por lo que nuestras esperanzas de matrimonio por ese lado se han desvanecido.

- “¿Y qué me importan a mí D. Juan de Valdepuentes y su hijo?” –piensa ella sin ganas de seguir prestándole atención.

- Por otra parte, es urgente que tomes esposo para evitar que comiencen a circular habladurías que podrían arruinar tu reputación –continúa explicando

D. Fernando—. Mientras estén entretenidos con la noticia de la boda, olvidarán preguntarse por la causa de tu larga ausencia. He informado de mi complacencia a D. Basilio Ayuso, de Alcaraz, para que su hijo pueda venir a visitarte el próximo domingo y espero que te muestres agradable con él de forma que, si nos place el muchacho, podamos anunciar el enlace sin dilación.

D. Fernando se abstiene de expresar sus reparos para aceptar a un joven que no pertenece a su mismo estatus social y cuyo apellido carece del noble linaje que hubiera querido para enlazar al de su hija. Dadas las circunstancias considera que no debe desaprovechar la oportunidad.

Isabel, que escucha incrédula como si lo que dice no fuera con ella, sintiendo recaer sobre sus hombros todo el peso del reproche que sus palabras encierran, no detecta esa sombra de duda que podría haber supuesto para ella una vía de escape. Tal vez hubiera sido capaz de ello en otro momento, pero los intensos sentimientos que sacuden su interior le impiden percibir los matices de lo que está ocurriendo a su alrededor.

Su padre la mira con ternura y prosigue:

- Alivia un poco el luto de tu atuendo pero con cierta mesura, sin perder el decoro, no vaya a pensar que no respetas la memoria de tu madre, y ponte algo que te favorezca, que vea lo joven y bonita que eres. Las mujeres sabéis

cómo hacer estas cosas. Elimina el pesar de tu cara y muéstrate alegre, no vayas a espantarlo. Y por supuesto, no debes comentar con él ni con nadie lo ocurrido estos últimos meses, será nuestro secreto. Mejor aún, intenta olvidarlo también tú misma, como si nunca hubiera tenido lugar.

- Me pide algo que no le puedo prometer, padre –dice Isabel con profunda tristeza.

- Solo te pido que lo intentes. Y confío en que serás capaz de hacerlo, el tiempo lo cura todo. Sé muy bien lo que se siente al perder a un hijo. Tu madre y yo lo sufrimos en varias ocasiones y no fue fácil superarlo. Para ello nos refugiamos en el mayor regalo que Dios pudo darnos: tú. Verte crecer fue nuestro mejor consuelo, y seguro que hará lo mismo contigo. Formar una familia te dará nuevas ilusiones y te ayudará a dejar atrás esta pesadilla, te lo garantizo. Solo quiero lo mejor para ti.

27

Junto a la piscina de un modesto chalet enclavado en el corazón de la huerta de Mula, Almudena y Paqui charlan animadamente mientras el sol broncea sus cuerpos. A través del seto de cipreses que bordea la parcela, se escucha el griterío de unos niños que se bañan en la parcela de al lado, la música procedente de una casa vecina y el ruido del continuo trasiego de vehículos por el entramado de estrechos caminos que atraviesan el arbolado.

Lo que fue durante siglos la principal fuente de ingresos de una población basada en la agricultura, un vergel regado gracias a la portentosa obra de ingeniería musulmana que logró conducir el agua del río, a través de trece kilómetros, por medio de la acequia mayor hasta la villa, impulsada exclusivamente por la propia fuerza de la gravedad, para repartirla por todo el valle, se encuentra ahora convertida casi exclusivamente en zona de recreo. Las plantaciones se han reducido y han ido sustituyéndose por pequeñas propiedades con fines residenciales y con miles de edificaciones dispersas por toda la zona.

- ¿Entonces qué tal lo tuyo con el italiano? –pregunta intrigada

Almudena.

- Pues nada. Él ya no vuelve a España.

- ¿Pero lo habéis dejado definitivamente? ¿No vais a volver a veros?

- No había nada que dejar. Solo éramos amigos.

- Yo diría que había algo más... Además, te invitó incluso a su casa. ¿No te pidió que te quedaras con él? –insiste para sonsacar más información a su amiga.

- ¡Pues solo faltaba eso! Ya te he dicho que no había nada entre nosotros.

- Pero os enrollasteis ¿no? Las fotos que hay colgadas en Facebook no dejan lugar a dudas...

- ¿Y eso que tiene que ver?

- ¡Hombre! Si hay rollo...

- Mira, yo cuando salgo a divertirme, me tomo una copa, me fumo un cigarro, bailo, y si se presenta la ocasión de acostarme con alguien, me acuesto... ¡No pongas esa cara de asombro, que eres muy de pueblo, hija!

- Es que me cuesta creer que te vayas a la cama con cualquiera sin sentir nada por él.

- No lo hago con cualquiera, solo si se dan las circunstancias adecuadas y con Paulo ocurrió –expone Paqui poniendo los ojos en blanco—. Era amable, atento, me hacía reír y además es guapo. A ver cómo te lo explico, me encantaría encontrar al amor de mi vida, alguien con quien poder compartir lo físico, lo emocional y lo espiritual,... En el fondo soy una romántica, pero no sé si lo encontraré algún día, y ¿qué pretendes, que siga célibe hasta entonces?

- Y con Antonio ¿qué?

- ¡Con Antonio nada! ¡Qué no soy una ninfómana! ¿Qué te crees, que me tiro a todo lo que se mueve? –responde la becaria un poco molesta.

- No te preguntaba eso. Quiero decir que se nota que le gustas... – continúa su amiga en tono apaciguador.

- Pues a mí me tiene un poco descolocada –y tras una ligera pausa

prosigue pensativa—. Es un buen amigo, estamos bien juntos, pero no pienso en él en ese sentido... y el problema es que a veces me da la impresión de que él si querría algo más. No sé por qué es tan difícil de entender una buena amistad entre dos personas de distinto sexo.

--∞--

Paqui entra como un huracán en el apartamento de Antonio pidiéndole que le enseñe de nuevo su árbol genealógico. Antonio, que la estaba esperando esa tarde, tal como habían quedado, para organizar los documentos recogidos en casa de tía Pepita, la recibe sorprendido al tiempo que le muestra lo que pide.

- Aquí está —exclama ella— Pedro Domingo de Santa Bibiana Sánchez Cortés...

- Sí, ese era mi tatarabuelo... —comenta él confundido.

- Pedro Sánchez Cortés, ya decía yo que me sonaba el nombre. ¿Y dónde vivía?

- Pues, se casó en Fuente Librilla, si no recuerdo mal... ¡Ay!, es que me lío... A partir de mis abuelos me pierdo —dice rebuscando entre sus papeles—. Sí, efectivamente, vivía en una casa de campo en La Alquibla, precisamente la que se ha vendido hace poco, de donde me traje los muebles.

- ¡No puede ser! —replica ella entusiasmada—. Es mucha casualidad.

- Pero, ¿me quieres explicar de qué estás hablando?
- Cuando me fui de aquí el otro día, este nombre no paraba de resonar en mi cabeza. Al llegar a casa me puse a trabajar de nuevo en mi tesis con la idea de reorganizar toda la información e ir dándole forma al texto final.
- ¿Y? –pregunta el bibliotecario impaciente.
- Pues que en uno de los juicios que he utilizado para mi trabajo aparece un tal Pedro Sánchez defendiendo la propiedad de una tierra en La Alquibla contra la Marquesa de Olmos. Puede que sea tu tatarabuelo...
- A mí también me parece mucha casualidad –sentencia él.
- He revisado el resumen que tengo en mis apuntes pero me gustaría comprobar algunos datos en la documentación original en cuanto vuelva a Úbeda. La querrela duró varios años, con sentencias favorables y desfavorables para ambas partes y sus correspondientes apelaciones. Finalmente fue el labrador quien obtuvo la propiedad demostrando que le había sido cedida por el Marqués antes de morir. Creo que este fue uno de los pocos pleitos que perdió.
- Por cierto, ¿sabes de dónde viene el nombre del paraje donde se encuentra la tierra? –pregunta la becaria mientras se pone manos a la obra comenzando a sacar papeles antiguos de las cajas de cartón para clasificarlos.
- ¿La Alquibla? Me suena a árabe como todo lo que empieza por “al”.

- No vas desencaminado. La Alquibla o Quibla, en el Islam, indica la situación de la Meca, el lugar hacia el que deben mirar cuando llevan a cabo sus oraciones. En sus mezquitas, el lugar sagrado, que podría compararse con el altar de las iglesias católicas, es el mihrab que se encuentra siempre situado en el muro de la Quibla, indicándoles la dirección correcta. Si coges un mapa y trazas una línea desde Mula hasta la Meca, el paraje de la Alquibla se encuentra situado justamente en esa dirección.

Tras varias horas de trabajo ambos se encuentran rodeados de diferentes montoncitos de documentación. Paqui encuentra un paquete de cartas amarillentas, casi marrones, envueltas con una pequeña cinta descolorida y abriendo una de ellas pregunta:

- ¿Alguien de tu familia estuvo en la guerra de África?

- No sé... Recuerdo haber oído hablar a mi abuelo de su hermano Aniceto que murió muy joven en la guerra. Pero siempre he pensado que fue en la Guerra Civil.

- Pues esta la firma precisamente un tal Aniceto y está fechada en Melilla el 24 de agosto de 1921.

28

El trato que Pascual Ayuso ha dispensado a su prometida y a su futuro suegro desde que los presentaron ha sido siempre cortés y refinado, lo que ha llevado

a D. Fernando a ignorar los poco halagüeños rumores que circulaban sobre él; pero no ha conseguido calar en el alma de la melancólica joven que no siente atracción alguna hacia un hombre que casi le dobla la edad, a quien parece no ver a pesar de sus atenciones, y con quien no le apetece intimar en absoluto.

Tía Remedios se ha ocupado de todos los preparativos de la boda como si fuera la de su propia hija, desesperándose ante la apatía de su sobrina, que parece un mueble más de la casa al que hay que ir moviendo de un lado para otro.

Tras la ceremonia, cuya sencilla celebración se reduce al entorno más íntimo debido al luto de la familia, Isabel debe hacer verdaderos esfuerzos para cumplir con sus obligaciones matrimoniales. Por suerte para ella, pasados los primeros meses de efusividad ante el dulce bocado que le ha tocado en suerte, su marido pronto comienza a buscar la variedad fuera de casa, más aún cuando las molestias propias de un nuevo embarazo, incrementadas por las recientes secuelas del anterior, debilitan a la muchacha obligándola a guardar reposo severo durante toda la gestación.

No se puede decir que el joven Ayuso haya sido bendecido por la naturaleza en cuanto a belleza, aunque tampoco es mal parecido. Tiene buen gusto para elegir su indumentaria, ayudado por los servicios de un carísimo modisto que solo utiliza los mejores paños para sus prendas, contribuyendo

así a mitigar la ausencia de virtudes físicas destacables. Su familia no ha escatimado en su formación y sabe suplir cualquier posible deficiencia con su don de gentes, siendo capaz de adivinar y adaptar su discurso a lo que los oídos de los demás desean escuchar. Si empleando estas artes, alguna puerta sigue aún cerrada impidiéndole llegar a sus objetivos, no duda en utilizar la llave del dinero, ante la que no se resiste cerradura alguna. Pero uno de sus grandes defectos, que de ser el único y no estar elevado a su grado máximo, hubiera podido disculparse por ser tan común entre los mortales, es que solo sabe mirar hacia su ombligo buscando exclusivamente su propio beneficio.

Su padre, Basilio Ayuso, es un adinerado burgués afincado en el próspero e histórico municipio albaceteño de Alcaraz, que ha conseguido triunfar gracias a su habilidad para utilizar el prestigio que las alfombras elaboradas en esta ciudad adquirieron en el siglo XVI, siendo admiradas y requeridas por las más altas personalidades de la nobleza y el clero de la época. Aunque el auge de este tipo de artesanía pasó, él ha sido capaz de crear una gran fábrica con decenas de telares, imitando la antigua manufactura de aquellos renombrados tapices y distribuirlos por toda España, exportando incluso al extranjero. Su pretensión ha sido siempre que su hijo le suceda en la dirección del negocio, pero sus continuos desencuentros cada vez que intenta introducir a Pascual en él, le hacen cuestionarse, a veces, si

logrará ver su anhelo cumplido algún día. Sin embargo, le corresponde parte de la responsabilidad en la forma de conducirse de su hijo, pues suele mostrarse demasiado condescendiente con él, justificando su licenciosa vida y permitiéndole disfrutar de la misma cómodamente, tal vez para compensar sus propias privaciones juveniles, confiando en que algún día sentará la cabeza.

Los obreros que trabajan para “Ayuso – Alfombras de Alcaraz” rezan diariamente clamando al cielo para que conceda una larga vida a su patrón, a pesar de que les paga poco y les exige mucho, conscientes del peligro que supondrá para su propio sustento el paso del negocio a manos de su heredero. Durante diferentes periodos, interrumpidos siempre a causa de sus permanentes discusiones, D. Basilio ha hecho pasar a su futuro sucesor por distintos puestos en la empresa para que aprenda todos sus entresijos, pero la vehemencia del joven, que en todo momento se ha sentido jefe, ha dado al traste con sus intenciones. Sus ideas impulsivas, y a veces incluso descabelladas, exasperan al laborioso empresario que ve peligrar la continuidad de su imperio.

La última vez que trabajaron juntos Pascual debió ocuparse, por encontrarse el Sr. Ayuso ausente, de atender a un importante cliente cántabro con quien era muy difícil negociar y que exprimía al máximo al fabricante

cada vez que cerraban un trato. Decidió recibirlo en la sala de exposiciones, una estancia sin ventilación cuyas paredes estaban completamente tapizadas con varias capas de alfombras de lana colgadas de unos maderos móviles que, fijados a los muros, permitían mostrar cada uno de los modelos y colores. Para mayor despliegue de su variedad, también el suelo estaba cubierto por los tapices que se elaboraban en la factoría. Hizo colocar en el centro una mesa de despacho y ordenó que durante toda la noche se mantuvieran encendidas las lámparas que colgaban del techo, disponiendo que se aumentara el alumbrado con unas cuantas más repartidas por la habitación, y que la puerta permaneciera cerrada en todo momento. Afortunadamente, tuvo la lucidez de encargar a un trabajador su vigilancia continua, pues una sola chispa sobre material tan inflamable hubiera podido hacer arder todas las instalaciones. Cuando aquel tórrido día del mes de agosto hizo pasar a la estancia al exigente visitante, el calor que se había concentrado en la misma era tan grande, y la atmósfera estaba tan viciada, que a él mismo le costaba respirar. Como pretendía, la negociación duró muy poco. Efectivamente. El tiempo que el norteño, empapado en sudor, tardó en desvanecerse; pero no tuvo el resultado que Pascual esperaba pues el comerciante juró no volver más a cualquier lugar de España que se encontrara situado más abajo de Madrid.

Esto había ocurrido el verano anterior al anuncio de su boda provocando un nuevo paréntesis en la colaboración laboral con D. Basilio. Así las cosas, y puesto que ninguna obligación requiere la presencia de Pascual en Alcaraz, no han tenido reparos en satisfacer la demanda de Pérez de Vargas de instalar la residencia de los recién casados en su propia casa, para tener más cerca a su hija y no quedarse completamente solo.

Debido a este hecho los nuevos esposos no deben sufragar gasto alguno para su manutención, pero a pesar de ello D. Fernando asigna una renta mensual a su hija de mil duros para la administración y el cuidado del hogar, ocupándose así, junto con su tía Remedios, de adquirir todo lo necesario para la alimentación, vestido y cuidados de los miembros de la familia, siendo capaces de manejarse sobradamente con esta cantidad y pudiéndose permitir, incluso, destinar el sobrante de la misma a la beneficencia. Entrega también a su yerno tres mil reales para cubrir sus propios gastos, que, sumados a la renta trimestral de mil duros que recibe de D. Basilio Ayuso, le permiten vivir como un rey. Además, en diversas ocasiones pone a su disposición sustanciosas cantidades esperando sea capaz de invertir las convenientemente comenzando a sacarles rendimiento. Pronto se da cuenta de que Pascual no tiene intención alguna de aprovechar estos ingresos para nada útil, muy al contrario, observa cómo los derrocha a diario en todo tipo de caprichos y

actividades ociosas, algunas de ellas dudosamente pertinentes para alguien de su posición.

Tras comenzar a llegarle oídas sobre sus devaneos y observar el trato que dispensa en ocasiones a su hija cuando vuelve con alguna copa de más, el suegro le advierte seriamente de que no está dispuesto a permitir ese tipo de conducta, rogándole sea comedido y no falte al respeto y al honor de Isabel y de su familia, ni dentro ni fuera de la casa. También alude molesto a su escaso interés por el cuidado y mantenimiento de las propiedades que un día heredará su esposa, y que le corresponderá administrar a él, no aprovechando las oportunidades que le brinda constantemente para introducirlo en la gestión de las mismas. Pascual toma la misma norma de comportamiento que lleva adoptando desde hace años con su propio padre: darle la razón a lo que diga, hacer de su capa un sayo y esperar pacientemente a que todo lo que tienen pase a sus manos para poder disponer de ello a su antojo.

Entretanto, Isabel ha ido construyendo a su alrededor una coraza compuesta por infinitas capas de amargura, desilusión, tristeza, rencor, angustia, desamor..., con la cual logra protegerse de cualquier afrenta exterior pero que no permite tampoco la filtración de las cosas bellas de la vida. Se ocupa casi como una autómatas de las labores que su sociedad le impone: la educación de sus hijos y la administración de la casa, participando

en las actividades sociales que organizan las señoras de su clase cuando no tiene más remedio, con el fin de no ser tachada de huraña, y va viendo resbalar la vida sobre su urna transparente sin ser capaz de vivirla.

Reconocer y asumir los propios errores es costoso, uno parece quedarse ciego ante las evidencias, permitir lo inadmisibile, justificar lo injustificable; y cuando Pérez de Vargas viene a hacerlo por fin, se encuentra con una hija sumida en una profunda depresión y con dos nietos de cuya educación debe tomar las riendas si no quiere que acaben pareciéndose a su padre. Ante la imposibilidad de sacar partido a su yerno, y viendo peligrar el buen nombre de su linaje cuando él ya no esté, decide poner en marcha un plan respecto a su testamento. Su intención es dejar atados ciertos cabos para asegurar el futuro a algunas personas que no desea queden desamparadas tras su muerte, así como nombrar heredero absoluto de todos sus bienes a su nieto Juan Fernando, primogénito de Isabel y Pascual, cuyos intereses serán administrados por un tutor de su confianza hasta su mayoría de edad.

29

También tenía Pascual Ayuso embaucada con sus palabras a la hermana de D. Fernando, que no podía comprender la apatía que su sobrina mostraba frente a las muchas cualidades de su esposo, hasta que la vehemencia de este, ponderada por el alcohol, le hace atreverse a opinar sobre lo más sagrado para

ella, sus creencias, comenzando a partir de ese momento a minar el castillo de marfil que había construido alrededor de él.

Cada día, tras su misa matutina, la tía de Isabel se dirige hacia la capilla de San José, patrón de la Buena Muerte, comprueba que el velón continúa encendido calculando cuándo será necesario reponerlo y reza una oración pidiendo su intercesión. Una noche durante la cena, a la cual se ha incorporado Pascual con retraso y mostrándose artificialmente dicharachero, Dña. Remedios se lamenta de no haber tenido tiempo aquella mañana para cumplir el rito, como es su costumbre.

– Ya debe de tener usted ganas de morirse para rezarle todos los días a ese santo –la increpa Ayuso.

– Ganas, no tengo ningunas, hijo –responde ella, a la que precisamente horroriza la idea de la muerte.

– Entonces me parece una soberana tontería.

– San José es el patrón de la Buena Muerte porque fue el único que tuvo la suerte de morir acompañado por Nuestro Señor Jesucristo y por la Virgen – explica ella como si estuviera impartiendo catequesis–, todo buen cristiano debería rogarle cada día para tener un final conveniente.

– ¿Un final conveniente? –se mofa Pascual con una risotada–. La muerte nunca es conveniente pero, vamos, cuando llegue mejor que no me entere.

– Una buena muerte es precisamente lo contrario para un creyente. Yo pido para que me conceda estar acompañada también en ese delicado momento por Nuestra Señora y su Hijo, y eso solo es posible si eres consciente de que se acerca tu final y puedes ponerte en paz con Dios, puesto que todos somos pecadores. Solo así podrás tener un plácido paso a la otra vida.

– ¡Qué horror! –sigue insistiendo él–. Darte cuenta de que te estás muriendo... Yo prefiero una rapidita, repentina y sin dolor. Esas mojigaterías de los curas son tonterías que le tienen comido el cerebro.

Ante la indignación de tía Remedios frente a las blasfemias de Pascual que la hacen disponerse a abandonar la mesa, Pérez de Vargas se ve obligado a intervenir para rebajar los ánimos.

– Claro está que el dolor y el miedo a lo que podamos encontrar más allá nos acobarda a todos y que una muerte repentina podría ser el remedio a tal sufrimiento, como dice Pascual, pero no es menos cierto que sería recomendable estar en paz con Dios, llegado el momento, tal como nos han enseñado. Yo añadiría algo más, el hecho de ser consciente de que se acerca el fin de nuestra vida debería ayudarnos a dejar zanjados todos los asuntos materiales que puedan afectar a quienes dejamos aquí. Marcharse en paz con Dios y con los hombres.

No es precisamente ese el final que el destino tiene preparado a D.

Fernando que se cruza accidentalmente en la trayectoria de un disparo durante una cacería de jabalíes. Acuciado por insoportables dolores deja este mundo sin haber tenido tiempo de recibir los Santos Óleos ni de dejar atados todos los cabos que tenía previstos sobre su sucesión. Acompañado de Isabel, son para ella sus últimas palabras:

– Perdóname, hija, perdóname.

Al escucharlas, ella no sabe si será capaz de hacerlo algún día. ¿Cómo perdonarlo por marcharse de repente sin previo aviso? ¿Cómo perdonarlo por dejarla huérfana en el mundo? ¿Cómo perdonarlo por dejarla en manos de un vividor, egoísta y malnacido?

30

- Esta semana me he dedicado a leer las cartas que encontramos del hermano de mi abuelo, el que estuvo en la guerra de África –dice Antonio antes de ponerse manos a la obra para reanudar el trabajo de clasificación del contenido de los muebles que está restaurando.

- Y seguro que has encontrado cosas interesantes, ¿verdad? –replica Paqui, que ha vuelto para ayudarle, como habían quedado—. Me encantan las cartas antiguas porque son un trocito de vida. Los grandes acontecimientos son los que generalmente se estudian en Historia, pero bajo ellos se

encuentran las vivencias reales de la gente, con sus problemas, sus ilusiones, sus amores y disgustos... que al final, tal vez no varían mucho de los nuestros, pero que nos pueden enseñar mucho sobre la época que les tocó vivir.

- Creo que me has contagiado tu afán investigador y después de leerlas he estado informándome sobre la guerra del Rif, de la que, increíblemente, no había oído hablar nunca. Me ha sorprendido la cantidad de soldados españoles que murieron en ella durante los casi veinte años que duró, solo en las dos batallas más importantes, la del Barranco del Lobo en 1909 y la que se conoce como el desastre de Annual en 1921, hubo más de catorce mil bajas. Además me ha llamado mucho la atención que las personas adineradas pudieran conseguir que alguien les sustituyera cuando eran llamados a filas o abonar una “cuota” para no tener que cumplir con el servicio militar. Al final fueron los pobres los que pagaron el pato, como siempre.

- Es muy triste, sí. Además, fueron tantas las necesidades de efectivos que tuvo el ejército que hizo llamar incluso a los reservistas, destrozando el futuro de familias recién formadas, con hijos muy pequeños que quedaron huérfanos.

- Pero todavía he descubierto algo más –apunta Antonio con tono de misterio.

- Cuenta, que te escucho.

- El hermano de mi abuelo no murió en la guerra de Melilla, por lo menos no en combate –prosigue, desdoblado con cuidado una de las cartas cuyo ajado papel parece querer deshacerse entre sus dedos–. Mira, esta fue enviada desde Valencia el 15 de octubre de 1921, eso quiere decir que regresó a España, aunque por lo que cuenta estaba enfermo.

Antonio se desplaza hasta su ordenador y abriendo una carpeta titulada RIF, muestra a su amiga una noticia publicada en un diario valenciano el 25 de noviembre de 2013 que lleva por título “Héroes enterrados en el Cabanyal – Los cuatro olvidados de la guerra del Rif”:

- Mira, aquí hablan de cuatro soldados que murieron en Valencia pocos meses después de la batalla de Annual. Como los hospitales de Melilla no daban abasto para acoger a tantos heridos, durante los meses posteriores a la batalla se fletaron varios barcos hacia los principales puertos de la península para darles traslado. Concretamente en El Cabanyal, un barrio pescador de Valencia, la Cruz Roja ya atendía a las víctimas que llegaban de Marruecos desde los inicios de la contienda, en las lonjas del Progreso Pescador y en la del Pescado. Sus amplias naves fueron utilizadas como improvisados hospitales. Lee aquí.

- “*Higinio Fernández Martínez, de Zamora*, – comienza Paqui en voz

alta – falleció el 19 de noviembre de 1921, con apenas 22 años, por culpa de una endocarditis, incurable entonces. Poco después, el 21 de noviembre, hacía lo propio Martín Serrón Martínez, natural de Murcia, con 21 años, debido a una bronconeumonía. Por el mismo motivo murió el mes siguiente, el 6 de diciembre, Ildefonso González Hernández, nacido en Salamanca 22 años antes. Un poco más tarde, el 4 de abril de 1922, se le apagó la vida a Lorenzo Gutiérrez Vergara, de 24 años y nacido en Melilla. Según el certificado de defunción, por una trombosis pulmonar. Los cuatro se despidieron de este mundo...”

- Lo que sigue ya te lo he resumido yo –la interrumpe Antonio–. Y más adelante insinúa que la posible causa de la muerte de los cuatro por enfermedades respiratorias podría deberse al uso de armas químicas en la zona del enfrentamiento.

- Eso es algo que no ha sido nunca reconocido oficialmente, según creo.

- Oficialmente no, pero hay testimonios de observadores y pilotos que afirman haber participado en la dispersión de gases tóxicos contra la población civil a partir de 1921, frases en la correspondencia de altos cargos militares y periódicos de la época en los que se justifica su uso, y evidencias de la compra de estos productos a Alemania.

- Desde el principio se ha echado mucha tierra sobre este conflicto por

parte de los diferentes gobiernos, –corroboración Paqui–, supongo que para encubrir la desastrosa actuación y los continuos errores que se produjeron en él, que involucraban incluso al mismo Alfonso XIII.

- Bueno, pero no nos dispersemos que lo que quiero enseñarte es otra cosa –dice el bibliotecario abriendo un documento en pdf, titulado: “El Palau del Peix, La joya del Cabanyal” fechado en 2009, y desplazándose con el cursor hasta su página número cuatro–. En este otro documento dice:

- “[...] *Hospital de sangre. Los heridos españoles eran muchos y la infraestructura melillense no daba de sí [...] se respiraba un ambiente popular muy curioso: ante la visión de unos soldados españoles heridos lo prioritario era atenderles con cariño, como héroes, olvidándose de los políticos que los habían metido en la refriega [...]*” bla, bla, bla... –acelera Antonio– aquí: “[...] *De hecho los cinco soldados enterrados en el cementerio de El Cabanyal son fallecidos en el hospital de El Progreso [...]*”

- Un momento, ¿has dicho cinco soldados? –apunta la estudiante.

- Sí, cinco –responde él con una extraña sonrisa.

- Pero anteriormente me habías hablado solo de cuatro...

- Algo falla, ¿verdad? Llamé a un amigo de Valencia, que me tomó por loco cuando le pedí que se acercara al cementerio de El Cabanyal, buscara una tumba que se encuentra situada entre la de Mariano Benlliure y El Doctor

LLuch en la que debían estar enterrados unos cuantos soldados fallecidos en 1921, y anotara sus nombres.

- ¿Y la encontró?

- Sí. Dice que las inscripciones eran ya casi ilegibles pero anotó lo que entendía. Había cinco nombres. Los cuatro primeros coincidían con los del artículo que te he leído y esto es lo que pudo anotar con respecto al que nos faltaba: AN C O BAL RO SAN Z

Tras estudiar la letras sueltas durante unos minutos intentando darles sentido, y tras varios intentos fallidos, Paqui lee dubitativamente:

- A-ni-ce-to Ca-ba-lle-ro Sán-chez ¡Es el que firma estas cartas!

- Flipante ¿no? Pues aún queda otra cosa que me ha dejado intrigado y que, ya puestos, no quiero dejar pasar. Mira todo lo que dice en esta.

- A ver... –dice ella reclinándose cómodamente en la silla, dispuesta a disfrutar del contenido de la misiva.

“Querida Catalina:

No puedes imaginar la alegría tan inmensa que he sentido al recibir noticias vuestras después de tanto tiempo sin saber de vosotros. Me siento tan cerca y a la vez tan lejos de los míos. No pienso en otra cosa que no sea en recuperarme pronto de esta larga enfermedad que me tiene preso en este hospital y que no me deja descansar ni de noche ni de día. Ansío con todas

mis fuerzas volver a casa para abrazaros a todos, continuar con mi antigua vida y olvidar el calvario que me ha tocado en suerte. Pero no quiero agobiarte con mis pesares.

Imagino lo mal que debe estar pasándolo madre con la vejez del abuelo.

Debe ser muy duro que tu propio padre no te reconozca y que a veces incluso te llame con el nombre de tu madre, además de tener que cuidarle casi como a un niño pequeño. No sabía si reírme o llorar con algunos de los desvaríos que me relatabas. Ha debido sufrir mucho durante los días que estuvo desaparecido, como me dices, pero afortunadamente apareció ileso aunque no sea capaz de recordar dónde ha estado.

Creo que madre, con todos mis respetos, también está haciéndose algo mayor y tiene rarezas de vieja. No comprendo por qué no ha querido hacer caso de la herencia que, según me cuentas, le comunicaron que existía a nombre del abuelo. Por muy lejos que estén las fincas y por muy delicado que esté el abuelo, no son razones para despreciar unos bienes que, si bien no nos son imprescindibles para subsistir, podrían ayudar a la economía de la familia si pudiésemos conseguir una buena renta por ellos. Tan pronto como regrese, convenceré a madre para personarnos allí y reclamarla.

Después de estar tan lejos de casa durante tanto tiempo, la distancia no me asusta, te lo aseguro. [...]”

Isabel no ha sido capaz de aliviar con el llanto la desolación que le ha causado la muerte de su padre. Tal vez después de sufrir la pérdida de un hijo se produce una inmunización frente a cualquier aflicción posterior, piensa. Recuerda sorprendida la facilidad con la que desahogó su congoja al despedirse de su madre hace casi una década, y le parece que hubieran pasado siglos desde entonces. La súbita e inesperada desaparición de D. Fernando, al que por diferentes razones se sentía mucho más ligada que a ella, le ha producido una fuerte conmoción pero no ha sido capaz de derramar una sola lágrima. Lleva años ignorando lo que la hiere, que aparenta así desaparecer, sin ser consciente de que realmente todo va quedando dentro, entrelazándose, enquistándose y carcomiéndola. Se ha esmerado en aprender a encubrir sus emociones para guardar la compostura y disimular ante los demás sus sufrimientos, y ahora que todos la observan esperando que muestre su pena, ha olvidado cómo hacerlo.

Vuelve de la calle desatando el lazo de seda negro de su capota y abriendo los cuatro botones en azabache de su gabán en el propio zaguán, para desprenderse de ellos antes incluso de pisar el umbral de entrada a la casa. La repentina llegada del calor la hace venir sofocada. Sale a su encuentro una de sus sirvientas anunciándole en voz baja que tiene una visita,

a la vez que recoge las oscuras prendas que le tiende su ama.

Un hombre moreno, ataviado con un sencillo traje de pana negro, la espera observando los cuadros del recibidor y se gira al oír la entrar. El choque de sus miradas muestra el torbellino de emociones que invade a ambos.

- Buenas tardes, señorita Isabel –saluda él formalmente–. Le acompaño en su pena.

- Gracias Manuel –responde ella algo incómoda–. Cuánto tiempo...

- Más del que yo hubiera querido...

En ese momento irrumpe en la estancia un niño de unos ocho o nueve años de edad correteando entre ellos, seguido al momento por su niñera que se disculpa ante la señora por la interrupción. Isabel regaña al diablillo por su impropia conducta, pidiéndole que salude al recién llegado como es debido, al tiempo que este observa cautelosamente al pequeño dibujándose en su cara una mueca de duda que le empuja a preguntar entrecortadamente:

- ¿Es...?

- Vayamos a un lugar más tranquilo –corta Isabel, dando instrucciones al aya para que se ocupe del niño y haciendo pasar al visitante a su gabinete, que está situado junto a su dormitorio.

Una vez dentro, y tras haber cerrado la puerta, responde:

- Es mi hijo, Juan Fernando, y también tengo una niña dos años menor que él, María de los Ángeles.
- ¿Pero el niño es...? –insiste él, sin atreverse a formular completamente la pregunta.
- No –contesta Isabel intentando controlar un dolor olvidado que está renaciendo en sus entrañas–. Murió al poco de nacer.
- Lo siento.
- Es duro decir esto, pero tal vez haya sido mejor así –argumenta ella con frialdad sin ser capaz de mantener la mirada frente a aquellos ojos negros que otrora la cautivaran.
- Mientras el señorito Fernando vivía mis padres no me permitieron volver a casa –se justifica él–. Ahora se han hecho mayores y me necesitan, por eso he decidido trasladarme con mi familia a la hacienda. Yo también tengo tres hijos, –se siente obligado a confesar–, el más pequeño aún no ha echado a andar.

Manuel cree percibir una punzada de pena en la cara de Isabel, no sabe si por la alusión a la ausencia de D. Fernando o por la noticia de su paternidad, y ante su silencio prosigue:

- Al principio estaba muy asustado y me fui lo más lejos que pude, pero enseguida me entraron ganas de volver, no pensaba en otra cosa... Cuando

supe de la boda me fui para la finca y mi madre me echó de allí a la fuerza.

“Que tú no conoces al señorito Fernando... Que está hecho una furia... Que juró matarte... Que no te ha perdonado, lo veo en sus ojos cada vez que me mira...” –me decía–. Y tuve que irme otra vez. Pero ahora quiero quedarme.

- Éramos unos niños y hace ya mucho de aquello –interviene

Isabel, distante, tratando de quitarle importancia a un hecho que marcó sus vidas y que percibe ahora muy lejano.

- Pues, sí –asiente él con un halo de melancolía–. Mi intención es ayudar a mis padres en las faenas de la finca y darles el relevo pero parece ser que D. Pascual quiere echarnos de allí –anuncia finalmente desvelando la verdadera razón de su visita.

- ¡Eso no es posible!

- Bueno, creía que estaría al corriente... –dice utilizando la tercera persona del singular con cierta ambigüedad y sin ser capaz de emplear el usted con naturalidad.

- No sabía nada, pero no puede hacer eso. No te preocupes, hablaré con él hoy mismo.

- Dicen las malas lenguas que pretende vender la propiedad.

Su conversación queda interrumpida al abrirse la puerta lateral que comunica con el dormitorio, en la que aparece Pascual Ayuso que entra en la

habitación mirando a Manuel con desprecio.

- ¿Quién es este? –pregunta lanzando una mirada acusadora a su esposa—. ¿Y qué hace aquí?

- Soy Manuel –se adelanta a responder el intruso sin especificar nada más por miedo a perjudicar la razón que le ha llevado allí—. Ya me marchaba, mucho gusto.

Y observando la incomodidad de la señora de la casa añade:

– No hace falta que me acompañen, conozco el camino.

Tan pronto como encaja la puerta, las voces del matrimonio mueren tras ella, pero al pasar junto a la entrada del cuarto contiguo, estas recobran vida llegándole con plena claridad a través del paso que lo comunica con el gabinete, que ha quedado sin clausurar al igual que el que da al pasillo en el que se encuentra Manuel. El corredor está desierto y la curiosidad le lleva a quedarse un rato escuchando para comprobar si Isabel expone a su marido su demanda y cuál es la reacción de aquel, pero la conversación comienza a girar en otro sentido. Pascual Ayuso comienza a imprecisar a su mujer con insultos y malas maneras, a las que ella responde lacónicamente, como si estuviera acostumbrada a ello. Por su forma de hablar, arrastrando las palabras y con ciertas dificultades en su pronunciación, el visitante deduce que no está completamente sobrio y cree llegado el momento de marcharse

preocupado porque puedan descubrirlo. En ese instante llega a sus oídos un fuerte golpe, seguido de amargos lamentos, y algo le empuja a volver accediendo directamente a través del cuarto que se encontraba abierto. Descubre al Sr. Ayuso golpeando a Isabel con violencia y, al intentar detenerle, ambos se enzarzan en un forcejeo que acaba con el agresor en el suelo. Pasado el primer momento de sorpresa, este se incorpora lentamente, con cierta dificultad, y elevando una silla por encima de su cabeza se abalanza de nuevo contra Manuel que se halla distraído atendiendo a la agredida. Un grito de ella lo alerta, y consigue evitar su ataque a tiempo empujándole con fuerza. El equilibrio de Pascual no pasa por su mejor momento y cae estrepitosamente golpeándose la cabeza contra un parapeto metálico situado frente a la chimenea. La sangre comienza a brotar inmediatamente a través de la brecha que se ha abierto en ella como impulsada por una bomba a presión, formando un gran charco escarlata que se desliza con suavidad sobre la alfombra.

32

- Hola Antonio –se escucha decir a Paqui al otro lado del auricular–.

Dime.

- Buenas... Te llamaba para ver si sigue en pie tu invitación de pasar algunos días en tu piso en Úbeda...

- Por supuesto, ya te dije que tenemos una habitación libre y que estoy dispuesta a hacer de guía turística para ti.
- Tengo que coger las vacaciones que me quedan antes de fin de año y he pensado que puede ser una buena forma de aprovecharlas. Además quiero enseñarte algo...
- ¿Has descubierto más cosas sobre tus antepasados?
- He encontrado algo que quiero enseñarte personalmente. No sería lo mismo si te lo dijera por teléfono.
- ¡Vaya! Ya me dejas intrigada... –responde ella modificando su tono para fingir enfado—. Pero yo también tengo noticias para ti, estaba pensando en llamarte, pero ahora te vas a quedar con las ganas y así no te echas atrás y vienes seguro.
- Eres muy vengativa –bromea Antonio—. ¿Hay buena combinación de autobuses para llegar? Es que sigo sin coche...
- Buff, hay un autobús directo a diario pero vas a perder dos días de viaje, uno para la ida y otro para la vuelta. Tarda casi seis horas porque va parando en todos los pueblos. En coche son solo tres horas y media.
- Bueno, ya veré cómo me las arreglo. Cuando sepa lo que voy a hacer te aviso.
- Okey.

--∞--

Mientras conduce un Opel Corsa de alquiler en dirección al deslumbrante ocaso, cuyo intenso destello dorado no consigue evitar ni con las gafas oscuras ni con los parasoles, Antonio va recordando detalladamente cómo llegó a sus manos su último descubrimiento y el trayecto se le hace aún más largo ante la impaciencia que siente por compartirlo:

Una vez desalojado su contenido, por fin había encontrado el momento de comenzar el trabajo con el viejo baúl. Empezaría por retirar el revestimiento de papel pintado del interior que estaba totalmente descolorido y lleno de manchas amarillentas de humedad. En las zonas donde se había despegado, se había roto desapareciendo por completo y dejando ver la madera carcomida que se escondía detrás. Lo reemplazaría por uno autoadhesivo con efecto aterciopelado que había adquirido en la ferretería tras cavilar durante un buen rato sobre cuál sería el color más apropiado. Su primera opción fue el rojo, pero al verlo le pareció demasiado chillón y se decantó por el verde, sin embargo, al imaginar el efecto, le recordó a una mesa de billar y tampoco le convenció. La variedad no era mucha, y finalmente optó por un azul intenso que consideró muy elegante. Al despegar los restos del viejo papel del fondo observó que las tablas estaban rotas y se dio cuenta de que la labor no iba a ser tan fácil como suponía. Tendría que

sustituirlas por otras nuevas. Dio la vuelta al mueble para trabajar desde el exterior y comprobó con sorpresa que la madera estaba en perfecto estado. Volviendo a colocarlo en posición vertical, inspeccionó el hueco percatándose de que las tablas que estaban estropeadas correspondían a una especie de bandeja que encajaba perfectamente en el perímetro rectangular, a cuyos lados quedaban los restos deshilachados de unas cintas de color indefinido que servirían sin duda para alzarla. Buscó las herramientas idóneas para hacer palanca sin estropearla y, tras no pocos esfuerzos, consiguió retirarla. Bajo ella encontró un pequeño compartimento que era como un doble fondo en el que aún quedaban unos cuantos papeles más. “Vaya, esto no tiene fin”, –pensó–, dejándolos a un lado para clasificarlos después. Cuando más tarde emprendió la tarea de selección encontró algunas escrituras de propiedad, muy antiguas, y una carta lacrada remitida desde Jaén. Aunque Paqui le ha dado las referencias precisas para llegar a su casa sin dificultad, la noche hace más difícil orientarse y tal vez se ha saltado uno de los cruces porque se ve abocado al casco antiguo de la ciudad. Las estrechas calles, el suelo adoquinado, los discos indicando la prohibición de aparcar y parar, y las leyendas indicando, “zona monumental”, no dejan lugar a dudas. A su derecha se encuentra un edificio con cuatro banderas sobre la puerta que debe ser el Ayuntamiento y junto a él, rodeando una gran plaza, hay varias

construcciones intensamente iluminadas que muestran sus ancestrales fachadas de piedra amarillenta. Una vez que consigue alejarse del centro decide pedir ayuda a una pareja que pasea por la acera y que, muy amablemente, le indican cómo llegar a su destino.

Tras los correspondientes saludos de rigor y una somera descripción de las dificultades que ha tenido para localizar el piso, su amiga le acompaña hasta un pequeño cuarto donde le informa que puede dejar su equipaje.

Antonio no puede evitar pensar que esa era la habitación del italiano, con el que estaba seguro que ella había mantenido algún tipo de relación más allá de la simple convivencia como compañeros de apartamento, pero decide desalojar los fantasmas de su cabeza y disfrutar de su estancia allí como vaya surgiendo, sin crearse expectativas. Dado que se le ha hecho muy tarde para llegar y viene muy cansado, acuerdan tomar algo para cenar allí mismo y no salir esa noche, para empezar su recorrido por la ciudad al día siguiente a buena hora, pues su anfitriona pretende no dejarse un solo rincón sin visitar y le ha preparado un itinerario completo, tanto de la Úbeda monumental como de la gastronómica y lúdica.

La compañera que reside con Paqui se marcha los fines de semana a su pueblo, por tanto tienen la vivienda para ellos solos y, cómodamente sentados en el salón ante una taza de café, Bayona expone a la becaria las

circunstancias que le llevaron hasta su reciente hallazgo y le muestra el contenido de la misiva lacrada:

- Esta carta era seguramente de la que hablaba Aniceto cuando le escribió a su hermana desde el hospital de Valencia –apunta la estudiante–. Fue enviada en mayo de 1921.

- Sí. Como ves, en ella informan a su abuelo, Pedro Sánchez, que ha heredado una propiedad en la provincia de Jaén y le requieren para presentarse a firmar la aceptación de la herencia y comenzar las gestiones necesarias para que pueda ponerse a su nombre.

Paqui permanece un rato callada, releendo el papel sepia que continúa entre sus manos.

- Ahora te toca a ti –indica él–. Dime, ¿qué has descubierto?

- Ya no tiene importancia...

- ¿Cómo que no? ¿Qué es?

- Cuando revisé la documentación original sobre el juicio entre la Marquesa de Olmos y el tal Pedro Sánchez Cortés por la propiedad de la finca en La Alquibla, comprobé que efectivamente el nombre y los dos apellidos coincidían con los de tu tatarabuelo por lo que estaba casi segura de que se trataba de la misma persona.

- ¿Y al leer esto has encontrado algo que indique lo contrario?

- En absoluto, como dice aquí la persona que legó a su favor fue Isabel Pérez de Vargas y Blaya, fallecida el 3 de noviembre de 1920, –añade ella en tono solemne–, y esa es “mi” Marquesa de Olmos –sentencia resaltando el posesivo.

33

Dña. Remedios entra al antiguo despacho de D. Fernando y encuentra a su sobrina con la cabeza apoyada sobre la gran mesa repleta de papeles. Se acerca a ella con cautela y esta eleva suavemente su rostro anacarado, delgado en exceso, clavando en ella sus bonitos ojos claros, bordeados ahora por dos grandes sombras oscuras.

- Creía que estabas dormida –dice su tía todavía en voz baja.

- No, solo estaba descansando un poco.

- No comprendo qué necesidad tienes de cargar con todo este lío.

- No venga a sermonearme, que estoy muy cansada.

- No te sermoneo, te digo lo que pienso como se lo diría a mi propia hija.

Además ahora soy tu única familia y es mi obligación aconsejarte.

- Lleva razón, pero me queda mucho por hacer aún y no tengo tiempo para consejos. Seguimos más tarde.

- Más tarde caes rendida en la cama, sales temprano por la mañana y no hay forma de hablar tranquilamente contigo... Veo bien que luches por librar

a ese pobre infeliz de una condena que no merece, te creo cuando dices que la muerte de Pascual fue un accidente y que él solo intentaba protegerte y defenderse...

- Le agradezco que me crea y que me apoye –la interrumpe Isabel–.

Usted sabe bien que mi marido nunca fue demasiado amable conmigo, aunque guardaba las formas, toda su cortesía y sus buenos modales los reservaba para los demás. Pero cuando murió mi padre se transformó, era como si hubiera estado reprimido por él durante muchos años, y al desaparecer desató toda la furia que llevaba por dentro. Quería malvender toda nuestra hacienda para pagar sus vicios, nos hubiera dejado en la ruina a mí y a mis hijos –continúa con voz angustiada–. Aquel día vino bebido y no tuvo reparos en golpearme... Yo no sabía cómo defenderme...

- Lo sé niña, lo sé. Por eso te digo que no veo mal que apoyes su defensa. Pero ¿qué necesidad tienes de ocuparte personalmente de la administración de los negocios? Ni siquiera mi hermano lo hacía. Confiaba en D. Constantino Palacios y era él quien se ocupaba de casi todo, tu padre solo supervisaba y decidía en qué emplear las rentas. Es un buen hombre, leal a la familia, ¿por qué no dejas que lo siga haciendo, por lo menos hasta que tu hijo tenga la edad suficiente? Deja que sea él quien administre tus bienes, como haría cualquier señora de tu clase, y tú ocúpate de tus hijos, que los

tienes abandonados últimamente... Esto no es cosa de mujeres.

- Tía, llevo años muerta en vida, obligada a aceptar lo que otros decidían por mí, pero he despertado y eso no volverá a ocurrir. De ahora en adelante nadie me dirá lo que debo hacer. Soy capaz de ocuparme personalmente de mi herencia y lo haré aunque me cueste la vida.

- Ya veo que no hay forma de convencerte. ¡Qué tozuda eres, por Dios!

- Hasta luego, tía, —dice Isabel cogiendo un lápiz y centrando la vista en el libro que se encuentra abierto en el centro de la mesa—, tengo que seguir trabajando, aún no he conseguido ponerme al día con todos los libros de cuentas.

- Espera, que todavía no he terminado —continúa Dña. Remedios con tono autoritario—. El juicio de Manuel y todo este laberinto de cuentas y negocios te están robando la vida y van a acabar con tu salud, te lo aseguro, pero lo que no consigo explicarme es por qué sigues insistiendo en querellarte con ciertas personas a las que tu padre quiso favorecer por una razón o por otra...

- ¿Por una razón o por otra? —responde Isabel alzando la voz—. La razón que pretenden que acepte es que engañaba a mi madre con otras mujeres, que tuvo hijos con ellas y que quiso dejarles parte de lo que me pertenece por derecho.

- Pero también serían hijos suyos...

- Yo no estoy segura de que lo sean, eso es lo que dicen, pero aún en ese caso, son hijos ilegítimos, frutos del pecado, no se merecen nada... ¿Cómo pudo hacer una cosa así? –exclama dolorida.

- Hija... tu madre estuvo enferma durante muchos años, los hombres son hombres y necesitan su desahogo...

- ¿Usted también tía? ¿También usted lo va a justificar? Eso mismo es lo que leo en la cara de los jueces cada día y lo que me dijo una de esas pobres desgraciadas cuando vino a rogarme clemencia. Pues no la tendré, ¿lo sabe? No la tendré, como tampoco él la tuvo conmigo. Bien sabe usted que he pagado con mi juventud y con mi vida por un pequeño error que he tenido que llevar escondido y sobre mi conciencia desde entonces, aguantando cualquier cosa para ser una buena hija, intentando reparar el daño que le hice. Todo eso, para enterarme ahora que él se permitía cosas peores bajo su máscara de virtud. ¡Y para colmo los demás le dan su aprobación! No, tía, no, yo no voy a ceder ni una parte de lo que me corresponde para justificar esa abominación.

34

Comienzan la visita a la ciudad muy temprano, el firmamento muestra aún sus tinieblas cuando llegan a la puerta de Granada y ascienden en coche

bordeando parte de lo que fuera la antigua muralla medieval, hasta llegar a la Plaza de Santa Lucía donde aparcan para volver a descender a pie en sentido inverso. Arrebujados en sus abrigos para protegerse de la fresca brisa otoñal, contemplan desde su mirador el despertar del día que se asoma tras la Sierra de Cazorla. Frente a la opacidad inicial del negro cielo, la intensidad del azul inmaculado va ganando terreno aclarándose progresivamente y permitiendo vislumbrar con nitidez la corona de algodones que ha quedado enganchada en los picos más altos del lejano macizo montañoso. Las luces van inundando el enorme valle cuyos colores aparecen aún difuminados por una suave bruma baja que se va disipando lentamente, permitiéndoles al llegar a la altura del balcón de San Lorenzo, disfrutar de una hermosa vista del perenne verdor de los olivos que cubre la vega del Guadalquivir, presidida por Sierra Mágina que, no queriendo perderse el espectáculo, recorta de gris el horizonte.

Paqui sorprende de nuevo a su amigo con su conocimiento de la ciudad donde reside desde hace tan solo unos meses, explicándole minuciosamente las características de la arquitectura renacentista de Vandelvira y contándole detalles y anécdotas de los diversos palacios, iglesias y plazas que visitan.

El tiempo parece querer jugar con las sensaciones ese día. Mientras dura el entusiasmo, la concentración y el interés por todo lo que ve y escucha, Antonio tiene la impresión de que transcurre muy lentamente disfrutando

plenamente de cada segundo, en un fluir similar al que se produce en los mejores momentos de la creación artística, cuando todo desaparece, nada importa, el reloj deja su andadura y no se perciben siquiera las necesidades fisiológicas. Pero, cuando ya va cayendo la tarde, y deciden hacer una pequeña parada para tomar algo, toda la excitación de lo vivido cae sobre él haciéndole consciente del cansancio acumulado durante la intensa jornada y pareciéndole, sin embargo, que esta hubiera durado un suspiro.

- ¿Te gusta Joaquín Sabina? –pregunta Paqui cuando salen de la Sinagoga del Agua en dirección a la Calle Real.

- Una vez estuve en uno de sus conciertos. Fue durante una gira en la que actuó exclusivamente en teatros, y fui a verle al Guerra de Lorca con mi madre. Yo era casi un crío. ¿Te acuerdas de la película de los Gremlins?

- ¿Los Gremlins? –dice ella extrañada.

- Bah, es una chorrada...

- Pero, cuéntamelo, ya que has empezado.

- Es que es una película muy antigua... Eran unos animalitos muy monos que si se mojaban se multiplicaban y se convertían en pequeños monstruos...

- Creo que he visto algún trozo, sí. Es de esas películas que ponen todas las Navidades anunciándolas cada año como “Estreno en la 2”.

- No, pero cuando ya pasa tanto tiempo que en los efectos especiales ves incluso la mano del que dirige el muñeco, entonces la siguen poniendo igual, pero son “Los clásicos de Antena 3” –continúa con la broma Antonio.

- Síííí,... ja, ja.

- Bueno, pues en esa peli hay una escena, que no sé si te sonará, en la que se ve una sala de cine que ha sido invadida por los gremlins. Están sentados en las butacas, tirándose palomitas y haciendo barbaridades, hasta que empieza la película de Blancanieves y todos comienzan a balancearse como locos de un lado a otro al son de la música de los enanitos –le explica haciendo una pequeña pausa para ver si ella le sigue–. Pues eso mismo parecíamos todos los que estábamos en aquel pequeño teatro cuando empezó a sonar la canción del Pirata. Habíamos estado reprimidos todo el concierto, sin poder movernos de los asientos, y ahí ya se nos fue la pinza.

- La deeel pirata cojo, con paaata de paaalo, con parche en el ojo, con caaara de maaalo –canta Paqui, a la vez que mueve exageradamente la cabeza de un lado a otro siguiendo el ritmo, y demostrando que se imagina perfectamente la escena–. Voy a llevarte a un sitio curioso. ¿Sabes que Sabina nació aquí?

Mientras toman una cerveza en una pintoresca taberna, repleta de fotografías del cantante, llamada Calle Melancolía, vuelve a salir el tema de

la herencia de la Marquesa de Olmos:

- Pues algo se nos escapa... –piensa en voz alta Antonio.
- No comprendo por qué luchó contra él durante años por conseguir la propiedad de una tierra en Mula, que al final no pudo lograr porque tu tatarabuelo demostró que no le correspondía, y cuando muere le deja en herencia otra finca en Jaén –corroboras su amiga.
- Tal vez se arrepintió y quería compensarlo de alguna manera...
- No creo que fuera ése el carácter de la Marquesa. Como muchas de las personas poderosas de su época, y de todas, era capaz de los actos más sublimes y a la vez de los más viles. Tenían una cultura y una preparación superior al resto de sus paisanos lo que les hacía percibir cosas que los demás no veían, pero, por otro lado, su educación les hacía sentirse por encima de los demás y con derecho a ciertas cosas no del todo éticas. De la documentación con la que yo he trabajado se desprende que se trataba de alguien implacable a la hora de defender lo que consideraba suyo y no me la imagino cediendo sus posesiones por razones tan poco materiales.

35

El lunes por la mañana Bayona decide dar un paseo en solitario con la idea de hacer tiempo hasta la hora de comer. La becaria ha tenido que asistir al trabajo en el archivo y han quedado en verse a la salida, pues piensan

aprovechar la tarde juntos. No ha descansado muy bien, además de las molestias propias de dormir en un lugar extraño, ser consciente de la proximidad de Paqui, saber que solo un pequeño tabique les separa, y plantearse qué es lo que le impide atravesarlo, le mantiene alterado desde que llegó, sin permitirle relajarse y conciliar correctamente el sueño. Se dirige hacia la Plaza Vázquez de Molina, y vuelve a disfrutar de la sensación de haberse trasladado al siglo XVI. Contempla de nuevo la equilibrada fachada del Palacio de las Cadenas, emplazamiento actual del Ayuntamiento, la impresionante envergadura del Palacio del Deán en el que se ubica El Parador Nacional, y la regia portada renacentista de Santa María de los Reales Alcázares; pero se encamina hacia la Capilla de El Salvador situada al fondo de la plaza, construida para albergar los restos funerarios de Francisco de los Cobos, secretario personal de Carlos V, y de su familia. El edificio se compone de una nave central de techo abovedado con seis capillas a los lados, separadas de esta por grandes arcos de medio punto, en cuya cabecera destaca la reja dorada que delimita la entrada al recinto circular del altar mayor, cubierto por una gran cúpula encasetonada que recuerda al Pantheon romano, y bajo la cual se encuentra la cripta de la familia De los Cobos. Una vez dentro, Antonio circula lentamente por la silenciosa nave, iluminada únicamente por la luz matizada que se cuela por las vidrieras,

escuchando el eco de sus propios pasos y aspirando el característico aroma del incienso. Gira hacia la derecha a la altura del tercer arco quedando frente a la capilla de los Marqueses de Olmos. Si Francisco de los Cobos y su descendencia, Marqueses de Camarasa desde 1543, quisieron dejar plasmado su poderío construyéndose aquel impresionante monumento funerario, no quiso ser menos la familia Pérez de Vargas, Marqueses de Olmos, que consiguieron instalar también su enterramiento dentro del mismo edificio, dos siglos más tarde. Antonio observa el retablo barroco que adorna la capilla con una imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, bajo la cual se encuentra un altarcillo de mármol rosado con el cuadro de armas de los Pérez de Vargas labrado en el centro. Posa sus ojos en la blanca lápida de piedra que se encuentra a sus pies, en la que reza: *Isabel Pérez de Vargas y Blaya – 1837–1920 –Tus hijos que no te olvidan– Juan Fernando Ayuso y Pérez de Vargas – María de los Ángeles Ayuso y Pérez de Vargas –* Va rematada en la parte superior con el escudo partido de la V Marquesa de Olmos, bajo cuya corona marquesal se pueden distinguir claramente las tres ondas del linaje de los Pérez de Vargas y el grifo del de Blaya, mientras que las dos cruces de Calatrava y cinco flores de lis tan solo se intuyen; aunque ahora él es capaz de identificarlas gracias a las explicaciones que su amiga le había prodigado el día anterior.

Mientras comen en un pequeño bar, famoso por su tapas, Paqui le anuncia que ha quedado con una persona en Jaén que tal vez pueda ampliar lo que saben sobre la Marquesa de Olmos.

- Si hay alguien que sepa sobre historia en la comarca, es Pablo Martínez. Es Doctor en Historia por la Universidad de Jaén y ha dedicado toda su vida a la investigación. Es un bibliófilo declarado que posee una impresionante biblioteca con ejemplares originales de todas las épocas –le explica–. Es un defensor apasionado del patrimonio, especialmente del ubetense por haber nacido aquí. Cada vez que sabía que se iba a hacer reformas o restauraciones en edificios antiguos, allí estaba él para supervisar lo que podía aparecer e intentar que no se cometieran barbaridades. De este modo también adquirió mucha documentación que salvó de la quema o el vertedero.

--∞--

Pablo Martínez es una persona muy singular, comparable a un recipiente rebosante de conocimientos que necesita derramar continuamente con el fin de dejar capacidad para otros nuevos. Su forma de ser no deja indiferente a casi nadie. Los que lo miran desde muy abajo se dividen en dos bandos: quienes hacen profesión de fe de todo lo que dice y quienes rebaten cualquiera de sus afirmaciones desde la necedad que provoca la envidia; los

intermedios lo admiran e intentan aprender de todo lo que dice y escribe, tomándole como ejemplo y disculpando sus fallos, pues derecho tiene de tenerlos como todo ser humano; y por último están sus iguales, los que son capaces de tratarle de tú a tú, que lo alaban públicamente pero en realidad intentan mantenerse bien alejados por miedo a que les haga sombra.

Los recibe en una de las dependencias de su inmensa biblioteca que utiliza como despacho y sala de lectura. Tiene una forma muy peculiar de hablar y es difícil seguirle porque salta sin darse cuenta a través de los siglos, de los desmanes cometidos en la guerra civil, a los impresionantes descubrimientos arqueológicos de los últimos tiempos, pasando por la falta de higiene en las ciudades medievales o las fantásticas obras de ingeniería musulmana, como si sus oyentes fuesen conocedores de los grandes hechos históricos de cada una de las épocas y también de los pequeños. Suele acabar sus explicaciones con un “¿no os parece?”, que no es una pregunta, aunque pueda parecerlo, pues todo lo que dice sienta cátedra, sino una forma de confirmar que sus interlocutores no se han perdido en el hilo de sus razonamientos. Antonio y Paqui intentan guiar la conversación hacia el tema que les ha llevado allí, pero él no parece darse cuenta y vuelve a dispersarse dirigiendo su discurso hacia los temas que le preocupan en ese momento. Tras una hora escuchándole sin haber logrado averiguar nada nuevo sobre

Isabel Pérez de Vargas, les pide que le disculpen pero debe dejarles porque le esperan en la Universidad para dar una charla. La pareja ya se dispone a marcharse algo decepcionada, cuando comienza a contarles cómo se hizo con todos los libros y documentación de la biblioteca de la familia Palacios.

- Los herederos de D. Jerónimo Palacios, reputado abogado y hombre muy culto, hijo de D. Constantino Palacios, que también se dedicaba a la abogacía y de quien heredó gran parte de su clientela, habían vendido la casa en la que ambos vivieron y en la que se encontraba también el despacho donde desempeñaban su labor. Al desalojarla iban a deshacerse de toda su biblioteca y su archivo. A esta gente les parecía que todo aquello eran papelotes viejos y libros desfasados, sin darse cuenta de que su valor real estaba en la colección conjunta que habían acumulado durante dos generaciones. La ignorancia es muy mala. ¿No os parece? Había muchos libros de Derecho y Finanzas, por supuesto, pero también de otras materias como Filosofía, Matemáticas, Medicina... También algunas novelas y obrillas de teatro –les explica sin parecer tener prisa.

Antonio y Paqui le escuchan con atención sin ser capaces de captar toda la información que les está dando y preguntándose si llegará a tiempo a su cita, que no aparenta preocuparle mucho.

- Iban a destruirlo todo sin miramientos –continúa–. Yo me traje a casa

todas las cajas que tenían preparadas para tirar, tal cual, libros y documentación, todo mezclado. Mi mujer casi me echa cuando me vio aparecer con ellas. ¡Es una santa! ¡Qué paciencia tiene conmigo! Entonces vivíamos en otro sitio mucho más pequeño y tuve que meterlo todo en un trastero en espera de tener tiempo para clasificarlo.

Los dos amigos asienten sin saber qué decir ante su torbellino de palabras. Pablo se disculpa y sale un momento de la habitación, instante que ambos aprovechan para lanzarse una divertida mirada cómplice. Su anfitrión vuelve al poco con una funda transparente de archivo de la que extrae un abultado sobre.

- Por lo que me habéis contado creo que tengo aquí algo que podría interesaros –les dice ante su sorpresa, pues ambos creían que no había escuchado una sola palabra de lo que ellos le habían expuesto durante la visita–. Los Palacios, tanto el padre, como posteriormente su hijo D. Jerónimo, fueron los asesores de los Marqueses de Olmos, y entre la documentación de la que os he hablado se encontraba esta curiosa carta que tal vez os interese.

Saca del sobre unos cuantos folios plegados en cuatro para alcanzar el tamaño de su envoltorio y, desdoblándolos con mimo, muestra a los jóvenes una misiva manuscrita con tinta azul a doble cara. La letra es clara y firme,

no muestra tachones ni enmiendas, la firma Isabel Pérez de Vargas y Blaya, y comienza así:

“Querido Pedro:

Supongo que habrá sido para ti una gran sorpresa tener noticias mías después de tanto tiempo, más aún habida cuenta de los desafortunados sucesos que nos enfrentaron en el pasado. Siento mucho todo lo ocurrido entonces, yo estaba equivocada y no sabía de tu vinculación con Antón y Manuela, dos personas a las que debo mucho y a las que me une una relación muy especial.”

No pueden leer más porque Pablo Martínez mira apesadumbrado su reloj y les despide cortésmente con un simple apretón de manos, disculpándose, pues ya llega con retraso al evento en la Universidad. Sin embargo, les promete escanear el documento, de cuyo original no tiene intención de desprenderse siquiera momentáneamente, y enviárselo por correo electrónico al día siguiente.

36

Isabel recibe a su visitante en el zaguán pues no está dispuesta a permitirle siquiera el acceso a su vivienda. Ha sentido la tentación de no consentir en verle pero, finalmente, ha considerado que podía ser una buena oportunidad para tantear a su adversario.

Al mirarle por primera vez se sorprende de su juventud, aparenta ser aún casi un adolescente. Esperaba a alguien un poco mayor, pero descubrir en él los mismos ojos verdes de D. Fernando no hace más que confirmar sus sospechas y reforzar su convencimiento sobre la conveniencia de su particular cruzada.

El chico le explica que ha decidido entrevistarse con ella para intentar poner fin a su disputa, rogándole que le escuche, ante la despechada actitud que observa en la Marquesa.

- Hubiera querido venir antes pero mis padres no me lo permitieron.

- Hicieron bien, de poco hubiera servido, además deberían haberte aconsejado mejor y recomendarte desistir de tus pretensiones –responde ella.

- Mi padre ha muerto recientemente y por ello me he decidido a viajar hasta aquí –continúa él ignorando sus palabras–. Siempre decía que no comprendía cómo podía haber cambiado usted tanto.

- ¿Qué podía saber él sobre si yo he cambiado o no? –exclama ella–. Además, ¿de qué me conocía para atreverse a hacer esas apreciaciones?

- Nunca me lo explicó exactamente, pero parece ser que la conocía desde niña, cuando él y mi abuelo hacían tratos con el señor Marqués, pero siempre se negó a hacer valer ante usted ese hecho, que yo creo que nos hubiera ayudado a entendernos.

- ¿Y quién era ese que decía ser tu padre? –pregunta ella aludiendo veladamente a la dudosa paternidad de quien quiera que fuese.

- Soy hijo de Antonio Sánchez, más conocido como Antón, el de La Casa Liendre, y mi madre es Manuela Cortés.

Una sombra de duda cruza el rostro de Isabel antes de argumentar:

- Pero Antón vivía en nuestra finca del Campo de Cagitán... Cuando su hermano Roque me hizo una oferta para comprarla se la vendí sin dudar, a pesar de que el precio que me ofrecía era muy inferior al que yo consideraba justo, porque pensaba que toda la familia seguía allí. Ciertamente les conocía desde muy pequeña, se portaron muy bien conmigo en un momento en que yo los necesité y consideraba que tenía una deuda pendiente con ellos.

- Mi tío Roque sigue viviendo en Cagitán pero yo me he criado en La Retamosa. Mis padres se trasladaron allí cuando el señorito D. Fernando les arrendó la finca de La Alquibla, como ustedes la llaman, que más tarde pasó a ser mía por un acuerdo firmado entre ellos, y que usted se niega a aceptar.

Si lo que decía era cierto, todo el castillo de naipes que había construido en su cabeza para explicar el interés que su padre tenía por Pedro Sánchez Cortés se venía abajo. Pondría su mano en el fuego para afirmar que nunca hubo ningún tipo de relación carnal entre Manuela y D. Fernando, con lo que todos estos años de lucha habrían sido un tremendo error.

- Necesito comprobar la veracidad de lo que me has dicho y pensar en ello –arguye, algo confusa, como vía de escape–. Te haré llegar una respuesta.

Pedro le tiende la mano para despedirse, y la montera que había estado estrujando sin percatarse durante toda la conversación, cae accidentalmente al suelo. Cuando se agacha para recogerla, la luz del sol se refleja sobre un pequeño colgante que se balancea pendiendo de su cuello y cuyo destello atrae la atención de la Marquesa de Olmos. Al incorporarse de nuevo, y mientras sus manos se estrechan, Isabel escudriña la pequeña joya de oro que descansa ahora sobre el pecho del muchacho para cerciorarse de que sus ojos no la engañan. Se trata de una pequeña Cruz de Caravaca mutilada en su parte inferior. Al preguntarle por su procedencia, él responde, llevándose la mano hasta ella y asiéndola con fuerza:

- No me separo nunca de ella. Me la pusieron al nacer para librarme de cualquier mal y me trae buena suerte. Espero que también lo haga hoy.

37

- ¡Qué buena pinta! –dice Paqui a modo de saludo al llegar a su casa y encontrar una colorida ensalada ya dispuesta sobre la mesa de la cocina–. ¡Y huele que alimenta!

- Dime cómo se conecta el gratinador que no entiendo bien tu horno –

responde Antonio atareado en recoger los restos que han quedado sobre la encimera.

- Es cuestión de técnica –tercia ella, girando el mando a la vez que imprime una ligera presión sobre él–. ¿Lo ves?

- ¡Vaya! Qué fácil. Pues yo no atinaba.

- ¿Has visto el correo que te he enviado con la copia del documento que me ha pasado Pablo Martínez?

- Sí, es alucinante –confirma él mientras introduce en el horno la bandeja que acaba de cubrir con queso rallado–. ¿Lo has leído?

- Claro. Estaba deseando llegar para verte... –continúa ella excitada sin poder parar de hablar–. ¡Se me ha hecho la mañana eterna!

- A mí también, si no fuera porque me había comprometido a preparar hoy la comida, hubiera ido a buscarte. Esa carta explica muchas cosas.

- Desde luego, ahora lo entiendo todo. Pero no puedo creer lo que le hicieron a la pobre –comenta Paqui sacando dos cervezas de la nevera.

- Sin embargo, los disculpa en cierto modo...

- Y no sospechó nada... ¿Cómo no se dio cuenta de lo que estaba pasando?

- Porque confiaba en ellos, era casi una niña y estaba viviendo una situación muy difícil.

- Pero me cuesta imaginar que fuesen capaces de algo así.

- Yo creo que es imperdonable, pero como ella misma explica, consideraron que era lo mejor para todos. Lo hicieron pensando en su propio bien –argumenta él.

- ¡Pero le robaron a su hijo! –exclama la estudiante indignada–. No sé cómo pudieron hacer algo tan cruel.

Mientras toman el café en el salón, junto a unos dulces que Paqui ha comprado en la confitería de la esquina, releen juntos el interesante escrito de Isabel Pérez de Vargas que conservaba el historiador.

[...] En aquel momento no sospeché ni por un momento que pudieras seguir con vida. De haberlo hecho hubiera luchado contra todo y contra todos por recuperarte, te lo aseguro [...] – declama Paqui emocionada.

[...] Cuando nos encontramos todo comenzó a encajar de repente, las facilidades que se presentaron para mi huida, el comportamiento de Manuela

y Antón durante mi estancia en Cagitán, la repentina aparición de mi padre en el momento oportuno, la omisión en los libros de cuentas de las rentas generadas en la Finca de la Alquibla, el posterior interés de mi padre en que esta pasara a ser de tu propiedad, y los reparos de quienes te criaron para que nos viéramos, temiendo, sin duda, que descubriera la verdad y te separara de ellos. No soy capaz de encontrar las palabras apropiadas para

explicar lo que sentí cuando fui consciente de la verdad [...]

[...] Con el paso del tiempo, y desde la perspectiva que proporciona la edad y la experiencia, fui comprendiendo que se vieron obligados a tomar decisiones difíciles en aquel momento y que lo hicieron pensando en nuestro futuro. De haber nacido en mi casa hubieras estado condenado a la intolerancia de los de mi clase, siendo siempre señalado con el dedo como el hijo ilegítimo de la heredera del Marqués de Olmos; hubieras debido soportar el rechazo de todos sin ser culpable de nada. Por otro lado, para mi

padre era vital salvar mi reputación [...]

[...] En la familia de Antón viniste como caído del cielo, fuiste un hijo deseado, pudiste ser feliz, eran buenas personas y aún después de todo lo ocurrido, sigo estando agradecida con ellos por todo cuanto hicieron por ambos. Además, entre mi padre y él intentaron dejar atados todos los cabos para poder criarte sin privaciones y para que pudieras recibir una correcta educación. [...]

[...] Desde entonces he velado por tu bienestar a pesar de la distancia, aunque no me ha sido necesario intervenir. Me consta que has sabido gestionar con cabeza tus bienes, permitiéndote incluso ampliarlos, que tuviste suerte al elegir esposa y que formáis una familia próspera [...]

[...] Siento el dolor que lo que hoy te cuento pueda causarte, pero

considero que debes conocer la verdad y yo necesito aliviar ese peso de mi alma para que esta pueda partir de este mundo en paz. [...]

38

No ha sido fácil dar con la situación exacta de las tierras que la Marquesa de Olmos dejó en herencia a su tatarabuelo, pero por fin están allí. El viaje hasta el corazón de la Sierra de Segura se presenta como el colofón perfecto para la intensa semana que han vivido juntos.

Durante el camino han venido conversando sobre la vida de Isabel y el mensaje que dejó escrito para su hijo.

- Lo peor de todo es que él nunca llegó a leerlo –había comentado Paqui–. Al principio, le ocultaron la verdad debido a las imposiciones morales de la época de su madre, y al miedo a perderlo de sus padres adoptivos, que intentaron protegerlo a toda costa. Y más tarde, cuando ya estaba enfermo, su propia hija se calla lo de la herencia, y nunca puede recoger la carta que la Marquesa le había dejado contándoselo todo.

- Creo que todos fueron víctimas de las rarezas de su tiempo, pero es una pena que muriera sin saber quién era su verdadera madre –había corroborado él.

Al llegar a su destino, han dejado estacionado el coche a orillas de la estrecha carretera y han continuado a pie hasta la cortijada, dado que el

camino que conduce hasta ella es impracticable. La edificación está completamente en ruinas, el tejado derrumbado solo conserva algunos de sus maderos, del resto no queda ni rastro; casi con seguridad, han debido ser reutilizados para la construcción y rehabilitación de las casas vecinas, al igual que algunas de las mejores piedras que daban forma a sus paredes. La vegetación se ha adueñado del lugar, abandonado desde hace lustros, aunque haya servido como refugio de pastores en diversas ocasiones. Con el paso del tiempo, los límites de las zonas de cultivo han sido absorbidos paulatinamente por las propiedades colindantes, aprovechando que la tierra se encontraba en total estado de abandono. El colorido circundante es maravilloso, los amarillos, dorados, marrones, anaranjados y rojos de los caducifolios pincelan un cuadro impresionista sobre el verde intenso de los pinos, el espejo del río multiplica las formas, distorsionándolas y entremezclándolas con el turquesa del cielo. Una espesa alfombra ocre cubre los pies de los plateados álamos que bordean la senda cercana al cauce, y la bruma de las cimas difumina los contornos de los picos más altos. Tan solo se escucha el fluir del agua, el jugueteo del viento en las ramas más altas y el canto de los pájaros. Antonio y Paqui permanecen mucho tiempo en silencio sin atreverse a romper el embrujo de cuanto les rodea.

Tras un largo paseo por los alrededores, toman asiento bajo un enorme

nogal sobre dos grandes piedras que parecen colocadas allí para ello. Paqui comenta:

- ¿Sabes que existe una leyenda que dice que sentarse bajo un nogal produce dolor de cabeza?

- No lo había oído nunca –responde él.

- Yo creo que la sombra que estos árboles proporcionan durante el verano es tan apetecible que quienes trabajaban en el campo, cuidando de la tierra y de los animales, no podían resistirse a reposar un rato bajo ellos. La única forma de evitarlo, para que no se despistaran en sus faenas, era hacer correr el rumor de que era perjudicial para la salud.

- Desde luego, podía ser una buena artimaña.

- Cuando llamé a Pablo Martínez para darle las gracias, –continúa

Paqui, cambiando de tema–, me contó que Juan Fernando Ayuso, el hijo de la Marquesa de Olmos, estudió medicina, se casó y se instaló en Madrid; la hija se fue a vivir fuera del país tras su matrimonio con un francés, por lo que los dos dejaron de tener lazos de unión con la zona. Mientras vivió su madre, venían de vez en cuando, pero al morir ella, fueron vendiendo las tierras y reinvertiendo el dinero en propiedades inmobiliarias ubicadas en sus lugares de residencia para poder gestionarlas más fácilmente. Isabel Pérez de Vargas favoreció en sus últimas voluntades a otras personas sin que sus hijos

presentaran ningún tipo de demanda u oposición, además los bienes que poseía la familia eran inmensos, por lo que no es extraño que esta finca haya quedado como en una especie de limbo. Habría que ver si el testamento tiene aún validez y, en ese caso, tal vez tengas algún derecho como descendiente directo.

- ¿Y qué iba a hacer yo con todo esto?

- Eso que dices me suena al planteamiento de tu bisabuela... –le reprende ella–, y ha pasado casi un siglo desde entonces. ¿Te imaginas restaurar el cortijo y hacer aquí una hospedería rural? Arreglar el molino y poner unas cuantas cabañas de madera en los alrededores... Ofertar el contacto con la naturaleza, rutas de senderismo, y visitas guiadas a los pueblos más importantes de la zona...

Antonio se lo imagina perfectamente, sus palabras le recuerdan un antiguo proyecto que nunca pudo llevarse a cabo, y se sorprende otra vez de la facilidad con que su amiga se hermana con sus propios sentimientos e ilusiones.

- Sería bonito, pero costaría una fortuna –argumenta él imponiéndose a sí mismo bajar de las nubes.

- Pues yo no lo veo tan difícil, vendes una parte y utilizas el dinero para habilitar la otra. En la vida hay que arriesgarse para disfrutarla, de lo

contrario la habrás malgastado, pero siempre puedes ir a lo fácil, claro, olvidarte de esto y dejar todo como está.

- La semana que viene comprobaré en el Registro de la Propiedad a nombre de quién aparece la parcela. Si sigue a nombre de la Marquesa y nadie la ha reclamado, creo que podría inscribirla a mi nombre incluso si el testamento ya no tuviera validez.

- Infórmate bien, pero creo que llevas razón. Algo así es lo que ocurrió con el Castillo de Mula, que el Ayuntamiento no llevó a cabo ese trámite, y más tarde lo hicieron otros que solo pretendían sacar provecho con su venta y ahora están dejando que se caiga. Pero parece ser que legalmente podían hacerlo al no aparecer en el Registro a nombre de nadie.

- Desde luego es una pena. Es lo que tú dices, cuando alguien tiene algo tiene que velar por mantenerlo –confirma él.

- No dejo de pensar en la historia de Isabel y Manuel. Yo creo que se querían pero no fueron capaces de asumirlo para luchar contra lo que se interponía en su camino. Tal vez por ser tan jóvenes... Pero creo que si hubieran tenido claro lo que querían su historia hubiera sido muy diferente. Es la tercera vez que mencionan la conveniencia de vivir intensamente la vida, de arriesgar, de tener claro lo que se quiere y luchar por ello. Antonio está de acuerdo, aunque no siempre es fácil ignorar los inconvenientes y los

condicionantes. Están muy cerca uno del otro, lleva queriendo hacer algo mucho tiempo, es un deseo que ha ido incrementándose durante los últimos días, y no va a dejar pasar la oportunidad, no, esta vez no. Ella sigue hablando. Mirándola fijamente a los ojos, él ha perdido el hilo de la conversación hace ya rato, extiende la mano hacia su mejilla y, apoyándola en ella acaricia suavemente sus carnosos labios con el pulgar, decidiéndose, por fin, a besarla como si el mundo fuese a acabar en ese mismo momento.

39

- *“Creo que ya sabemos dónde estuvo el abuelo de Aniceto, Pedro, cuando desapareció por unos días”* –Es el mensaje que recibe Antonio por whatsapp unas semanas más tarde junto con una fotografía que identifica como la lápida de la Marquesa de Olmos.

- *“No comprendo”* – Es su respuesta, que, escueta y sin posibilidad de inflexiones sonoras, no es capaz de transmitir el vuelco que le ha dado el corazón al recibir el mensaje de su amiga. Él mismo no comprende cómo cualquier simple frase de ella puede hacerle sentir tan bien.

- *“Olvidaba que tienes un mini-móvil del cuaternario donde no se ven bien las fotos. Te la envío por e-mail.”* – Y añade una carita burlona guiñando

un ojo y sacando la lengua.

Antonio se va hasta su ordenador, accede a su cuenta de correo

electrónico y allí está el mensaje de Paqui.

Al abrir el fichero adjunto que contiene la imagen, comprueba que, efectivamente, se trata de una fotografía antigua de la lápida funeraria de Isabel Pérez de Vargas que se encuentra en la capilla de los Marqueses de Olmos. En ella se puede leer el nombre de la fallecida, el año de su nacimiento y su defunción, y el epitafio que sus hijos le dedicaron:

Tus hijos que no te olvidan

Juan Fernando Ayuso y Pérez de Vargas

María de los Ángeles Ayuso y Pérez de Vargas

Nada que resaltar, salvo que bajo estos nombres alguien ha grabado toscamente en la piedra con algún objeto punzante:

Pedro Sánchez

Antonio coge el teléfono y marca el número de la becaria:

- ¿De dónde has sacado esa foto? –pregunta directamente, sin saludo previo.
- Estoy clasificando la documentación sobre la última restauración que se hizo en la Capilla de El Salvador y me la he encontrado.
- Pero esa última inscripción no estaba cuando visitamos la iglesia.
- No. Por desgracia es común que algunos desalmados deterioren los monumentos y obras de arte con todo tipo de grafitis. Además, no contentos

con eso, dejan plasmada en ellos su firma para la posteridad, hay que ser tonto... —explica ella—. Los restauradores debieron pensar que se trataba de una gamberrada de ese estilo y se excedieron en su cometido puliendo la piedra hasta eliminarla por completo.

NOTA DE LA AUTORA:

Esta novela está inspirada en un antiguo rumor sobre Pedro Domingo de Santa Bibiana Sánchez Cortés, pero hasta la fecha no he conseguido ninguna prueba de su veracidad, por lo que todo lo que se relata en ella es totalmente ficticio.

Tanto los personajes como los hechos que se narran son fruto de la imaginación, aunque se hayan utilizado nombres y ubicaciones reales para entretener el relato con la Historia y dotarlo de autenticidad.

Entre 1844 y 1854 se vivió en España la denominada Década Moderada que acabó con la alternancia política entre los dos grandes partidos liberales, los Moderados y los Progresistas, gracias a la aprobación de una nueva constitución que dio mayor poder a la Corona y favoreció la permanencia en la dirección del Estado de los primeros, que contaron con el apoyo de Isabel II. En 1851 se firmó el Concordato con la Santa Sede que supuso el restablecimiento de las relaciones con la Iglesia y en el que se declaraba la Religión Católica Apostólica Romana como la única de la nación española.

Además, se reconoció el derecho de la Iglesia Católica a fiscalizar la enseñanza, no solo de los colegios religiosos sino también de las escuelas públicas, aunque no se llegó a aceptar su pretensión de controlar también el nombramiento de maestros y profesores y aprobar los libros de texto, tanto en centros públicos como privados.

La formación de las mujeres se centraba en su preparación para el matrimonio y la maternidad, únicamente las más privilegiadas tenían acceso a la educación que se reducía a ciertas nociones sobre lectura, escritura y cuentas básicas. Mientras en Europa comenzaban su acceso a la universidad y a ciertas profesiones liberales, en España su integración fue mucho más lenta y las diversas circunstancias políticas y religiosas del país hicieron que aún perdurara este desfase hasta mediados del siglo pasado.

En 1844 se creó la Guardia Civil como medio para luchar contra el bandolerismo, sobre todo en las zonas rurales.

Pedro Abellán de López, apodado El Peliciego, natural de Jumilla (Murcia), fue uno de aquellos bandoleros que mantuvo en vilo a las autoridades entre 1839 y 1841, colaborando incluso con las guerrillas carlistas. Fue asesinado el 3 de febrero de 1841, por unos pastores a los que había pedido cobijo, en el paraje llamado la solana del Serretón de Moreno, término municipal de Molina de Segura (Murcia), para cobrar los cuatro mil reales de recompensa que el Ayuntamiento de Jumilla había puesto a su

cabeza.

Juan Manuel Noguera, de Pliego (Murcia), amedrentaba a la población murciana a mediados del XIX, junto con su gavilla formada por muleños y plegueros que llegó a ser muy importante y numerosa. La Sierra de Moratalla y los campos cercanos fueron zonas que sufrieron especialmente sus desmanes. Comenzó sus andanzas hacia 1845, pero estas no duraron demasiado puesto que el 2 de octubre de 1847 fue herido de muerte por la Guardia Civil cuando huía de la Venta de los Royos, en Caravaca de la Cruz, donde había sido acorralado.

Jesusa Giner, partera de Jumilla, fue expulsada de la villa el 23 de febrero de 1806 por diversas denuncias de los vecinos respecto a su poca habilidad para el oficio y los graves perjuicios ocasionados a algunas parturientas. En la sentencia de expulsión dictada por el Concejo se especifica que se considera un agravante el amancebamiento público que mantiene con un joven casado y se le dan tres días de plazo para abandonar la villa.

El 2 de febrero de 1852, Martín Merino Gómez, conocido como el cura Merino o el Apóstata, protagonizó un intento de regicidio contra Isabel II, a la que consiguió herir con un cuchillo, siendo ejecutado por ello a garrote ese mismo año, vistiendo la hopa y birrete amarillos reservados a los regicidas y parricidas.

Durante la Exposición Real del Palacio de Cristal, exposición industrial que tuvo lugar en Londres en 1851, el norteamericano Cyrus McCormick ganó la medalla de oro con la presentación de su segadora de cereal que, tirada por caballos, hacía en un solo día el trabajo de cinco hombres. A pesar de que fue un éxito que cambió la economía de EEUU y de todo el mundo moderno en general, la siega siguió realizándose de forma manual en la mayoría de las zonas rurales de España hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, en la que comenzó a generalizarse el uso de los tractores. Habría que esperar unos cuantos años más para que aparecieran las primeras segadoras-trilladoras que separaban el grano de la paja a la vez que lo iban recolectando en las zonas de cultivo, acabando así con tradiciones ancestrales de trabajo en los campos.

Document Outline

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)

- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)